LIBRO dot.com

HISTORIA CÓMICA DE LOS ESTADOS E IMPERIOS DEL SOL

SAVINIEN DE CYRANO DE BERGERAC



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Al señor de Cyrano de Mauvières

Señor:

Todos los espíritus agudos de esta época estiman tanto las obras del difunto señor de Cyrano de Bergerac, vuestro hermano, y las producciones de su ingenio son en efecto tan considerables, que yo no podría, sin excitar las maledicencias de aquéllos y sin ofender la memoria de este ilustre autor, esconder por más tiempo sus ESTADOS E IMPERIOS DEL SOL, con algunas cartas y otras obras que dichosamente han caído entre mis manos cuando ya me había quitado la esperanza de poseerlas una infructuosa pesquisa tan larga como inútil. En verdad, señor, lo primero que he pensado es ponerme en estado de restituíroslas; y puesto que este inimitable escritor no sólo os proclamó heredero de los bienes que la fortuna le otorgó, sino también de los frutos de su estudio, no puedo yo sin permiso vuestro disponer de este tesoro, que con tan justo título poseéis, para entregarlo al público. Por eso os lo pido y lo espero con toda la confianza imaginable. Así es, señor; yo confío en que no podréis negarme ese favor; vos sois demasiado agradecido para no otorgar esa gracia; vos sois demasiado liberal para no dar a toda Europa lo que ella os pide con tanta impaciencia, y amáis tanto la gloria de vuestro hermano, que no querréis encerrarla en la estrechez de vuestro gabinete. Como yo sé, señor, que vos no sois como esos ricos avaros que poseen grandes tesoros sin que consientan compartirlos con sus semejantes, y que no estimáis las cosas porque son raras, sino porque son útiles, y como sé, señor, que vos pensáis muy cuerdamente que no hay ninguna diferencia entre las piedras preciosas y las ordinarias si igualmente se las encierra, juzgaría mal si pensase que vos quisierais guardar para vuestro escondido goce lo que a tantas gentes puede serles útil. Si el Sol estuviese siempre oculto por esas espesas nubes que algunas veces nos roban su. luz, no bendeciríamos tan a menudo al Autor de la Naturaleza, que nos enseña todos los días tan hermoso astro, al que podemos llamar viviente imagen de la Divinidad; y si vos ocultaseis al público esa digna obra tan encantadora, cuya posesión con tan dulce esperanza le halaga, os privaríais a vos mismo de los agradecimientos y alabanza que a manos llenas os reserva. Pero, señor, al oírme hablar creeríase que era necesario solicitar vuestra generosidad y aducir argumentos múltiples para inclinaros a conceder al universo el goce de una cosa por la que ya está ardiendo en deseos; a vos, señor, a quien yo he visto resuelto a hacernos el presente de ese libro, que yo ahora os muestro y en cuya primera página quiero escribir vuestro nombre para que sirva de escudo a los ataques de la envidia y la maledicencia que a veces persiguieron a su autor con tanta crueldad. Ahora, señor, con tan poderoso socorro podrá desafiar valientemente a esos, monstruos y perseguirlos hasta el más oculto rincón en que se escondan; pues hasta los palacios y las cortes serán asilos débiles si él, juzgándolos dignos de su cólera, se dispone a perseguirlos hasta allí.

Si ese grande hombre, cuando era mortal y no contaba con otro apoyo que el de su virtud, redujo a esos monstruos con la buena suerte que todos sabemos, de esperar es, y no puede cabernos duda en ello, que ahora que goza de la inmortalidad que conquistó con sus trabajos, y que está secundado por un hermano en quien el espíritu y el buen sentido se han unido tan estrechamente, ahogue para siempre a esas hidras renacientes con tanta facilidad como presteza y les haga confesar por última vez, al expirar, que no puede atacarse a dos hermanos cuya amistad, a pesar de las imposturas de sus enemigos, triunfa hasta de la muerte sin sufrir los rigores de su venganza ni hacer llevar las penas de su temeridad. No quiero hablar aquí, señor, de los socorros que le prometió Apolo cuando le permitió entrar en sus Estados; pues aunque al teneros a vos ya no necesitaba a nadie más, recibió aún de ese Autor de la luz y de ese Maestro de las Ciencias luces que nada puede obscurecer, conocimientos que nadie puede igualar y una elocuencia victoriosa a la que forzosamente es necesario rendirse. En fin, señor, nosotros podemos decir en honor de Francia y loor de vuestra familia, de la que han nacido tantas personas notables en la toga y en la espada, y en la gloria de Cyrano de Bergerac especialmente, que apareció como un Alejandro resucitado en este siglo merced a un milagro sorprendente. Encontró, como este famoso conquistador, que la Tierra tenía límites demasiado estrechos para sus ambiciones,. y luego que recorrió, a la edad de treinta años, los Estados e Imperios de la Luna y el Sol, fuese a buscar, en el palacio de los Dioses, la satisfacción que no pudo encontrar en la morada de los hombres ni en los mundos de los astros. Pero, señor, advierto que estoy insensiblemente haciendo el panegírico de este incomparable genio, cuando debiera callarme para dejarle hablar a él, porque no tengo ninguna buena prenda, si no son la pasión con que honro su memoria y el deseo que tengo de testimoniaros que soy,

Señor,

Muy humilde y muy devoto criado de vuestra merced.

C. DE SERCY

HISTORIA CÓMICA DE LOS ESTADOS E IMPERIOS DEL SOL

Por fin nuestro barco llegó al abra de Tolón, y luego de dar gracias al viento y a las estrellas por el buen término de nuestro viaje, nos abrazamos todos en el puerto y nos dijimos adiós. En cuanto a mí, como en el mundo de la Luna, del que entonces regresaba, el dinero se substituye con versos y yo casi había perdido el recuerdo de tenerlo, el piloto consideró pagado mi pasaje con el honor de haber llevado en su navío a un hombre caído del Cielo. Nada nos impidió, pues, llegar hasta cerca de Tolosa, donde tenían su casa unos amigos míos. Ardía yo en deseos de verlos porque pensaba que les produciría mucha alegría con la narración de mis aventuras. No os enojaré a vosotros contándoos todo lo que me sucedió en el camino; me cansé, descansé, tuve sed, tuve hambre, bebí y comí. Aunque en seguida me rodeasen los veinte o treinta perros que componían la jauría de mi amigo, y aunque yo fuese vestido con muy poco aseo y estuviese delgado y tostado por el Sol, mi amigo me reconoció en seguida, y arrebatado por la alegría se tiró a mi cuello, y luego que me besó más de cien veces todo tembloroso de contento, me llevó hacia su castillo, y ya en éste, cuando las lágrimas de su alegría se detuvieron dando lugar a su voz, la soltó a semejantes razones: «Por fin vivimos y viviremos a pesar de todas las desgracias con que la fortuna ha peloteado nuestra vida; ¡Dios mío!, realmente no es cierto el rumor que corrió de que habíais sido quemado en el Canadá, en la hoguera de un fuego artificial que vos inventasteis. Y, sin embargo, dos o tres personas de cabal juicio entre las muchas que me dieron tan tristes noticias me han jurado que habían visto y tocado ese pájaro de madera con el cual volasteis. Me contaron que, por desgracia, habíais entrado dentro en el preciso momento que le prendían fuego, y que la rapidez que adquirieron al quemarse los cohetes que habían atado en torno de la máquina os elevaron a tanta altura que todos los allí presentes os habían perdido de vista. Y según ellos me juraban, os habíais quemado tan completamente, que al caer la máquina al suelo tan sólo se encontró en ella una pequeñísima parte de vuestras cenizas». «Señor, estas cenizas -le contesté yo- no eran sino de la máquina, porque a mí el fuego no me hizo ningún daño. El artificio estaba atado por la parte de fuera y su calor, por consiguiente, no podía hacerme daño a mí.

»Por lo demás, ya sabréis vos que tan pronto como se acabó el salitre y la impetuosa ascensión de los cohetes no conseguía sostener la máquina, cayó ésta en el suelo. Yo la vi caer, y cuando ya pensaba piruetear con ella me quedé asombrado viendo que ascendía hacia la Luna. Preciso es que os explique la causa de tal ascensión que vosotros juzgaréis un milagro.

»El mismo día en que ocurrió este accidente, y como me hubiese producido algunas heridas, me unté todo el cuerpo con médula de buey; pero como estábamos en cuarto menguante y en esta situación la Luna atrae a la médula, sorbió tan golosamente (sobre todo cuando mi caja llegó más allá de la región media, donde ya no había nubes que interponiéndose debilitasen la influencia de la Luna) la que revestía mi cuerpo, que éste no pudo dejar de seguir tal atracción; y os aseguro que continuó sorbiéndome durante tanto tiempo, que finalmente llegué a ese mundo que vos llamáis la Luna».

Seguidamente, le conté muy por lo menudo todas las particularidades de mi viaje, y el señor de Colignac, entusiasmado al oír cosas tan extraordinarias, me invitó a que las afirmase por escrito.

Yo, que soy amante del ocio, me resistí algún tiempo temiendo las visitas que probablemente me proporcionaría esta publicación. Sin embargo, avergonzado por los reproches que me dirigía de no hacer bastante caso de sus ruegos me resolví a complacerlos. Cogí, pues, la pluma entre mis dedos, y tan pronto como acababa un cuaderno, impaciente por mi gloria, que le preocupaba más que la suya, se iba con él a Tolosa para encomiarlo entre las más distinguidas reuniones. Como él tenía fama de ser uno de los más fuertes genios de su siglo, las alabanzas que de mí hacía, pues era mi infatigable eco, me dieron a conocer ante todo el mundo. Ya los grabadores, sin que jamás me hubiesen visto, habían burilado mi retrato, y la ciudad estaba llena de gargantas roncas de mercaderes que por todas partes gritaban hasta desgañitarse: «¡Este es el retrato del autor de los *Estados e Imperios de la Luna*!» Entre las gentes que leyeron mi libro había muchos ignorantes que sólo lo hojearon. Para imitar a los espíritus de alta inteligencia, estos ignorantes aplaudieron como ellos y hasta batieron palmas a cada palabra, miedosos de mal parecer; y muy contentos gritaban: «¡Qué bien está!», aunque no entendiesen nada. Pero la superstición, disfrazada de remordimientos, cuyos dientes son muy agudos, y bajo el hábito de un necio, les fue mordiendo el corazón con tanta saña que prefirieron renunciara la reputación de filósofos (que decididamente era un hábito que les estaba muy ancho) que tener que dar cuentas el día del juicio.

Y así es como la medalla se volvió al revés y se retractaron de sus alabanzas. La obra, que antes les había merecido tanta atención, ya no la consideran más que como una colección de cuentos ridículos, un amasijo de retazos descosidos, un repertorio de *Piel de Asno* bueno para adormecer a los chiquillos. Y apenas alguien conocía su sintaxis, ya se atrevía a condenar al autor a que llevase una vela votiva a San Maturino.

Este contraste de opiniones entre las de los hábiles y las de los idiotas todavía aumentó más el crédito de mi obra; poco después las copias manuscritas se vendieron como pan bendito. Todo el mundo, y aun los que están fuera del mundo, es decir, desde el gentilhombre hasta el monje, compraron mis obras. Hasta las mujeres. Todas las familias se dividieron, y tan lejos fue la pasión por estas discusiones, que la ciudad se escindió en dos partidos: el Lunista y el Antilunista.

Ya estaban en las escaramuzas de la batalla, cuando una mañana vi entrar en la habitación de Colignac a nueve ancianos que le hablaron de esta manera: «Señor: vos sabéis muy bien que todos los que en esta compañía estamos somos aliados, parientes o amigos vuestros y que, por consiguiente, no puede sucederos nada vergonzoso sin que vuestro rubor no lo sintamos en nuestras frentes. Nosotros hemos sabido que vos albergáis a un brujo en vuestro castillo...» «¡Un brujo! -exclamó Colignac-. ¡Dios mío, decidme quien sea! Yo inmediatamente le pondré en vuestras manos; pero antes hay que asegurarse de que eso que decís no sea una calumnia». «¡Cómo calumnia, señor! -interrumpió uno de los venerables-. ¿Acaso hay algún tribunal que sepa más de brujos que el nuestro? En fin, mi querido sobrino, para no teneros más tiempo suspenso debo deciros que el brujo a quien nosotros acusamos no es sino el autor de *Estados e Imperios de la Luna*; ni él mismo podría negar que es el más gran mágico de Europa después de lo que confiesa; porque ¿es acaso posible subir a la Luna, puede esto ocurrir sin que ande por medio...» «No acertaría yo a nombrar la bestia; pero además decidme: ¿qué iría a hacer en la Luna?» «¡Linda pregunta! -interrumpió otro-; pues asistir al aquelarre que tal vez habría de celebrarse allí ese día; y si no lo creéis así, fijaos en cómo se entrevistó con el Demonio de Sócrates. Y después de todo esto ¿os extraña todavía que el Diablo, como él dice, le haya traído a este mundo? Pero sea de ello lo que sea, pensad que tantas Lunas, tantas caminatas, tantos viajes por el aire, no vienen a decir nada bueno; es más, no pueden ser nada bueno. Y ahora quede esto entre nosotros (y en diciendo esto acercó su boca a los oídos de Colignac): no he conocido nunca ningún brujo que no haya tenido que ver con la Luna». Dichas estas simplezas se callaron, dejando a Colignac tan suspenso ante todas estas extravagancias que no pudo articular palabra. Viendo lo cual un venerable cernícalo que hasta entonces no había hablado, dijo: «Sabed, querido pariente, que estamos en el secreto de lo que os sorprende. El mago es una persona a la que vos estimáis. No temáis, pues, nada; en consideración a vos las cosas se llevarán suavemente: sólo os pedimos que le entreguéis en nuestras manos, y en gracia al cariño que os profesamos os prometemos por nuestro honor que le mandaremos quemar sin meter escándalo ninguno».

Al oír estas palabras Colignac, aunque era siempre muy sereno, no pudo contenerse y soltó una gran carcajada, con la que ofendió mucho a sus señores parientes; de suerte que éstos no obtuvieron de él otra respuesta a ninguno de los términos de su arenga que muchos *ah*, *ah*, *ah* y muchos *oh*, *oh*, *oh*; tanto, que los buenos señores, muy escandalizados, se marcharon llenos de vergüenza, que no diré que fue muy corta, pues les duró hasta Tolosa. Cuando ya ellos hubieron partido, yo me llevé a Colignac a su despacho, y cerrando la puerta tras nosotros, le dije: «Conde, estos embajadores de largas barbas me parecen cometas cabelludos; temo que el ruido que nos han metido no sea el trueno de la pólvora que está ya próxima a estallar, y aunque su acusación sea muy ridícula y probablemente efecto de su estupidez, yo no quedaré menos muerto porque una docena de buenas gentes proclamen, después de verme quemar, que mis jueces eran unos necios. Todos los argumentos con que ellos probarían mi inocencia no me harían resucitar y mis cenizas se quedarían tan frías en una tumba como en un muladar. Por esto, si no se os ocurre a vos nada mejor, a mí me alegraría mucho que cedieseis al propósito que tengo de no dejar a estos señores en esta provincia más que mi retrato; porque me daría doble rabia aún morir por una cosa que no creo, que por otra cualquier causa». Colignac casi no tuvo paciencia para esperar a que yo acabase de hablar, y luego que lo hice me contestó. Pero antes se burló de mí; ahora bien, cuando vio que yo lo tomaba en serio me dijo: «-Ay, la muerte!- y puso una cara muy asustada-. Nadie os tocará ni un pelo de la ropa, porque yo, mis amigos, mis vasallos y todos los que me consideran perecerían antes que consentirlo. Mi casa es tan fuerte que nadie podría forzarla si no es con cañones; tiene unos cimientos muy sólidos y unos muros muy consistentes. Pero yo estaría loco si pensara defenderme contra disparos de pergaminos». «Son mucho más temibles -le contesté yo- que los rayos».

De aquí en adelante ya no volvimos hablar más que de cosas que consolasen a su espíritu. Unos días íbamos de caza, otros de paseo, otros nos dedicábamos a recibir visitas y algunas veces a devolverlas. De modo que antes de que pudiesen aburrirnos substituíamos una diversión por otra.

El marqués de Cussan, vecino de Colignac, hombre famoso por sus buenas obras, pasaba mucho tiempo con nosotros y nosotros con él; y para que los sitios de nuestra permanencia se nos hiciesen más agradables con este cambio, íbamos de Colignac a Cussan y de Cussan a Colignac. Con todo esto, siendo muchos los inocentes placeres de que el cuerpo es capaz, sólo constituían la menor parte, pues la mayor era la de los que encontrábamos en el estudio y en la conversación, que nunca nos faltaba. Y nuestras bibliotecas, unidas como nuestros espíritus, recogían en su seno todos los doctos de nuestra sociedad; así, mezclábamos la lectura con la charla, ésta con la buena comida y todo con la pesca o con la caza o con los

paseos; en una palabra, gozábamos, por decirlo así, de nosotros mismos y de con cuanto la Naturaleza ha producido para nuestro más dulce regalo, sin que a nuestro deseo pusiésemos otro límite que el que la razón le señalaba. Pero mi fama, que era muy contraria a mi tranquilidad, corría ya por las aldeas vecinas y hasta por las mismas ciudades de la provincia. Hasta el punto de que todo el mundo, por ese rumor atraído, con el pretexto de ver a mi señor iba a su palacio para ver al brujo. Cuando yo salía del castillo, no sólo las mujeres y los niños, sino hasta los hombres, me miraban como a un Diablo, y sobre todos lo hacía así el párroco de Colignac, que tal vez por malicia, tal vez por ignorancia, aunque secretamente, era el mayor de mis enemigos. Este hombre, de apariencia sencilla, tenía un espíritu burdo e ingenuo. Era infinitamente gracioso por sus bromas, pero resultaba sin embargo muy cruel; era vengativo hasta el encarnizamiento, más calumniador que un normando, y tan enredante, que podría decirse que el amor por el enredo era su pasión más grande. Como durante largo tiempo hubiese pleiteado con su señor, al que odiaba tanto más cuanto éste se había mostrado inflexible ante sus ataques, temía siempre que Colignac estuviese resentido con él, y para evitar una represalia había querido permutar su beneficio. Pero sea que hubiese cambiado de opinión o que hubiese preferido vengarse de Colignac sobre mi persona durante el tiempo que permaneciera yo en estas tierras, y aunque se esforzaba por persuadirnos de lo contrario, los muchos viajes que frecuentemente hacia a Tolosa vinieron a infundirnos alguna sospecha. Allí contaba él mil ridículas historias de mis brujerías, y la voz de este hombre malintencionado, unida al rumor de los tontos y de los ignorantes, iba proclamando la execración de mi nombre. Ya no se hablaba de mí sino como de un nuevo Agripa, y supimos que hasta se había informado mal de mí a instancias del cura que había sido preceptor de niños. Nos dieron estas noticias varias personas que se interesaban por el bien de Colignac y del marqués, y aunque el grosero juicio de todo un país nos provocasen a risa y a asombro, en secreto no dejaba a mí de espantarme mucho el considerar cada vez más cercanas las molestas consecuencias que podría acarrearme tal error: Seguramente mi buen genio me inspiraba este espanto, esclarecía mi razón con todas sus luces para hacerme ver el precipicio en el cual iba a caer, y no contento de aconsejarme tácitamente quiso manifestarse más íntegramente en mi favor. Una noche de las peores que yo haya nunca visto, y después de haber pasado uno de los días más agradables de los que en compañía de Colignac estuve, me levanté al despuntar la aurora y para disipar las inquietudes y las nieblas que ofuscaban mi espíritu entré en el jardín, donde las flores y los frutos, la verdura y todo el artificio de la Naturaleza entrándose por los ojos dejaban el alma encantada. Y estando consagrado a la contemplación de este conjunto observé al mismo tiempo al marqués, que se paseaba solo por una gran avenida que dividía en dos partes iguales el jardín. Andaba lentamente y con la cabeza pensativa. Mucho me extrañó a mí verle, contra su costumbre, tan mañanero; lo cual hizo que con prisa fuese a su encuentro para preguntarle la causa de su madrugada. Me contestó él que algunos sueños pesados que habían atormentado su espíritu le hicieron bajar al jardín más temprano que de costumbre, para curarse con la luz del día el daño que le hiciera la sombra de la noche. Yo le confesé que una pena parecida me había impedido a mí el dormir, y ya iba a contarle los detalles de mi desvelo; pero apenas había abierto yo los labios observamos que por un rincón de la empalizada que cruzaba nuestra avenida venía Colignac andando a grandes pasos; apenas nos distinguió nos dijo desde lejos: «Aquí tenéis un hombre que acaba de libertarse de las más espantosas visiones que sean capaces de dar al traste con el buen juicio. Tan pronto como he podido ponerme mi jubón he bajado para contároslo; pero no os encontré ni a uno ni a otro en vuestras habitaciones; por eso he acudido corriendo al jardín, sospechando que en él estaríais». Efectivamente, el pobre gentilhombre estaba casi sin alientos. Tan pronto como los recobró nosotros le exhortamos a que se descargase de una cosa que aunque muchas veces es algo muy ligero no deja nunca de pesarnos mucho. «Ese es mi propósito -nos replicó él-; pero ante todo sentémonos». Un dosel de jazmines nos ofreció al punto la frescura de su aroma y el asiento que necesitábamos. En él nos reunimos, y cuando los tres estábamos ya sentados, Colignac habló de esta manera: «Sabréis que luego de dos o tres sueños que con mucha zozobra me han hecho pasar la noche, cuando ha estado cerca la aurora he tenido otro en el cual me parecía ver que mi querido huésped estaba entre el marqués y yo, que le teníamos estrechamente abrazado; y en esto un gran monstruo negro, todo lleno de cabezas, vino de repente a arrebatárnoslo. Pensaba yo que iría a tirarle en una hoguera que allí cerca habían encendido, porque ya le balanceaban sobre las llamas; pero en aquel momento una doncella parecida a la musa Euterpe se tiró ante las rodillas de una dama, a quien conjuró para que le salvase (esta dama tenía el porte y el aspecto con que los pintores suelen dibujar la imagen de la Naturaleza). Apenas esta dama tuvo tiempo de haber escuchado las plegarias de la doncella, cuando llena de asombro exclamó: «¡Ay, es uno de mis amigos!» En seguida se llevó a la boca una especie de cerbatana, y tan fuertemente sopló dentro de su tubo, bajo los pies de mi querido huésped, que le hizo subir hasta el Cielo, resguardándole de las crueldades del monstruo de cien cabezas. Mucho tiempo estuve yo gritando tras de él, según me parece recordar, y le conjuré para que no se marchase sin llevarme en su compañía; pero en esto, innumerables ángeles pequeños y rollizos, que se decían hijos de la Aurora, me han elevado hacia el mismo país por el cual mi

amigo parecía volar, y me han hecho ver muchas cosas que no os cuento porque me parecen muy ridículas». Nosotros le suplicamos que no dejase de decírnoslas. Entonces él continuó: «Imaginé que estaba en el Sol y que el Sol era un mundo. Y no hubiese perdido esta ilusión si el ronquido de mi criado al despertarme no me hubiera hecho ver que estaba en la cama». Cuando el marqués vio que Colignac había terminado, me dijo: «¿Y el vuestro, señor Dyrcona, no lo contáis?» «Al mío -contesté yo-, aunque no es de los más vulgares, no le concedo ninguna importancia. Estoy bilioso y melancólico; por esta razón desde que he regresado a este mundo mis sueños constantemente me han representado cavernas y fuego. En mi niñez, cuando dormía, me parecía que habiéndome vuelto muy ligero subía hasta las nubes para huir de una banda de asesinos que me perseguía; pero al término de un esfuerzo muy vigoroso y muy largo siempre encontraba alguna muralla, luego de haber saltado por encima de muchas más, al pie de la cual, rendido de fatiga, llegaban a cogerme; o bien, si en sueños ascendía rectamente hacia lo alto, aunque con los brazos hubiese volado mucho por el Cielo, siempre me encontraba próximo de la tierra, y sin nada que pudiese explicármelo y sin haberme vuelto pesado ni haberme cansado, mis enemigos con sólo tender la mano podían cogerme por el pie y atraerme hacia ellos. Desde que tengo uso de razón siempre he tenido sueños parecidos a éstos. Sólo que esta noche, después de haber volado, como acostumbro, mucho tiempo y haber escapado varias veces de mis perseguidores, me ha parecido que por fin les perdía de vista y que por un cielo abierto y muy limpio mi cuerpo, libre de su pesadez, proseguía su viaje hasta llegar a un palacio en el cual se fabricaban el calor y la luz. Todavía hubiese visto muchas más cosas; pero mi afán por volar de tal modo me había aproximado al borde de la cama, que me caí por fin al suelo, dando con el vientre sobre los ladrillos y abriendo mucho los ojos. Este es, señores, contado por encima, el sueño que yo he tenido y que según creo es tan sólo el efecto de esas dos cualidades que en mi temperamento predominan; porque aunque este sueño sea en cierto modo un poco distinto del que con frecuencia suelo tener, pues esta vez he llegado hasta el Cielo sin caerme, creo que este cambio es causa de que la sangre se ha esparcido con la alegría de nuestros placeres de invierno, dilatándose más de lo que acostumbra. De modo que disipando mi melancolía ha quitado a mi cuerpo el peso que le hacía caer. Por lo demás, no es ésta una ciencia que tenga mucho que estudiar». «¡A fe mía que sí!» -prosiguió Cussan-. Vos tenéis razón; esto es una mezcla de todas las cosas que hemos pensado en nuestras veladas, una quimera monstruosa, un confuso amasijo de ideas que la fantasía, que durante el sueño no está gobernada por la razón, nos presenta desordenadamente. Y a pesar de esto nosotros, al interpretarlos, creemos descubrir su verdadero sentido y deducir así de los sueños como de los oráculos una ciencia del porvenir; pero sobre mi fe os aseguro que no encuentro entre éstos ninguna semejanza, si no es que tanto los unos como los otros no pueden entenderse; Y si queréis convenceros, juzgad por el mío, que aunque no es muy extraordinario os indicará el valor de todos los demás. Yo he soñado que estaba muy triste; en todas partes encontraba a Drycona y oía cómo nos llamaba. Ahora bien; sin exprimirme mucho el cerebro para hallar la explicación de esos negros enigmas, os podría decir en dos palabras su misterioso sentido. Y es, os lo digo sobre mi fe, que en Colignac se le agrian mucho los sueños y en cambio en Cussan nosotros intentaremos endulzárselos. «Vamos allá -me dijo el conde-, puesto que este aguafiestas tanto lo desea». Luego deliberamos si saldríamos aquel mismo día. Yo les supliqué que se pusiesen en camino antes que yo, porque si, según habían acordado, habíamos de pasar allí un mes, a mí me parecía muy bien el llevar algunos libros. Ellos fueron de esta opinión, y luego de haber comido tomaron las de Villadiego. ¡Dios mío! Sin embargo, hice un fardo de volúmenes que pensé que no estarían en la biblioteca de Cussan, y los cargué en un mulo, y ya eran cerca de las tres cuando me puse en camino, montado sobre rápido corcel. Pero a pesar de serlo tanto, yo iba tan sólo al paso a fin de acompañar a mi biblioteca y para halagar el alma con el goce que el paisaje ofrecía a mi vista. Mas escuchad una aventura que me sucedió.

Ya había andado más de cuatro leguas cuando me encontré en una comarca que yo creía con certeza haber visto alguna otra vez. En efecto; tanto acucié mi memoria para que me dijese dónde había yo visto este paisaje, que esta facultad, haciendo que la presencia de los objetos provocase sus imágenes, me ayudó tanto que llegué a recordar que tal lugar era precisamente el que yo había visto en sueños la noche pasada. Este encuentro extraño hubiese fijado mi atención más tiempo del que la tuvo suspensa si una visión extraña no me hubiera despertado. Y fue que un espectro (al menos a mí me lo pareció) se presentó ante mí, y llegando hasta la mitad de la calzada cogió por la brida a mi caballo. La estatura de este fantasma era enorme, y por lo poco que de sus ojos podía verse se adivinaba que su mirada era ruda y triste. No sabré decir, sin embargo, si su rostro era hermoso o feo, porque un largo manto tejido con hojas de un libro de canto llano le cubría hasta los pies, y el rostro lo traía escondido bajo un mapa, en el que estaban inscritas estas palabras: *In principio*. Éstas fueron las primeras que dijo el fantasma, lleno de espanto: «*Satanus diabolas!*: Yo te conjuro en el nombre del gran Dios de los vivos». Al decir estas palabras se quedó absorto, y como repitiese muchas veces «gran Dios de los vivos» y fuese buscando con la mirada perdida a su Pastor para decirle lo que quería, y como el Pastor no se apareciese por ninguna parte, se puso a temblar con tanto espanto que, al dar con tanta violencia diente con diente, la mitad de

éstos se le cayeron al suelo y las dos terceras partes de las pautas musicales con que iba vestido se le dispersaron como mariposas. Entonces se volvió hacia mí, y con una mirada que no era ni dulce ni fiera y que daba muestras de la indecisión de su espíritu para resolver si habría de enfadarse o no, me dijo: «¡Pues bien, *Satanus diabolas*, por la Verónica!, te conjuro en el nombre de Dios y de Monseñor San Juan que no te opongas a mi voluntad, pues si te mueves o chistas -¡el diablo te lleve!- te destripo». Yo le zamarreé con las bridas de mi caballo; pero las risas que me sofocaban no me dieron fuerza alguna. Añadid a todo esto que unos cincuenta aldeanos, saliendo de detrás de unos setos avanzaron hacia mí andando de rodillas y cantando el *Kirie eleison* hasta desgañitarse, y cuando ya estuvieron bastante cerca de mí, cuatro de los más robustos, después de enjugarse las manos en el agua bendita que en una pila a propósito les ofreció el servidor del presbiterio, me cogieron por el cuello. Aún no había sido detenido cuando vi aparecer al Monseñor San Juan, el cual me tiró devotamente su estola, con la cual me agarrotó; seguidamente una horda de mujeres y niños a pesar de mi resistencia, me cosieron dentro de un gran lienzo, y con tan gran arte me metieron en él que sólo se me veía la cabeza. De esta guisa me llevaron hasta Tolosa *como si me llevasen a presencia del monumento*. Ya uno exclamaba que si no me hubieran prendido habría sido año de hambres, porque en el momento en que me encontraron ya iba yo seguramente a hechizar los trigos; otro se quejaba de que la peste había empezado en su rebaño precisamente el domingo, porque al salir de vísperas yo le había golpeado a él en la espalda. Y a pesar de estos desastres míos, vino a consolarme, provocándome la risa, un grito lleno de espanto que una doncella aldeana había dado llamando a su novio; también gritaba el fantasma que antes había cogido a mi caballo por la brida. El novio de la muchacha, que era también un villano, había montado a horcajadas sobre mi caballo, y ya, como si fuese suyo, lo espoleaba con los talones con muy buena traza: «¡Miserable! -gemía su novia-. ¿Es que estás ciego? ¿No ves tú que el caballo del mago es más negro que el carbón y que es *un diablo en persona* que ha de llevarte al aquelarre?» Nuestro patán, espantado, vino a dar con su cuerpo en el suelo, por encima de la grupa. Con lo cual mi caballo se sintió rey del campo. Luego los aldeanos discutieron si se apoderarían del mulo, y resolvieron que sí; pero al abrir el paquete, y como topasen con el primer volumen, que era la *Física* de Descartes, cuando vieron todos los círculos con los cuales este filósofo ha distinguido el movimiento de cada planeta, todos unánimemente proclamaron con un alarido que estos círculos no eran otra cosa sino los signos mágicos que yo usaba para llamar a Belcebú. Entonces, el que tenía el libro lo dejó caer lleno de escrúpulos, con tanta desgracia que se abrió precisamente por una página en la que se explican las virtudes del imán; y he dicho por desgracia porque en el sitio de que yo hablo hay una estampa de esta piedra metálica, en la cual estampa los cuerpos que se desprenden de su masa para atraer al hierro son representados como brazos. Tan pronto como uno de esos villanos lo vio lo oí decir hasta desgañitarse que eso no era sino el cangrejo que habían encontrado en la cuadra de su primo Berlina cuando sus caballos se murieron. Al oír estas palabras, los más enardecidos se guardaron las manos en su seno.

Monseñor Juan gritaba a más y mejor, por su parte, que todos llevasen mucho cuidado en tocar nada; que todos esos libros no eran más que enredos de magia y que el mulo era un verdadero Satán. La canalla, llena de espanto por estas razones, dejó que el mulo se fuese en buena hora. Yo todavía vi a Mathurine, la criada del señor cura, que perseguía a éste llevándole hacia el presbiterio, temiendo que fuese hasta el camposanto a profanar la hierba de las sepulturas.

Ya eran las siete de la tarde cuando llegamos a una aldea, donde para refrescarme me metieron en un calabozo. El lector no querrá creerme si yo le digo que me enterraron en un agujero, y, sin embargo, es verdad: tanto que, con meterme en él, con un solo salto pude darme cuenta de toda su extensión. Realmente no habría nadie que viéndome en este sitio no me creyese una vela encendida sobre una ventosa. En seguida que mi carcelero me metió en esta caverna, yo le dije: «Si me dais este vestido de piedra para que me sirva de traje os confieso que me está muy largo; si es una tumba, resulta demasiado estrecha. Aquí los días no pueden contarse porque son eterna noche; de los cinco sentidos no puedo usar más que dos: el tacto y el olfato. Uno ha de servirme para poder palpar mi encierro, otro para percibir sus olores. Verdaderamente os confieso que, me creería un condenado si no supiese que los inocentes no tienen cabida en el infierno».

Al oírme pronunciar la palabra inocente, mi carcelero se echó a reír: «A fe mía -dijo- que no lo dudo, y ello me asegura que sois un buen pájaro. Porque yo nunca he tenido en mis manos más que *inocentes*». Después de otras cortesías por el estilo, el buen hombre empezó a registrarme, sin que yo supiese con qué propósito lo hacía; pero por la diligencia que empleó en ello sospecho si sería por mi bien. Como estos registros resultasen inútiles porque durante la batalla de *Diabolas* yo había dejado resbalar mi dinero desde mis bolsillo hasta las calzas, y como al cabo de una anatomía muy escrupulosa, mi carcelero se encontrase con las manos tan vacías como antes del registro, faltó poco para que yo muriese de temor y él del dolor de su desengaño. «¡Diantre! -exclamó él con la espuma en la boca: -Ahora acabo de convencerme de que sois un hechicero. Sois más bribón que el mismo Demonio. ¡Andad,

andad, amigo mío, ya podéis poneros a pensar en hora buena en vuestra conciencia!» Apenas hubo dicho estas razones cuando oí yo el repiqueteo de un manojo de llaves, entre las cuales buscaba la de mi calabozo. Estaba él vuelto de espaldas, y aprovechando esta circunstancia y con el miedo de que tomase venganza sobre mí de la mala suerte de su registro, saqué diestramente de mi calza tres escudos y le dije: «Señor carcelero, he aquí un escudo; os suplico que me traigáis algo de comer, porque no lo he hecho en once horas». Él recibió el escudo con mucho donaire y me dijo que mi mala suerte le afligía. Como yo viese que su corazón se ablandaba, le repliqué: «He aquí otro escudo como agradecimiento a las molestias que estoy pesaroso de causarle». Él abrió mucho sus oídos, su corazón y sus manos, y yo le repliqué, entregándole el tercer escudo, que le suplicaba pusiese cerca de mí a uno de sus mozos para que me hiciese compañía, porque los desdichados siempre temen la soledad.

Maravillado por mi largueza me prometió todo lo que le pedía, y postrándose ante mis rodillas declamó contra la justicia, diciéndome que ya comprendía él que yo debía tener muchos enemigos, pero que a pesar de todo saldría felizmente de mis penas, que tuviese mucho valor y que por lo demás él procuraría que antes de tres días se olvidasen lo que se consideraban torpezas mías. Yo le agradecí mucho sus cortesías, y luego de mil abrazos, que no parecía sino que iba a estrangularme, este buen amigo cerró y dio vuelta al cerrojo de mi puerta.

Yo me quedé enteramente solo, lleno de melancolía y con el cuerpo ovillado sobre un montón de paja molida; pero no tan menudamente que les impidiese a más de cincuenta ratas desmenuzarla en más pequeñas briznas. La bóveda, las murallas y el suelo de mi calabozo estaban formados por seis bloques de piedra, de tal modo que la Muerte se me aparecía por encima, por debajo y por alrededor de mí como si estuviese en una tumba; así que no podía creer sino que aquello era mi entierro. La baba fría de los caracoles y el seroso veneno de los escorpiones se me resbalaba por la cara; las pulgas tenían sus aguijones más largos que el cuerpo. También la piedra me acongojaba y me hacía tanto daño como si fuese mal de piedra interior; finalmente, creo que para ser Job no me faltaba más que una mujer y una cazuela rota.

Con la atención que prestaba a mis penas fui pasando la dureza de estas tres horas, cuando de pronto el ruido de unas gruesas llaves, unido al que hacían los cerrojos de mi puerta, vino a distraerme de la atención que prestaba a mis males. En seguida que oí este alboroto vi, a la luz de una lámpara, a un enorme villano. Me dejó entre las piernas un lebrillo que llevaba: «Vamos, vamos -me dijo-, no estaréis descontento; he aquí buen potaje de col, que si fuese... Como veis, es buena sopa de señorones; y además, como, a fe mía, que decía el otro, no le han quitado ni una gota de grasa... «En diciendo esto, metió sus cinco dedos hasta el fondo de la escudilla y me invitó a que hiciese lo mismo. Yo procuré ser buen discípulo para no desengañar a tan esclarecido maestro. Y él, dándome, con una mirada, la licenciatura, de tan difícil arte, exclamó: «¡Voto al chápiro! ¡Sois un acabado maestro y un buen compadre! Dicen que tenéis muchos envidiosos: ¡diantre!, pues son unos bellacos. ¡Que vengan, que vengan y verán quién es el bellaco! ¡Bah!, no está mal, no está mal; siempre hay buenos pícaros, Dios, buenos pícaros chismosos». Esta ingenuidad me hinchó tres o cuatro veces la garganta con muchas ganas de reír; pero tuve la fortuna de poder contenerme. Yo veía que la fortuna parecía ofrecerme una ocasión para libertarme si me aprovechaba de este bribón; por ello tenía mucho interés en lisonjearle y aplaudirle las gracias. Pues si no me salvaba él yo no podría escaparme por ningún sitio, ya que el arquitecto que hizo mi prisión aunque hizo muchas entradas, no se acordó de hacer ninguna salida. Todos estos pensamientos hicieron que para sondearle le hablase de esta manera: «Tú eres pobre, ¿no es verdad, amigo mío?» «¡Ay, señor -me contestó el rústico-, ni que fueseis adivino hubieseis puesto el dedo más encima de la llaga». «Bueno; pues mira -le repliqué-, toma este escudo».

Sentí su mano tan temblorosa cuando se la cogí con la mía, que apenas podía él cerrarla; esto me pareció un mal augurio; sin embargo, pronto pude comprender, por el fervor que en sus agradecimientos mostraba, que tan sólo temblaba de alegría. Este convencimiento hizo que yo prosiguiese de esta manera: «Yo, si tú fueses hombre capaz de querer participar en el cumplimiento de un voto que tengo hecho, además de la devoción de mi alma, te daría veinte escudos que serían tan tuyos como lo es tu sombrero; porque sabrás que no hace una hora, ni casi un minuto, cuando antes de llegar tú se me ha aparecido un ángel y me ha prometido demostrar la justicia de mi causa con tal de yo vaya mañana a hacer decir una misa en la iglesia de Nuestra Señora, de esta aldea, en el altar mayor. Yo he querido disculparme pretextando que estaba encarcelado demasiado estrechamente; pero él me contestó que vendría un hombre de parte de mi carcelero para acompañarme y que a este hombre yo no tenía más sino pedirle de su parte que me llevase a la iglesia y me volviese a la cárcel; que yo le pidiese que me guardase el secreto y me obedeciese sin réplica, pues si se negaba a hacerlo él le castigaría a morir dentro de un año. Y que si con todo esto el enviado del carcelero dudaba, le dijese yo que por sus apariencias era de la Cofradía del Escapulario». Ya sabrá el lector que antes de esto había visto por la abertura de su camisa un escapulario que me sugirió toda la trama y el enredo de esta aparición. «Pues sí, señor, vaya que sí, señor mío; he de

hacer todo lo que el Ángel me manda. Pero es preciso que sea a las nueve, porque nuestro amo estará entonces en Tolosa, en las bodas de la hija del verdugo. Diablos, sabed que el verdugo es todo un señorón. Se dice que ella al casarse heredará de su padre más escudos que vale un reinado. Además es bella y rica; pero estas joyas no suelen ser para los mozos pobres. Diablo, mi buen señor, es necesario que vos sepáis...» Cuando llegó a este punto no pude yo dejar de interrumpirle, porque presentía que con estas discusiones no llegaríamos más que a ensartar muchos despropósitos; así es que cuando ya hubimos convenido nuestra fuga, el rústico me abandonó. Al día siguiente, en el punto y la hora convenidos, vino para libertarme. Yo dejé mis ropas en el calabozo y me vestí con guiñapos, como lo habíamos convenido la víspera, a fin de que nadie pudiese conocerme. En cuanto estuvimos en la calle le di los veinte escudos que le tenía prometidos. Él los miró durante mucho tiempo y con unos ojos muy abiertos. «Son de oro, y oro de quilates», le dije yo, dándole mi palabra. «Vamos, señor -me replicó él-, no es esto lo que yo sueño, sino en que la casa del gran duque Macé está por vender, con su cercado y su viña. Yo la conseguiría por doscientos francos. Ahora bien; todavía se tardará ocho días en sacarla a subasta, y quisiera rogaros, muy señor mío, que si no os causaba gran molestia procuraseis que mientras el gran Macé no tenga bien contados vuestros escudos en la guarda de su alcancía no se conviertan éstos en hojas de encina». La ingenuidad de este granuja me hizo reír. Sin embargo, continuamos nuestro camino hacia la iglesia, adonde por fin llegamos. Algún tiempo después se empezó la misa mayor, y en cuanto vi que mi guardián se levantaba, en el momento de la ofrenda, en tres saltos salí de la nave, y en otros tres me perdí por una de las callejas más solitarias. Entre todos los pensamientos diversos que agitaban mi espíritu en este instante, el que más determinó mi voluntad fue el de seguir el camino de Tolosa, ciudad de la cual esta aldea apenas si distaba una media legua; y me encaminé hacia allá con el propósito de tomar allí posada. Llegué bastante temprano a las afueras de Tolosa; pero tanto me avergoncé al ver que la gente me miraba, que perdí toda firmeza. La causa del asombro de las gentes era mi indumento, porque como en achaques de miseria yo estaba bastante poco diestro, había dispuesto mis harapos con tan disparatado orden, y andaba con unas trazas tan poco adecuadas a mi vestimenta, que parecía más bien una máscara que un pobre. Además andaba de prisa, con la vista baja y sin pedir limosna. Finalmente, pensando que una atención tan divulgada vendría a acarrearme perjuicios, me sobrepuse a mi vergüenza, y tan pronto como alguien me miraba, yo le tendía la mano pidiéndole una caridad. Acabé por pedirla hasta a los que no me miraban. Pero he aquí como queriendo mostrarnos a veces demasiado discretos en la colaboración que por nuestra parte queremos prestar a los destinos de la Fortuna venimos en ofender el orgullo de esta diosa. Hago esta reflexión pensando en la aventura que me sucedió. Y es que habiendo reparado en un hombre vestido como un mediano burgués y que estaba vuelto de espaldas a mí, me acerqué a él y, tirándole de la capa, le dije: «Señor, si la compasión puede enternecer...» Y aun no había pronunciado la palabra que iba a seguir a ésta, cuando el hombre volvió la cabeza. ¡Santo Dios! ¿Qué ocurrió entonces? ¡Dios mío! ¿Qué es lo que pasó por mí? Este hombre era mi carcelero. Los dos nos quedamos suspensos y absortos al vernos en tan extraño lugar. Él no tenía ojos sino para mirarme, y yo tenía todos los míos en él clavados. Así estuvimos hasta que el mutuo interés nos sacó a los dos del éxtasis en que nos habíamos sumido. «¡Ay, qué miserable es mi suerte -exclamó el carcelero-; ahora me van a descubrir!» Esta frase quejosa me inspiró en seguida la estratagema que voy a contaros. «¡Ah! ¡Señores, justicia, justicia, cogedle! -empecé a gritar, dando grandes chillidos-. ¡Ladrones! Este ladrón ha robado las joyas a la condesa de Mousseaux; un año hace que le buscaba. ¡Cien escudos a quien le coja!» Apenas había lanzado estos gritos cuando una numerosa canalla se abalanzó sobre este pobre asombrado. El espanto en que le sumió mi extraordinaria imprudencia, junto a la idea que él tenía de que sin haberme ayudado el mismo Demonio, penetrando las paredes de mi cárcel sin agujerearlas, yo no podía haberme salvado, le afligió de tal modo que durante mucho tiempo estuvo como fuera de sí; por fin, mal que bien se repuso, y las primeras palabras que dijo al populacho, para disuadirle, fue que llevasen cuidado en equivocarse porque él era un hombre de bien. Indudablemente iba a descubrir con esto todo el engaño; pero una docena de verduleras, de lacayos y de postillones, deseosos de servirme para cobrar el dinero que yo les ofrecía, le cerraron la boca a puñetazos, y como pensaban que la recompensa sería tanto mayor cuanto más ultrajes e insultos infiriesen a la debilidad de este pobre engañado, cada uno procuraba darle ya un puntapié, ya una bofetada. «¡Vaya un hombre de honor! -exclamaba esta canalla-. Tanto honor como dice que tiene, y en cuanto ha visto a este caballero en seguida ha dicho que estaba perdido». Y lo bueno de la comedia era que como el carcelero iba vestido con traje de fiesta, tenía miedo de confesarse mayordomo de la boda del verdugo, y temía que si se descubría esta circunstancia todavía le apalearían más. Yo por mi parte, aprovechando la confusión de la algazara me di a la fuga; dejé a mis piernas en libertad y pronto ellas me pusieron en salvo. Pero, por mi desgracia, el que todo el mundo me volviese a mirar me sumió en mis primeras alarmas; de tal modo que si por ventura el espectáculo de mis mil harapos, que como una danza de pordioseros bailaba a mi alrededor, excitaba en cualquier boquiabierto el deseo de mirarme, en seguida temía que leyese en mi frente que yo era un prisionero fugado. Si un transeúnte sacaba la mano

de debajo de su capa, en seguida me figuraba que era un corchete que alargaba el brazo para detenerme. Si veía a otro que me dejaba la acera sin mirarme a los ojos, tenía ya por seguro que fingía no haberme visto para atraparme por la espalda. Si veía a un mercader que entraba en la tienda, me decía: va a descolgar su alabarda. Si veía un lugar de la calle con más gente que de costumbre, pensaba: tanta gente no se ha reunido ahí sin ninguna mala intención. Si, en cambio, en otro sitio, no encontraba a nadie, pensaba: aquí me acechan. Cuando cualquier estorbo se oponía a mi paso, me decía: han hecho barricadas en las calles para cogerme en un cepo. Finalmente, como el miedo llegase a ofuscarme la razón, ya cada hombre me parecía un arquero, cada palabra un «¡deteneos!» y cada ruido el insoportable graznido de cerrojos de mi antigua prisión. Así trabajado por este terror me determiné a seguir pordioseando para cruzar, sin dar origen a sospechas, lo que me quedaba por andar desde la ciudad hasta las puertas de su muralla. Pero de miedo a que me reconociesen por la voz, añadí a la maña de mostrarme mendigo la habilidad de fingirme mudo. Con lo cual me adelantaba hacia quienes yo veía que me miraban, me señalaba con la punta del dedo la barba, luego la boca y abría ésta bostezando y profiriendo un grito no articulado para dar a entender con mi mueca que un mudo pedía limosna. Y ya se me daba por caridad alguna limosna, ya sentía que me deslizaban en la mano un mendrugo, o bien oía cómo las mujeres murmuraban que en Turquía quizá hubiese sido martirizado por la Fe del modo que lo estaba. Finalmente llegué a comprender que la pordiosería es un gran libro que nos enseña las costumbres de los pueblos con más baratura que todos los grandes viajes de Colón y de Magallanes.

Por lo demás, esta estratagema no pudo evitar la tornadiza condición de mi destino ni evitar sus malos antojos para conmigo. ¿Pero a qué otra maña pudiera yo haber recurrido? Porque al atravesar una grande ciudad como Tolosa, donde mi retrato era conocido hasta por los vendedores de arenques, y abigarradamente vestido con tan incoherentes guiñapos que casi parecía un arlequín, ¿no era lo más fácil que fuese observado por todos y reconocido luego, y la única defensa contra este peligro no era el fingirme un pordiosero, papel que se hace con tan gran variedad de gestos? Además, aunque esta astucia no la hubiésemos dispuesto con todas las circunstancias que eran necesarias al caso, creo que entre tan funestas conjeturas se necesitaba tener el juicio muy recio para no volverse loco.

Iba yo pensando en esto y haciendo mi camino, cuando de pronto me vi obligado a retroceder en él porque mi venerable carcelero y alguna docena de arqueros conocidos suyos, que le habían libertado de las manos de la gentuza, se habían amotinado, y patrullando por toda la ciudad para encontrarme, por mi desgracia vinieron todos ellos a reunirse sobre mis pasos. En cuanto me vieron con sus ojos de lince, echar ellos a correr con todas sus fuerzas y yo a volar con todas las mías, fue todo una misma cosa. Con tanta ligereza andaban mis perseguidores que algunas veces mi libertad sentía sobre mi cuello el aliento de los tiranos que querían oprimirla; pero parecía que el aire que éstos empujaban al correr tras de mí todavía me ayudaba a aventajarlos. Por fin el Cielo, o mi temor, me dieron cuatro o cinco callejuelas de ventaja. Aquí fue el perder mis perseguidores sus alientos y sus mañas, y yo la vista y el estrépito de esta importuna canalla. Es indudable que el que nunca se vio por semejante mal afligido ni pasó tales agonías no puede apreciar la alegría que me embargó cuando ya me vi libre. Con todo, como mi libertad exigía todo mi cuidado, resolví avaramente no perder ningún minuto de los que tenía el tiempo que ellos empleaban para alcanzarme. Me embadurné la cara, me ensucié de polvo el pelo, me despojé de mi jubón, me dejé caer las calzas, y tiré mi chapeo en un sumidero; con esto y con tender mi pañuelo en el suelo, sujetándolo con cuatro piedras que puse en sus cuatro puntas como lo hacen los enfermos de peste, me tendí de bruces en el suelo, y con voz tristísima me puse a gemir muy blandamente. Apenas hube hecho esto, cuando, mucho antes de oír el ruido de sus pies, oí los gritos de aquella ronca turbamulta de arqueros; pero yo tuve todavía bastante juicio para quedarme quieto en la misma postura, con la esperanza de que no me reconocieran, como así sucedió; porque como todos me tomasen por un apestado pasaron rápidamente, taponándose las narices; y aun casi todos ellos me tiraban un maravedí en el pañuelo.

Cuando merced a esta traza la tormenta hubo pasado, me interné por una alameda, y volviéndome a vestir con mis ropas me abandoné otra vez a la fortuna; pero tanto había yo corrido que ella se fatigó de seguirme. Es necesario pensarlo así, porque con el mucho andar por calles y callejas y atravesar y cruzar plazas, esta diosa gloriosa, que no está acostumbrada a andar tan de prisa, para perderme más en mi camino me dejó caer ciegamente en manos de los arqueros que me perseguían. Al encontrarme, lanzaron un grito tan furioso y aterrador que me quedé sordo. Ellos, creyendo no tener bastantes brazos para detenerme, se valían de los dientes y aun con esto parecían no estar seguros de retenerme; así, unos me cogían por los pelos, otros por el cuello, y los que estaban menos enardecidos me registraban. El fruto de este registro fue más feliz que el de mi prisión, pues en él se toparon con el resto de mi oro.

Mientras estos piadosos médicos se afanaban curando la hidropesía de mi bolsa, se oyó un grande barullo, y en toda la plaza resonaban estas palabras: «¡Matadlos, matadlos!», y al mismo tiempo vi brillar espadas. Los señores que me tenían preso exclamaron que estas gentes que llegaban no eran sino

los arqueros del gran preboste, que querían arrebatarles su caza. «Pero llevad cuidado -me dijeron ellos, que todavía me apretaban más de lo que acostumbraban-, llevad cuidado de caer entre sus manos, pues os condenarían en veinticuatro horas y ni el mismo rey os podría salvar». A pesar de esto, y habiéndose asustado de la batalla que ya consideraban próxima, me abandonaron tan totalmente que me quedé solo en medio de la calle, mientras los nuevos agresores iban haciendo una carnicería de cuanto a su paso encontraban. A vosotros dejo el pensar cómo no tomaría yo la carrera de mi fuga, puesto que tenía que temer tanto a los de un bando como a los del otro. En poco tiempo me alejé del tumulto, y cuando ya iba a preguntar por el camino de la puerta, un torrente de gentes que huían de la refriega desembocó en mi calle. No pudiendo oponerme a la corriente de la muchedumbre determiné seguirla; y ya fatigado por andar durante tanto tiempo, topé al final con una puertecilla muy obscura, en la que me interné en revuelta confusión con otros de los que huían. Una vez dentro atrancamos las puertas, y luego que todo el mundo recobró el aliento, uno de ellos dijo: «Camaradas, si vos me creéis, cerremos los dos postigos y hagámonos fuertes en el patio». Estas espantosas palabras hirieron mis oídos con tan agudo dolor que creí caer muerto en la plaza. ¡Ay de mí! Luego me di cuenta de que en vez de salvarme en un asilo, como yo creía, me había metido sin darme cuenta en una prisión, pues era imposible escapar de la vigilancia de sus vigilantes. En seguida, contemplando más atentamente al hombre que me había hablado, le reconocí y vi que era uno de los arqueros que durante tan largo camino me habían perseguido. Entonces un sudor frío me brotó de la frente, me puse muy pálido y casi estuve a punto de desvanecerme. Al verme tan pálido, todos, estremecidos de compasión, fueron a pedir agua y se acercaron luego para socorrerme; por desdicha mía, el maldito arquero fue de los más prestos, y así que hubo puesto en mí sus ojos me reconoció. Hizo una seña a sus compañeros, y en seguida me saludaron todos con estas palabras: «Os hacemos prisionero en nombre del rey». Dichas las cuales, y sin ninguna otra ceremonia, quedé encarcelado.

Permanecí en un calabozo subterráneo hasta la tarde, en que todos los carceleros, uno tras otro, vinieron a verme para que, haciendo una escrupulosa disección de todas las partes de mi rostro, se les quedase éste grabado en el lienzo de su memoria.

Ya a las siete sonadas, el ruido de un gran llavero dio la señal de retreta; se me preguntó si quería que me condujesen a un calabozo de pago que costaba un escudo; yo contesté que sí inclinando la cabeza. «¡Pues venga el dinero!», me replicó el carcelero. Comprendí yo entonces que estaba en un sitio donde tendría que soltar muchos más escudos, y por ello le rogué que si su cortesía no le permitía resolverse a abrirme un crédito hasta el día siguiente, le dijese de mi parte al calabocero que me devolviesen los escudos que me habían cogido. «A fe mía -me contestó este tunante-, nuestro calabocero tiene demasiado corazón para devolver nada a nadie. ¿O es que por vuestras hermosas narices...? ¡Bah!, vamos, vamos a los calabozos subterráneos». En diciendo estas palabras me indicó el camino con un golpe sonoro de su llavero, cuya pesadez me hizo caer y resbalarme de arriba abajo desde una altura obscura hasta el pie de una puerta que vino a detenerme; y no hubiese advertido que este obstáculo de mi caída era en efecto una puerta, sin el estropicio de mi tropezón, pues al toparla con la cabeza advertí lo que no pude ver con los ojos, que se me habían quedado en lo más alto de la escalera prendidos de una antorcha que sostenía, ochenta escalones más arriba, el verdugo de mi carcelero. En efecto, este tigre de hombre fue bajando pian piano y después abrió treinta enormes cerraduras, destrancó otras tantas barras, y dejando la celda apenas entreabierta, con un rodillazo me empujó hasta aquella fosa, cuyo espantoso aspecto apenas tuve tiempo de contemplar, pues en seguida que yo entré cerró tras sí la puerta. Aquí quedé hundido en el cieno hasta las rodillas, y si alguna vez quería separarme un poco me hundía hasta la cintura. El cloqueo terrible de los sapos que chapoteaban en este cieno venía a hacer que no lamentase mi sordera; sentía que los lagartos se me subían por las piernas; que las culebras se me enroscaban al cuello, y a la luz de sus pupilas centelleantes pude entrever que una de éstas sacaba de negra garganta venenosa una lengua de tres puntas, dardeante, y cuyo brusco movimiento la hacía parecerse a un rayo encendido por el fuego de sus ojos.

Contaros muchas más cosas ya no puedo: están por encima de toda imaginación y ni siquiera yo pretendo acordarme, porque temo que si las rememoro la certeza de estar ya libre de mi prisión, que según creo puedo tener, se torne un sueño del que vaya a despertar. Ya la aguja del cuadrante de la gran torre marcaba las diez y aún no había venido nadie a llamar a la puerta de mi tumba; pero poco después, y cuando ya el dolor de mi amarga tristeza comenzaba a estrecharme el corazón y a desordenar ese armonioso equilibrio que da la vida, oí una voz que me invitaba a cogerme de una pértiga que se me enseñaba. Luego que durante bastante tiempo y en la obscuridad fui tentando el aire, topé por fin con un extremo de esa pértiga y me abracé a ella con toda la emoción de mi alma. Entonces mi calabocero, cobrándola por el otro extremo, me pescó de en medio de este pantano. Yo sospeché que mis asuntos habían tomado otra fase, pues me hizo profundas cortesías, me habló con la cabeza descubierta y me dijo que cinco o seis personas de alta condición me esperaban en el patio para verme. Y hasta la bestia salvaje

que me había encerrado en la cueva que os he descrito se atrevió a abordarme, e hincando una rodilla en tierra y besándome las manos, con una de sus patas fue quitándome los caracoles que se habían enredado en mis cabellos y con la otra hizo caer un montón de sanguijuelas que estaban incrustadas en mi rostro.

Después de esta admirable *cortesía* me dijo: «Al menos, mi buen señor, os acordaréis de los cuidados con que os ha asistido este simple Nicolasón. Pardiez, ¡voto al chápiro! ¡Ni que hubieseis sido el rey!, ¿eh? No es que quiera quitaros méritos, ¡vaya!, pero ¡pardiez!..., si me lo agradecieseis...»

Encolerizado por la desvergüenza de este bribón le indiqué con un gesto que no dejaría de acordarme. Y dando mil rodeos espantosos llegué por fin a la luz y luego al patio, en el cual, tan pronto como entré, dos hombres me cogieron; no pude yo conocerlos porque se abrazaron a mí rápidamente, y uno y otro tenían su cara pegada a la mía. Mucho tiempo estuve así sin conocerlos; pero como ellos diesen una corta tregua a los arrebatos de su amistad, pude ver que eran mi querido amigo Colignac y el generoso marqués. Colignac tenía el brazo en cabestrillo, y Cussan fue el primero que salió de su éxtasis. «¡Ay! -dijo-, nunca hubiésemos sospechado tan gran desastre si vuestro corcel y vuestro mulo no hubieran llegado esta noche a las puertas de mi castillo; su ante pechera, sus cinchas y sus gruperas estaban completamente rotas, y esto nos hizo sospechar que alguna desgracia os habría sobrevenido; en seguida hemos montado a caballo, y aun no habíamos andado tres o cuatro leguas hacia Colignac, cuando los aldeanos, emocionados por este accidente, nos han dado detalles de sus circunstancias. Al galope tendido nos hemos llegado hasta la aldea en donde vos estabais prisionero; pero como allí nos enterásemos de vuestra evasión, guiados por el rumor muy divulgado de que os habíais ido camino de Tolosa, con las gentes que se nos han allegado hemos venido hasta aquí a galope tendido. El primero a quien hemos pedido noticias vuestras nos dijo que de nuevo habíais sido detenido. En seguida hemos arreado hacia aquí nuestros caballos; pero otras gentes nos aseguraron que os habíais escapado de las manos de los corchetes; como íbamos adelantando camino, los aldeanos se decían unos a otros que os habíais vuelto invisible; por fin, y a fuerza de preguntar, hemos logrado saber que después de haberos prendido y vos escapado, y haberos vuelto a prender no sé cuántas veces, os habían conducido a la prisión de la Gran Torre. Con esto fuimos a salir al encuentro de los arqueros, y con una dicha más aparente que verdadera los hemos encontrado por fin, combatiendo primero y luego puestos en fuga. Pero nada hemos podido averiguar con las noticias que de vos nos han dado los heridos, ni hemos sabido qué es lo que os había sucedido, hasta que esta mañana nos han dicho que vos mismo, ciegamente, habíais venido a poneros en salvo en esta prisión. Colignac ha sido herido en algunas partes, pero muy ligeramente. Hablando ya de otra cosa, nosotros acabamos de dar orden de que seáis alojado en la mejor celda de aquí. Como vos amáis mucho el aire libre, hemos mandado que os amueblen, para vos solo, una habitación situada en lo más alto de la torre, para que así la terraza os sirva de balcón; de modo que, aunque tengáis el cuerpo prisionero, tendréis los ojos en libertad». «¡Ay, mi querido Dyrcona -exclamó entonces el conde tomando la palabra-, cuántas desdichas por no haberte llevado con nosotros cuando salimos de Colignac!» El corazón, con no sé qué ciega tristeza, cuya causa yo ignoraba, me predecía algo espantoso; pero no importa, yo tengo buenos amigos, tú eres inocente, y en todo caso yo sé muy bien cómo se muere gloriosamente. Tan sólo una cosa me desespera, y es que el bribón al cual yo quería dar los primeros golpes de mi venganza (ya sospecharás que me refiero a mi cura) no puede ya recibirlos: el miserable acaba de entregar su alma a Dios. He aquí detalles de su muerte. Iba corriendo con su servidor para encerrar a tu corcel en su cuadra, cuando este caballo, que posee una fidelidad acaso aumentada por las secretas luces de su instinto, lleno de fogosidad se puso a galopar, y con tanta furia y éxito lo hizo que con tres coces que dieron al traste con la cabeza de ese bufón dejó vacante su prebenda. Tú no comprenderás acaso las causas del odio que me tenía este insensato, mas yo te las voy a descubrir. Sepas, ante todo, para empezar la historia por sus comienzos, que este santo varón, normando de nacimiento y enredador de oficio, que *desbeneficiaba* con el dinero de los peregrinos una capilla abandonada, puso sus miras sobre el curato de Colignac, y a pesar de mis esfuerzos para mantener al que lo gozaba en el derecho que le asistía, el muy pícaro se mostró tan meloso con sus jueces que por fin y muy a nuestro pesar fue nuestro pastor.

Al cabo de un año tuvo conmigo un pleito para hacer que yo pagase el diezmo. Por más que se le demostró que desde tiempo inmemorial mi tierra estaba libre de ese tributo, quiso seguir su proceso y lo perdió al fin; pero en el curso del pleito promovió tantos incidentes, que, a fuerza de intrigas, más de veinte pleitos han salido de esos incidentes; pleitos que ahora quedarán abandonados gracias a que la herradura del caballo ha sido más dura que el cerebro de monseñor Juan. He aquí lo que según mis conjeturas es causa del vértigo de odio que sentía nuestro pastor. Mas ahora admiraos del celo que ponía en la ejecución de su rabia. Me acaban de asegurar que como se metiese en la cabeza la manía de encarcelaros, había pedido la permuta de su curato con otro curato de su país, al cual esperaba retirarse tan pronto como vos quedaseis preso. Su mismo servidor ha dicho que al ver a tu caballo cerca de la cuadra había oído decir a su amo que ese caballo le serviría muy bien para marcharse a algún lugar en el cual no podríamos encontrarle».

Luego de todas estas razones, Colignac me advirtió que desconfiase de los ofrecimientos y las visitas que tal vez me hiciese un señor muy poderoso cuyo nombre me declaró; que este señor era el que había puesto toda la influencia necesaria para que monseñor Juan obtuviese el beneficiado que pretendía y que ahora había tomado mi asunto por su cuenta para pagar con su interés los servicios que el buen párroco, desde que se había hecho pedante, había prestado en el colegio a un su hijo. «Por lo demás - continuó Colignac-, como no es posible pleitear sin encono y sin que quede en el alma una enemistad que ya nunca se borra, aunque nos hayan repatriado, él siempre ha buscado secretamente las ocasiones de mortificarme. Pero no importa; yo tengo más parientes togados que él y tengo muchos amigos que si vienen las cosas mal nos ayudarán para implorar el favor de la autoridad real».

Después que Colignac hubo dicho estas palabras, uno y otro trataron de consolarme; pero lo hicieron con muestras de un dolor tan tierno, que el mío aun se aumentó más.

Mientras tanto, mi calabocero vino a advertirnos que mi habitación estaba ya preparada. «Vamos a verla», dijo Cussan, y echó a andar; nosotros le seguimos. Yo la encontré muy bien. «No le falta nada - les dije-; tan sólo el tener libros». Colignac me prometió que al día siguiente me enviaría tantos como yo le pidiese en una lista. Cuando atentamente observamos y reconocimos que por la altura de mi torre, por las fosas hondísimas que la rodeaban y por la disposición total de mi habitación el salvarme era una empresa fuera del poder humano, mis dos amigos, mirándose uno al otro, se pusieron a llorar; pero como si de pronto nuestro dolor hubiese afligido al Cielo, una súbita alegría atrajo la esperanza, y la esperanza a su vez encendió en nosotros secretas luces con las cuales mi razón hasta tal punto quedó maravillada que con un arranque involuntario que hasta a mí mismo me parecía ridículo, les dije: «Id, id y esperadme en Colignac; yo estaré allí dentro de tres días; mientras tanto, enviadme todos los instrumentos de matemáticas con los cuales Yo trabajo de costumbre; también encontraréis en una gran caja muchos cristales con diversas formas tallados: no los olvidéis. Quizá fuera mejor que hubiese especificado en una Memoria todas las cosas que me hacen falta».

Ellos se hicieron cargo de mis demandas sin que pudiesen averiguar mi intención. Después de lo cual yo los despedí.

Luego de su partida yo no hice otra cosa que rumiar la ejecución de lo que había premeditado, y todavía estaba rumiándolo al día siguiente cuando, en el nombre de mis amigos, me trajeron todas las cosas que yo había indicado en mi demanda. Un ayuda de cámara de Colignac me dijo que desde el día anterior no habían visto a su dueño y que ignoraban su paradero. Este accidente no me afligió nada porque en seguida me vino al pensamiento que probablemente habría ido a la corte para solicitar mi rescate. Por lo cual, sin asombrarme, puse manos a la obra. Durante ocho días carpinteé, acepillé, encolé, en fin, construí la máquina que voy a describiros.

Consistía en una gran caja muy ligera que se cerraba con precisa exactitud; tenía aproximadamente seis pies de altura y tres o cuatro de ancho. Esta caja estaba agujereada por bajo y por encima de la tapa, que también estaba agujereada; yo puse sobre ésta una vasija de cristal, también agujereada, que tenía la forma de un globo, pero muy amplia y cuyo gollete venía a parar y se encajaba en el agujero que yo había hecho en su montera.

La vasija estaba hecha de propósito con muchos ángulos y en forma de icosaedro para que merced a la disposición en facetas, a la vez cóncavas y convexas, mi bola produjese el efecto de un espejo ardiente.

Ni mi calabocero ni mis carceleros subían una sola vez a mi habitación que no me hallasen ocupado en este trabajo; pero no se asombraban de ello a causa de las maravillas de mecánica que veían en mi cuarto y de las cuales yo me consideraba el inventor. Entre otras muchas de esas maravillas había un reloj de viento, un ojo artificial, con el que se podía ver de noche, y una esfera en la cual los astros seguían el mismo movimiento que tienen en el cielo. Todo esto bastaba a convencerles que la máquina en la que yo trabajaba era una curiosidad semejante; además de esto, el dinero con que Colignac les untaba, les hacía ir dulcemente por muy difíciles pasos. Así ordenadas todas las cosas, a las nueve de la mañana, cuando mi calabocero había bajado y el cielo estaba obscurecido, puse yo mi máquina en lo más alto de mi torre, es decir, en el lugar más descubierto de la terraza. Se cerraba la máquina tan herméticamente que ni un soplo de aire podía introducirse en ella si no es por las dos aberturas; dentro de la máquina había yo puesto una ligera tabla que me servía de asiento.

Una vez que todo estuvo dispuesto de esta guisa, me encerré yo dentro, y así estuve cerca de una hora esperando lo que la fortuna quisiera hacer de mí.

Cuando el Sol, libre ya de las nubes que le empañaban, comenzó a alumbrar mi máquina, el icosaedro transparente de ésta, que recibía a través de sus facetas los tesoros del Sol, esparcía por su boca la luz en mi celda, y como este esplendor se iba debilitando porque los rayos no podían replegarse hasta mí sin romperse muchas veces, su vigorosa claridad ya disminuida convertía mi encierro en un pequeño cielo de púrpura esmaltado de oro.

Estaba yo extasiado contemplando la belleza de tan matizado color, cuando de pronto noté que mis entrañas me temblaban del mismo modo que las sentirían palpitar los que de pronto se notasen aupados por una polea.

Ya iba yo a intentar abrir mi encierro para averiguar la causa de esta emoción, pero al adelantar la mano advertí, por el agujero del piso de mi caja, que mi torre estaba ya muy por debajo de mí y que mi pequeño castillo, andando por el aire, en un santiamén me hizo ver a la ciudad de Tolosa hundiéndose en la Tierra. Este prodigio me dejó asombrado, y no tanto a causa de un esfuerzo tan súbito como por el espantoso arranque de la razón humana con el éxito de un propósito que con sólo imaginarlo me había asustado. Lo demás no me sorprendió nada, porque yo había previsto ya que el vacío que se produciría en el icosaedro, a causa de la convergencia de los rayos del Sol provocada por los cristales cóncavos, atraerían, para llenarlo, una impetuosa abundancia de aire, con la cual mi caja se elevaría de tal modo que así que iría elevándome el horrible viento que se adentraría por el agujero no podría elevarse hasta la techumbre sin que penetrando en esta máquina con furia, la impulsase hacia lo alto. Aunque mi propósito estuviese meditado con muchas precauciones, vino sin embargo a equivocarme una circunstancia por no haber confiado bastante en la virtud de mis espejos. Alrededor de mi caja yo había izado una vela pequeña, fácil de manejar, con una escota cuyo chicote tenía yo en mis manos y que pasaba por la boca de la vasija; hice esto porque pensaba que con tal arte, cuando estuviese en el aire, podría aprovechar todo el viento que me fuese necesario para llegar a Colignac; pero en un abrir y cerrar de ojos, el Sol, que daba de lleno y oblicuamente sobre los espejos del icosaedro, me elevó a tal altura que perdí de vista Tolosa. Esto me obligó a abandonar mi escota; poco tiempo después advertí, mirando por una de las ventanillas que había practicado en los cuatro costados de la máquina, que mi pequeña vela, arrancada por el viento, volaba a la merced de un torbellino que dentro de ella hacía el aire. Recuerdo que en menos de una hora me encontré por encima de la región media. De esto me di cuenta fácilmente porque vi llover y granizar por debajo de mí. Acaso se me preguntará que de dónde procedía entonces el viento necesario para que mi máquina pudiera elevarse, ya que estaba en una parte del Cielo exenta de meteoros. Pero si se tiene buena voluntad para escucharme, pronto daré yo satisfactoria respuesta a esa objeción. Ya os he dicho que el Sol, que daba vigorosamente con sus rayos sobre los cristales cóncavos, uniendo sus rayos en el centro de la vasija, repelía el aire con su ardor, expulsándolo por el tubo alto de que ésta estaba llena; de tal modo, que al producirse el vacío en la vasija, como la Naturaleza aborrece a éste, la llenaba de otro aire por la parte baja; así, tanto perdía como recuperaba; por esto no hay que asombrarse de que en una región situada sobre la región media en que se forman los vientos yo siguiese elevándome, pues el éter se convertía en viento por la frenética velocidad con que se adentraba en mi máquina para impedir su vacío, con lo cual y como consecuencia debía empujar sin tregua a mi máquina.

Casi no me molestó nunca el hambre, si se exceptúan los momentos en que atravesaba esta región media; porque, verdaderamente, la frialdad del clima me la hizo ver desde lejos; y digo desde lejos porque una botella de licor que siempre yo llevaba conmigo, y de la cual bebí algunos sorbos, impidió que el hambre se me acercase.

Durante el resto de mi viaje no me sentí alcanzado por ella; antes bien, cuanto más avanzaba hacia el Sol, ese mundo inflamado, más robusto me encontraba. Sentía mi rostro más caliente y alegre que de costumbre, mis manos se me teñían con un color bermejo y agradable, y no sé qué alegría filtraba por mi sangre que me hacía estar como fuera de mí.

Me acuerdo de que reflexionando acerca de esta aventura alguna vez pensé de esta manera: «El hambre, sin duda, no ha podido alcanzarme porque como su dolor no es más que un intento de la Naturaleza, que obliga a los animales a reparar con la alimentación lo que de su substancia pierden, y hoy siento que el Sol, con su cura constante y cercana irradiación, me hace reparar todo el calor radical que voy perdiendo, ya con ello no siento los deseos de un hambre que en este caso sería vana». A estas razones mías yo mismo me objetaba que puesto que el temperamento, que es lo que constituye la vida, no sólo consistía en ese calor natural, sino también en esa humedad sobre la que el fuego debe prenderse como la llama en el aceite de una lámpara, los rayos de ese brasero vital no podrían alimentarnos el alma si no encontraban alguna materia untuosa que los atrajese hacia sí. Pero muy luego vencí esta dificultad, reparando en que en nuestros cuerpos la humedad radical y el calor natural no son más que una misma cosa; pues lo que se llama húmedo, sea en los animales, sea en el Sol, esa grande alma del mundo, no es más que una fluxión de chispas, más continuas a causa de su movilidad, y lo que se llama calor es una confusión de átomos de fuego que parecen menos sueltos a causa de su interrupción. Pero aun cuando el calor y la humedad radical fuesen dos cosas distintas, es desde luego cierto que la humedad no sería necesaria para vivir cerca del Sol, porque puesto que esta humedad no sirve entre los vivos sino para detener el calor que de otro modo se exhalaría demasiado rápidamente y no se repararía con suficiente prontitud, no habría que temer su falta en una región en la cual se reunían muchos más corpúsculos llameantes constitutivos de la vida que los que de mi cuerpo se desprendían.

Otra cosa puede también asombrar; es a saber: que las cercanías de este globo ardiente no me consumieron, puesto que yo casi habla alcanzado la plena actividad de su esfera; pero he aquí la razón de ello. Hablando con exactitud, no es precisamente el fuego el que quema, sino una materia más densa a la que el fuego empuja aquí y allá merced a los impulsos de su naturaleza movediza. Y el polvo de chispas que yo llamo fuego, al moverse, ejerce seguramente su acción merced a la redondez de esos átomos, pues ellos entibian, calientan o queman según la naturaleza de los cuerpos que arrastran consigo. Así, la paja no produce una llama tan ardiente como la madera; la madera se quema con menos violencia que el hierro, y esto por la razón de que el fuego del hierro, de la paja y de la madera, aunque en realidad sean el mismo fuego, obran sin embargo distintamente, según la diversidad de los cuerpos quemados. Por esto en el caso de la paja, el fuego, ese polvo casi espiritual, como no está estorbado sino por un cuerpo blando, es menos corrosivo; en la madera, cuya substancia es más compacta, entra con más dificultad, y en el hierro, cuya masa es casi totalmente sólida y bien trabada por parte angulares, penetra y consume en un periquete todo lo que se le opone. Como estas observaciones son tan familiares, no creo ya que extrañe a nadie que aun aproximándome al Sol no me quemase; pues lo que quema no es el fuego, sino la materia en que éste se fija, y como el fuego del Sol no puede mezclarse a ninguna materia, no puede quemar. ¿Nosotros mismos no sentimos que la alegría, que en realidad no es más que un fuego, porque sólo actúa sobre una sangre aérea, cuyas partículas muy libres resbalan suavemente sobre las membranas de nuestra carne, nos consuela con tibieza y hace nacer en nuestro cuerpo no sé qué ciega voluptuosidad? ¿Y esa voluptuosidad o, mejor dicho, este primer progreso del dolor, no llegan a veces hasta amenazar con la muerte y hacernos sentir que el deseo causa un movimiento en nuestros espíritus que nosotros llamamos alegría? Por esto la fiebre, aunque produzca muy distintos efectos, no es otra cosa que un fuego como lo es el de la alegría; pero está envuelto por un cuerpo cuyos átomos son cornudos, como la bilis negra o la melancolía, que dando pinchazos, con sus puntas encorvadas, por allí donde su naturaleza movible le arrastra, taladra, corta, desuella y produce con toda esta violenta agitación lo que se llama *ardor de fiebre.*

Pero toda esta trabazón de pruebas no sirve para nada; en cambio las más vulgares experiencias bastan para convencer a los obstinados. Yo no tengo tiempo que desperdiciar y he de pensar en mí. Como Faetón, estoy en medio de un camino del que ya no podría retroceder y en el cual, si diese un paso en falso, ni todas las fuerzas de la Naturaleza unidas podrían salvarme.

Yo vi con mucha claridad que, como sospeché al subir a la Luna, la Tierra daba vueltas en torno del Sol, en dirección de Oriente a Occidente, y no el Sol en torno de la Tierra; y esto porque veía a continuación de Francia el pie de la bota de Italia, después el mar Mediterráneo, después Grecia, después el Ponto Euxino y Persia y las Indias y China, y finalmente Japón, pasar sucesivamente por el agujero de mi caja, y luego de algunas horas de ascensión, habiendo dado ya la vuelta a todo el mar del Sur, púsose en su lugar el continente de América.

Yo distinguía claramente todas estas vueltas, y recuerdo que bastante tiempo después todavía vi aparecer a Europa de nuevo en la escena; pero ya no podía distinguir separadamente sus Estados, a causa de mi altura, que ya era harto inmensurable. De camino iba dejando a mi derecha y a mi izquierda varias tierras como la nuestra, por cuyas esferas de actividad me sentía atraído por poco que hacia ellas me acercase; pero el rápido vuelo de mi caja sobrepujaba el vigor de esas atracciones.

Bordeé la Luna, que por entonces se había interpuesto entre el Sol y la Tierra, y dejé a Venus a mi derecha. A propósito de esta estrella, la astronomía antigua ha dicho tantas veces que los planetas son astros que giran en torno de la Tierra, que la moderna no sabría dudar de ello. Con todo, yo me permitiré observar que durante todo el tiempo en que Venus apareció más acá del Sol, en torno al cual gira, yo siempre la vi creciente; pero cuando acabó su giro observé que, a medida que se quedaba detrás, sus cuernos se acercaron y su vientre negro se redoró. Pues esta vicisitud de luces y de tinieblas viene a demostrar que los planetas como la Luna y la Tierra son globos sin claridad propia y sólo capaces de reflejar la que de prestado reciben.

Efectivamente, avanzando en mi ascensión, al observar a Mercurio pude repetir la misma experiencia. También vi más tarde que todos los mundos tienen otros pequeños mundos que giran en torno a ellos. Pensando después en las causas de la construcción de este gran Universo, di en imaginar que al desenmarañarse el Caos, luego que Dios hubo creado la materia, los cuerpos de naturaleza semejante se reunieron por ese principio de amor desconocido que, según vemos, acerca todas las cosas a las que les son parejas. Partículas que estarían formadas de cierta manera parecida se unieron y con ello se creó el aire. Otras que por su figura serían capaces de tener un movimiento circular compondrían, reuniéndose, los globos que se llaman astros, y que no sólo se habrán conglomerado con formas redondas merced a esa inclinación de rodar sobre sus ejes a que los impulsa su misma figura, como nosotros vemos, sino que, evaporándose de su masa y andando en su huida de tal manera, habrán hecho girar hasta los orbes más pequeños que se hallaban en la esfera de su actividad. Por esto Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter y Saturno están obligados a girar y piruetear en torno del Sol. Lo cual no quiere decir que

sea absurdo pensar que en otro tiempo todos estos globos fuesen otros tantos soles, puesto que todavía queda en la Tierra, a pesar de que constantemente se va extinguiendo, bastante calor para hacer que la Luna gire en su torno por el movimiento circular de los cuerpos que se desprenden de su masa y también lo tiene Júpiter para hacer girar a cuatro. Pero estos soles, con el tiempo, han sufrido una pérdida de luz y de fuego tan considerable (a causa de la emisión continua de pequeños cuerpos que producían ese calor y esa claridad) que han acabado por no ser otra cosa que materia fría, tenebrosa y casi impotente. Hoy mismo, nosotros descubrimos que las manchas que tiene el Sol, y en las cuales los antiguos no habían reparado, crecen de día en día. ¿Y quién sabe si esas manchas son tan sólo una corteza que se forma en la superficie del Sol porque su masa se va extinguiendo a medida que ese astro nos va dando su luz? ¿Y quién sabe si no llegará a un punto en que, abandonado por todos esos cuerpos movedizos, el Sol acabará por ser un cuerpo opaco como es la Tierra? Ha habido siglos inmensamente lejanos, más allá de los cuales no aparece ningún vestigio del género humano; pues bien, es muy posible que entonces la Tierra no fuese sino un sol poblado por animales proporcionados al clima que los había creado, y es posible también que esos animales fuesen los demonios de quienes tantas aventuras nos cuenta la tradición. ¿Por qué no? ¿No puede ocurrir que estos animales, después de apagarse la Tierra, hayan permanecido en ella algún tiempo todavía y que la alteración de su morada no llegase a extinguir por entero toda su raza? Debió de ser así, y su vida, según acredita Plutarco, alcanzó hasta la de Augusto. Hasta parece que el testamento profético y sagrado de nuestros patriarcas haya querido conducirnos de la mano a la prueba de esta verdad, pues en él se ve que antes nos habla de la rebelión de los ángeles que de la del hombre. Esta sucesión de tiempo que la Escritura observa, ¿no es como una media prueba de que los ángeles han habitado la Tierra antes que nosotros? ¿No lo es también de que estos orgullosos, que habían vivido en nuestro mundo en los tiempos en que éste era un Sol, desdeñaban acaso seguir en él viviendo porque se hubiese apagado, y sabidores de que Dios había puesto su trono en el Sol, tuvieron el atrevimiento de intentar ocuparle? Pero Dios, que quiso castigar su audacia, los expulsó también de la Tierra, y para substituir a los ángeles creó al hombre, menos perfecto y, por ende, menos soberbio. Después de cuatro meses de viaje aproximadamente, o al menos tanto me pareció a mí, que no tenía noche ni día para orientarme en el tiempo, abordé una de esas pequeñas tierras que dan vueltas en torno del Sol (que los matemáticos llaman máculas), donde a causa de las nubes entre el Sol y mi máquina interpuestas, y como mis vidrios no reuniesen ya tanto calor, y el aire, por ende, no empujase mi cabaña con tanto vigor, el viento que quedaba no fue capaz de detener mi caída y descendí sobre la cúspide de una montaña, a la que bajé suavemente.

Dejo a vosotros el pensar la alegría que yo experimentaría al sentir mis pies apoyados sobre un piso sólido, después de estar durante tanto tiempo haciendo el papel de pájaro. Realmente las palabras son débiles para expresar el desbordado regocijo que me invadía cuando por fin sentí mi cabeza coronada por la claridad de los cielos. Este éxtasis, sin embargo, no me llegó a transportar tanto que antes de abandonar mi caja no pusiese mi camisa para tapar su recipiente, pensando que si el aire al serenarse hubiese dado libertad al Sol y éste se hubiese reencendido en los cristales de mi caja, como era lo más probable, ya no encontraría mi casa nunca más.

Por unas grietas de la montaña, que el agua seguramente habría causado, bajé a la llanura, en donde por el espesor del barro con que la tierra estaba mullida, apenas podía andar. A pesar de esto, al cabo de algún espacio recorrido llegué a un bache en donde encontré a un hombre completamente desnudo, que echado en una piedra estaba en actitud de descansar. No me acuerdo si fui yo quien le llamé primero o si fue él quien lo hizo y me preguntó a mí; pero todavía conservo fresco en la memoria, como si lo escuchase ahora, todo lo que durante tres largas horas me estuvo diciendo, en una lengua que yo no había oído en mi vida y que no tiene ninguna relación con las de este mundo; no obstante lo cual, la entendí mucho más aprisa y con más profundidad que la que me enseñó mi nodriza. Cuando yo le pregunté cómo podía suceder maravilla semejante, él me explicó que en las ciencias tan sólo había una sola verdad, y que en saliéndose de ella siempre se alejaba uno de lo fácil; por tanto, que cuanto más un idioma se alejaba de la verdad se hacía tanto más incomprensible, quedando por bajo de los alcances de nuestra inteligencia. «De la misma manera -continuó él- en la música, tan pronto como esta verdad es hallada, el alma se siente transportada y se adhiere al sonido ciegamente. Y nosotros no lo vemos, pero sentimos que la Naturaleza lo ve, y sin que podamos comprender de qué suerte por esta música estamos absorbidos, no deja ella de maravillarnos, aunque no sepamos observar de dónde viene. Pues lo mismo sucede con los idiomas. El que encuentra esa verdad en las letras, en las palabras y en la unión de todos los signos, nunca podrá al expresarse hacerlo con medios que estén más bajos que su concepción; de modo que siempre hablará conforme a su pensar, y sólo cuando vos no conozcáis con perfección ese idioma os quedaréis perplejo y no conoceréis el orden y las palabras que puedan explicar lo que imagináis». Yo le dije que el primer hombre de nuestro mundo indudablemente se habría servido de esa lengua, porque los nombres que había empleado para designar cada cosa venían a declarar con exactitud su propia esencia. Él me interrumpió y continuó: «No es que nuestra lengua tan sólo sea necesaria para

expresar todo lo que el espíritu siente, sino que sin ella no podríamos hacernos entender por todos. Pues si este idioma es instinto o voz de la Naturaleza, necesario es que sea inteligible para todo aquello que vive bajo el imperio de esa Naturaleza. Por esto, si vos conocieseis bien el idioma de la Naturaleza, podríais expresar y comunicar vuestros pensamientos a las bestias, y éstas a su vez podrían comunicaros los suyos, pues siendo la lengua de la Naturaleza, de todos los animales ha de ser entendida.

»No os asombre, pues, la facilidad con que vos comprendéis los sonidos de una lengua que no oísteis jamás. Cuando yo hablo, vuestra alma encuentra en cada una de mis palabras esa verdad que ella busca a tientas; y aunque su razón no pueda entenderla, dentro de ella hay cierta naturaleza que no dejará de hacerlo».

«¡Ah! -exclamé yo entonces-, sin duda, merced a ese enérgico idioma nuestro primer padre, en tiempos remotos, podía conversar con los animales y hacer que éstos le entendiesen. Porque como le había sido dado el dominio sobre todas las especies, éstas le obedecían porque él las mandaba en una lengua que no desconocían. Y como ahora esta lengua ha desaparecido, ya las bestias no se llegan a nosotros como antes, cuando las llamamos, y no por otra cosa sino porque no entienden esa llamada».

No dio muestras el hombrecillo de quererme contestar, sino que reanudando el hilo de su discurso ya iba a continuar, y lo hubiese hecho si de nuevo yo no viniese a interrumpirle. Y lo hice preguntándole cuál era el mundo en que ahora estábamos, y si estaba muy poblado, y qué gobierno estaba encargado de mantener la policía de sus costumbres. Él entonces me dijo: «Voy a explicaros algunos secretos que no son conocidos en vuestro mundo:

»Contemplad bien la tierra en que ahora estamos. No hace mucho era una masa desordenada y revuelta, un caos de materia confusa, un polvo negro y pegajoso que se había separado del Sol. Pero luego (cuando por el vigor de los rayos que todavía en él se concentraban mezcló, comprimió y condensó estos abundantísimos átomos, haciéndolos compactos); luego, digo, que merced a una larga y poderosa cocción separó de sí los cuerpos más contrarios y congregó los más semejantes; esta masa, arrebatada por el calor, sudó de tal modo que todo el sudor se convirtió en un diluvio que casi la ha tenido inundada durante más de cuarenta días, porque todos éstos han sido necesarios para que el agua se llegara a filtrar hasta las regiones más pendientes y más bajas de nuestro globo.

»De todos estos torrentes de humores ha llegado a formarse el mar, que acredita todavía con su sal que esta agua no es sino sudor, pues que todo sudor es salado. Luego que las aguas se retiraron ha quedado sobre la tierra un cieno resbaladizo y fecundo, del cual, por efecto de los rayos del Sol, se levantó a modo de una ampolla que a causa del frío no pudo sacar fuera su germen. Por ello recibió una segunda cocción, y como esta cocción viniese a rectificar y perfeccionar su materia, haciéndola adquirir una mezcla más perfecta, dio por fin vida a ese germen, que no siendo capaz sino de vegetar, le hizo sentir. Pero como las aguas que tanto tiempo estuvieron encharcadas en el barro le habían enfriado la ampolla no llegó a reventar; de suerte que el Sol la volvió a cocer una vez más; al cabo de esta tercera cocción, como la matriz estaba ya muy ardiente y el frío no oponía ningún obstáculo a su parto, se abrió y dio a luz un hombre, el cual ha conservado en el hígado, que es la residencia del alma vegetativa y el lugar de la primera cocción, la potencia de crecer; en el corazón, que es la sede de la actividad y el lugar de la segunda cocción, la potencia vital, y en el cerebro, que es la sede de lo intelectual y el lugar de la tercera cocción, la potencia de razonar. Si no fuese por todo esto, ¿a qué causa habríamos de atribuir que la permanencia nuestra en el vientre de nuestras madres fuese más duradera que la del resto de los animales en el seno de las suyas? No se hallará otra razón si no es la de que el embrión nuestro ha de recibir tres cocciones distintas para lograr las tres distintas facultades de nuestra alma, en tanto que las bestias sólo necesitan dos para formar la de las suyas. Ya sé yo que el caballo permanece diez, doce o catorce meses en el vientre de la yegua. Como es de un temperamento tan contrario del que a nosotros nos hace hombres, nunca puede alcanzar la vida más que en los meses (¡fijaos!) tan distintos de los que nosotros tardamos en recibirla, cuando no nos quedamos en la matriz, fuera del tiempo natural.

»Alguien, sin embargo, me replicará: «Sí; pero, en fin, el caballo vive más tiempo que nosotros en el vientre de su madre, y por tanto ha de recibir cocciones más numerosas o más perfectas». Yo le replicaré que esto no es una exacta deducción; porque sin apoyarme en las observaciones que tantos sabios han hecho sobre la virtud de los números cuando nos prueban que, aunque toda la materia está en movimiento, ciertos seres se acaban en una determinada revolución de días y se destruyen en otra revolución, y sin apoyarme en el argumento de esas pruebas que ellos aducen, después de haber explicado la causa de todos los movimientos, para demostrar que el número nueve es el más perfecto, me contentaré con contestar que como el germen del hombre es más cálido el Sol actúa sobre él y da término a más de sus órganos en nueve meses que los que en un año puede abocetar en un potro. Por lo demás, el que un caballo no sea mucho más frío que un hombre nadie lo pondría en duda, puesto que esta bestia sólo muere de hinchazón del cuajo o de otros males que proceden de melancolía. «Entonces -me replicaréis vos-, ¿cómo es que en nuestra Tierra no se ve nunca un hombre engendrado de barro y producido de ese

modo?» Pues voy a decíroslo; no es nada difícil; vuestro mundo está hoy caliente; por ello, cuando el Sol atrae a un germen de la Tierra, como ya no encuentra en él ese frío húmedo o, mejor dicho, ese período evidente de un movimiento acabado que le obliga a varias cocciones, inmediatamente crea de él un vegetal, y si hace dos cocciones, como la segunda no puede acabarse con éxito perfecto, sólo engendra un insecto. Así, he observado yo que el mono, que lleva como nosotros sus pequeños cerca de nueve meses, en tantos detalles se nos parece, que muchos naturalistas han creído que pertenecíamos a la misma especie, y el motivo de esto es que su simiente, poco más o menos del mismo temple que la nuestra, en ese tiempo tiene casi el suficiente para dar término a sus tres cocciones.

»Seguramente vos me preguntaréis de quién he tomado yo estas ideas que os refiero; me diréis seguramente que no las he podido recoger de aquellos que no existían. Verdad es que yo soy el único que ha podido presenciarlo y que, en consecuencia, puedo dar testimonio de ello porque esto ocurrió no antes que yo naciese. Esto realmente es cierto; pero también debéis creer que en una región cercana al Sol, como es la nuestra, las almas están llenas de fuego y son más claras, más sutiles y más penetrantes que las de otros animales que viven en mundos más alejados de este astro. Por lo demás, puesto que en vuestro mismo mundo ha habido en otro tiempo profetas que con el espíritu encendido por un vigoroso entusiasmo tuvieron presentimientos del futuro, no es imposible que en nuestro mundo, mucho más cercano del Sol, y por consiguiente más ardiente que el vuestro, un gran genio tenga la sensación del pasado y que su razón, muy movediza, no sepa tanto de las cosas del pretérito como del futuro, puesto que puede adivinar los efectos por sus causas».

De esta manera acabó su relato; pero después de una conferencia todavía más interesante acerca de los secretos muy escondidos que me fue revelando, de los que yo quiero callarme una parte y no puedo deciros otra que ha escapado a mi memoria, acabó por declararme que aún no hacía tres semanas cuando una mota de tierra fecundada por el Sol le había dado a él el ser. «Mirad bien este tumor». Diciendo esto me hizo reparar en algo muy hinchado que como un montecillo había sobre el barro: «Esto es, me advirtió, una postema o, mejor dicho, una matriz que desde hace nueve meses oculta el embrión de un hermano mío. Yo estoy aquí esperando, con el propósito de servirle de comadrón».

Hubiese continuado su charla de no advertir que en torno de este montecillo de arcilla la tierra se estremecía. Este estremecimiento, con la preñez de la postema, me hicieron sospechar que la tierra estaba conmoviéndose y que sus sacudidas eran ya el anuncio de las conmociones del parto; así que, abandonándome inmediatamente, fuese a asistir a este alumbramiento y yo me marché a buscar mi cabaña.

Trepé hacia la cúspide de la montaña de la cual había bajado y llegué a ella con mucho cansancio. No podéis imaginar cuál fue mi tristeza cuando me di cuenta de que mi máquina ya no estaba allí. Ya suspiraba yo por su pérdida, cuando reparé en ella y la vi volteando muy lejos de este lugar. Tanto como pudieron correr mis piernas lo hice yo hacia mi máquina, con tanta prisa que no me quedaban alientos. Y era ciertamente una diversión contemplar esta nueva manera de cazar; porque algunas veces, cuando ya parecía que iba yo a tener la presa en mi mano, entraba en la vasija de vidrio una ligera cantidad de calor que atrayendo al aire con más ímpetu y haciéndose este aire más elevadizo, mi máquina se levantaba por encima de mí y me hacía empinarme tras ella como un gato se empina hacia un vasar sobre el cual ha visto una liebre. Y si mi camisa no se hubiera mantenido sujeta sobre el techo de la máquina, para contrarrestar la fuerza del calor de los cristales, seguramente mi artefacto hubiese continuado solo su viaje.

¿Pero a qué recordar una aventura que no trae a mi memoria el dolor que sentí cuando sucedió? Básteos el saber que mi máquina brincó, corrió y voló muchísimo; que yo salté, corrí y recorrí tanto como ella, y que finalmente la vi caer al pie de una montaña muy alta. Quizá mi máquina me hubiese conducido mucho más lejos todavía si en esta orgullosa hinchazón de la Tierra las sombras que ennegrecían el cielo hasta muy avanzada la llanura no hubiesen esparcido en torno una noche de media legua; pues mi máquina, encontrándose en estas tinieblas, no tuvo ocasión para que su vasija sintiese calor; antes al contrario, con la frescura de la sombra ya no se engendró el vacío y el viento no entró por su agujero, y por ende ya no tuvo ninguna impulsión que la gobernase; de suerte que cayó al suelo, y acaso se hubiese roto en mil pedazos si no encontrase, por fortuna, una charca que disminuyó la violencia que a su caída daba el peso. Yo saqué a mi máquina del agua, reparé convenientemente lo que se había roto, y luego de abrazarme a ella con todas mis fuerzas la llevé hacia la cúspide de un altozano que muy cerca de allí había. Ya aquí, quité mi camisa de alrededor del vaso; pero no tuve tiempo de ponérmela, porque como mis cristales empezasen a surtir su efecto, mi máquina se alteró en seguida con el temblor de las ansias del vuelo. De modo que sólo tuve tiempo a entrar en ella y a encerrarme como antes lo había hecho.

Ya en camino, la esfera de nuestro mundo se me aparecía como un astro aproximadamente del tamaño de la Luna, y aun a medida que iba ascendiendo se empequeñecía hasta reducirse al tamaño de un lucero, y luego al de una chispa, y luego ya se convirtió en nada, pues su punto luminoso tanto se agudizó

para igualarse al que termina el último rayo de mi vista, que finalmente ésta perdió a la Tierra hasta unirla con el color de los cielos. Puede ser que alguien se extrañe de que durante tan largo viaje nunca me hallase por el sueño rendido. Mas como éste sólo es producido por la dulce exhalación de las viandas que se evaporan desde el estómago hasta la cabeza o por una necesidad que siente la naturaleza de aquietar nuestra alma para reparar con el reposo tanta cantidad de espíritu como en el trabajo perdemos, no es extraño que no tuviese ganas de dormir, puesto que no comía y puesto que el Sol me restituía mucho más calor radical del que yo consumía. Con todo esto, mi ascensión prosiguió, y a medida que me iba acercando a este mundo inflamado sentía cómo se iban instilando en mi sangre los humores de cierta alegría que la renovaban a ella y pasaban hasta mi alma. De cuando en cuando volvía la mirada hacia lo alto de mi caja para admirar los varios matices que refulgían en mi pequeña cúpula de cristal; todavía tengo presente en la memoria que como dirigiese entonces mis ojos hacia la abertura de mi vasija, súbitamente, y lleno de sobresalto, sentí como si desde todas las partes de mi cuerpo se separase volando un no sé qué pesado. Un torbellino de humo, tan espeso que casi podía palparse, ahogó mi vasija entre sus tinieblas, y cuando quise yo ponerme de pie para contemplar esa nube negra que me cegaba, ya no vi ni vasija, ni cristales, ni vidrieras, ni el techo de mi cabaña. Entonces bajé la vista para mirar cuál podría ser la causa de la ruina de mi máquina; pero en su lugar tan sólo encontré el cielo, que me rodeaba por todas partes. Más espantado que esto me dejó el sentir que, como si las ondas del aire se hubiesen petrificado, no sé qué obstáculo invisible rechazaba mis brazos cuando yo intentaba extenderlos. Pensé entonces que a fuerza de ascender había llegado hasta el firmamento, que según han dicho algunos filósofos y algunos astrónomos es un término sólido. Empecé a temer si me quedaría aquí detenido; pero el horror con que me sorprendió la extrañeza de esta aventura vino a acrecerse con los acontecimientos que luego me sucedieron; porque como fuese con la vista vagando acá y acullá, vinieron mis ojos a caer sobre mi pecho, y en lugar de contemplar tan sólo la superficie de éste pasaron a través de todo mi cuerpo; en seguida advertí que también veía por detrás, y esto sin que casi hubiese diferencia alguna en el tiempo. Como si mi cuerpo hubiese sido todo él un órgano de visión, sentí que mi carne, libertada ya de su opacidad, dejaba ver a mis ojos todos los objetos y aun los dejaba ver a través de ella. Finalmente, después de haber tropezado muchas veces, sin verlos, con la bóveda, los muros y el piso de mi caja, comprendí que, por un secreto misterio de la luz y de la claridad que ésta tenía en su nacimiento, mi caja y yo nos habíamos vuelto transparentes. No es explicable que por ser diáfana yo no pudiese ver mi máquina, pues vemos el cristal, el vidrio y los diamantes que también son diáfanos, pero creo yo que el Sol, en una región tan cercana a él, limpiaba con mayor perfección los cuerpos de su opacidad, y dejaba más limpios los poros imperceptibles de la materia que lo hace en nuestro mundo, donde su fuerza, desvirtuada por tan largo camino, casi es incapaz de traspasar con su brillo las piedras preciosas; sin embargo, a causa de la interior igualdad de sus superficies las hace brillar a través de sus cristales como si tuviesen unos ojos pequeños teñidos con el verde de la esmeralda, el escarlata de los rubíes o el violeta de las amatistas, según que los diferentes poros de la piedra, ora sinuosos, ora lisos, enciendan o apaguen con la cantidad de sus reflejos esa luz debilitada. Puede ser que una dificultad acometa al lector, y es la que tenga para comprender cómo yo podía ver y no ver al mismo tiempo mi cabina, puesto que yo me había vuelto tan diáfano como lo eran los cuerpos de mi alrededor. A lo que yo contestaré que sin duda el Sol obra de distinto modo sobre los cuerpos vivos que sobre los inanimados, puesto que ningún lugar de mi carne, de mis huesos ni de mis entrañas, aunque se tornasen transparentes, llegaron a perder su color natural; antes al contrario, mis pulmones conservaban todavía, junto a su escarlata rojizo, su blanda delicadeza; mi corazón, siempre bermejo, oscilaba cómodamente entre sus sístoles y diástoles; mi hígado parecía quemarse en un fuego de púrpura, y cociendo el aire que yo respiraba ayudaba a la circulación de mi sangre; finalmente, yo me veía, me palpaba y sentíame el mismo aunque ya no lo fuese.

Mientras iba yo considerando esta metamorfosis, mi viaje se iba haciendo cada vez más lento, aunque no dejase de adelantar a causa de la serenidad del éter, que iba rarificándose a medida que yo me acercaba al manantial de los días: porque como la materia en estas alturas es muy ligera en virtud del gran vacío que la llena, y como esta materia es, por consiguiente muy perezosa, porque el vacío no es capaz de acción, este aire no podía producir, al pasar por el agujero de mi caja, sino un viento muy sutil que apenas si bastaba a sostenerla.

Tanto meditaba yo en el malicioso capricho de la fortuna, que se oponía siempre al éxito de mi empresa con tan tornadizos antojos, que me asombro de que no se me volvieran los sesos agua. Pero ahora escuchad un milagro que los futuros siglos se resistirán a creer.

Encerrado en una caja de luz que acababa de perder de vista, y ya tan cansada mi voluntad por el esfuerzo que hacía para no caer, hallándome en un estado en que todos los recursos que puedan albergarse en el mecanismo del mundo eran incapaces para salvarme, yo me encontraba reducido a los límites de una extrema desgracia. Con todo, así como cuando nos sentimos expirar naturalmente nos vemos impulsados a abrazar a los que nos han dado el ser, levantaba yo los ojos al Sol, nuestro común padre. Este ardor de

mi voluntad no sólo sostuvo mi cuerpo, sino que lo empujó hacia la cosa que deseaba abrazar. Mi cuerpo, a su vez, empujó a mi caja, y de esta guisa continué mi viaje. En cuanto me percaté de esto, erguí con más atención que nunca todas las facultades de mi alma para encadenarlas al deseo que me atraía; pero mi cabeza, que estaba cargada con el peso de mi cabina, contra cuyo techo los esfuerzos de mi voluntad, a pesar mío, me erguían, tanto me estorbó, que al fin ese peso me obligó a buscar a tientas el lugar de la puerta invisible que en ella había practicado. Afortunadamente, la encontré, la abrí y me eché fuera de ella; pero ese natural temor de caer que tienen todos los animales cuando reparan en que no están asentados sobre nada, hizo que para asirme extendiese bruscamente el brazo. Yo no tenía otra guía que la naturaleza, que no sabe razonar; por esto la fortuna, que es enemiga suya, empujó maliciosamente mi mano sobre el remate de cristal. ¡Ay! ¡Qué trueno sonó en mis oídos! Tal desorden, tal desdicha, tal espanto no pueden expresarse con palabras. Los cristales ya no traían aire alguno, porque ya no se hacía el vacío; el aire ya no se hizo viento, con la prisa de llenarlo, y el viento cesó de empujar a mi caja hacia lo alto. Pronto, después de esta ruina, yo vi que mi máquina caía largamente a través de esas vastas campiñas del mundo; ella reconcentró en la misma región la opaca tiniebla que había exhalado; tanto, que como la enérgica virtud de la luz se extinguiese en ese lugar, volvió ella a unirse ávidamente con el obscuro espesor que le era esencial; de la misma manera que se han visto algunas almas que para volverse a unir con sus cuerpos, de los cuales se separaran hacía ya mucho tiempo, han tenido que ir errantes, alrededor de sus sepulturas, más de cien años. Yo dudo que mi cabina perdiese por entero su diafanidad, pues yo la vi después en Polonia en el mismo estado que ofrecía cuando yo entré en ella por primera vez. Por lo demás, he sabido que cayó sobre la línea equinoccial, en el reino de Borneo; que un mercader portugués la compró a un insulano que la había encontrado, y que yendo de mano en mano por fin había pasado al poder de este ingeniero polonés, que la usaba para volar.

Así, pues, suspenso en el vacío de los cielos, y ya consternado por el presentimiento de la muerte que me causaría mi caída, volví hacia el Sol, como os he dicho, mis tristes ojos. Mi vista guió mi pensamiento hacia el mismo punto, y mis miradas, fijamente prendidas de su globo, marcaron un camino cuyas huellas siguió mi voluntad para conducir mi cuerpo hasta el término de su viaje.

Este vigoroso arranque de mi alma no parecerá incomprensible al que considere los más simples efectos de nuestra voluntad; pues sabido es que, por ejemplo, cuando yo quiero saltar, mi voluntad, impulsada por mi fantasía, habiendo puesto en actividad a todo su microcosmo, intenta transportarme hasta el término que ella se propone, y si algunas veces no lo consigue totalmente es porque los principios universales de la Naturaleza prevalecen sobre los particulares, y como la potencia de querer es particular de las cosas sensibles, y el caer en el centro es generalmente un principio extendido por toda la materia, mi salto quedó obligado a cesar tan pronto como la masa, luego de haber vencido el ímpetu de la voluntad que la acometía, se acerca al punto a que tiende.

Dejo por deciros todo lo que sucedió en el resto de mi viaje, por miedo a tardar más en contarlo de lo que tardé en hacerlo. Basta saber que al término de veintidós meses llegué por fin muy dichosamente a las grandes llanuras del Sol.

Esta tierra es semejante a copos de nieve inflamados; tan luminosa es; sin embargo, es algo muy increíble el que yo nunca haya podido comprender, desde que mi máquina cayó, si subí o bajé al Sol. Sólo me acuerdo de que cuando llegué andaba ligeramente por encima de su superficie. Apenas rozaba el suelo más que de puntillas o rodaba como una bola, sin que me resultase incómodo el andar tan pronto con la cabeza como con los pies. Aunque algunas veces tuviese las piernas hacia el cielo y las espaldas contra la tierra, me sentía tan a mi gusto en esta postura como si hubiese tenido las piernas en el suelo y las espaldas en el aire. Cualquiera que fuese el lugar del cuerpo sobre que me asentase, ora el vientre, ora la espalda, ora un codo, ora una oreja, siempre me sentía como si estuviese de pie. Esto me hizo conocer que el Sol es un mundo sin centro, y que como yo estaba muy lejos de la esfera activa del nuestro y de todos los que había visto, era, por consiguiente, imposible que yo siguiese pesando, ya que el peso tan sólo es una atracción del centro en la esfera de su actividad.

El respeto con que yo hollaba con mis pies esta luminosa campiña suspendía el ardor que de continuar mi viaje se encendía en mi alma. Me sentía vergonzoso de andar sobre la luz. Mi cuerpo asombrado quería apoyarse sobre mis ojos; pero como por éstos penetraba esta tierra transparente que no los podía sostener, mi instinto, que contra mi voluntad se habían hecho dueño de mi pensamiento, arrastraba mi cuerpo hacia lo hondo de esta luz sin fondo. Mi razón, sin embargo, poco a poco, desvirtuó mi instinto; apoyé sobre la llanura mis pasos con firmeza y sin temblores, y con tanto orgullo los daba, que si los hombres hubiesen podido verme desde la Tierra me hubiesen tomado por el Dios que anda sobre las nubes. Luego que anduve, según yo creo, durante un espacio de quince días, llegué a una región del Sol menos resplandeciente que la que os acabo de describir; me sentí lleno de alegría e imaginé que indudablemente este sentimiento procedía de una secreta simpatía que aún guardaba mi ser por su opacidad. Esto, sin embargo, no hizo que desistiese de mi empresa, porque entonces yo me parecía a esos

viejos dormidos que aunque saben que el sueño los perjudica, y aunque hayan encargado a sus criados que los despierten, cuando éstos lo hacen se incomodan mucho. Así, aunque mi cuerpo se obscurecía a medida que yo alcanzaba provincias más tenebrosas, volvió a sentir las debilidades que acarrea esta flojedad de la materia: me cansé, y el sueño me embargó. Esas suaves languideces con que la vecindad del sueño nos acaricia me llenaban los sentidos con tan alto placer, que éstos, ganados por la voluptuosidad, forzaron a mi alma a que sirviese de buen grado a los tiranos que encadenaban tales siervos; porque el sueño, este viejo tirano de la mitad de nuestros días, que por ser muy viejo no puede soportar la luz ni mirarla sin perecer, se había visto obligado a abandonarme cuando yo entré en las brillantes tierras del Sol y había vuelto a apoderarse de mí en los confines de la región tenebrosa de que ahora os hablo; en la cual, habiéndome cogido, me detuvo prisionero, cerró bajo la bóveda de mis párpados a mis ojos, sus enemigos declarados, y temiendo que mis otros sentidos le traicionasen como me habían traicionado a mí y le inquietasen en la muelle posesión de su conquista, los fue aprisionando uno a uno en la cama. Todo esto quiere decir, en dos palabras, que me acosté sobre la arena y quedé luego muy dormido. Era en una árida campiña, tan monda que mi vista, aunque se extendiese mucho, ni siquiera encontraba en toda ella una maleza; a pesar de esto, cuando me desperté me hallé sobre un árbol tan alto, que con él comparados los más altos cedros parecían livianas hierbas. Su tronco era de color áureo, su ramas de plata y sus hojas esmeraldas, en cuya superficie de luminoso verdor se reflejaban como en un espejo las imágenes de los frutos que del árbol pendían; estos frutos nada tenían que envidiar a la belleza de las hojas. El escarlata, inflamado de un gran carbunclo, formaba la mitad de cada uno de estos frutos, y la otra mitad nadie podría asegurar si era una crisolita o trozo de dorado ámbar; las flores abiertas eran como rosas de diamantes enormes y los capullos como grandes perlas.

Un ruiseñor, cuyo suavísimo plumaje proclamaba su excelencia, encaramado en lo más alto de la copa parecía con su melodía querer que los oídos obligadamente proclamasen a los ojos que no era indigno de estar en el alto trono en que se había posado.

Mucho tiempo estuve yo suspenso con la vista de tan rico espectáculo: no podía evitar el mirarlo constantemente; pero como toda mi atención estaba embargada en la contemplación de una granada en extremo hermosa, cuya carne era un engarce de muchos y muy grandes rubíes apretados, vi moverse esa pequeña corona, que es como la cabeza de ese fruto, que se fue alargando tanto como era preciso para parecer el cuello de la granada. Seguidamente vi que se agitaba por encima no sé qué cosa blanca que a fuerza de espesarse y crecer, y a fuerza de irse avanzando y retirándose la materia de algunas de sus partes, formó por fin el rostro de un pequeño busto de carne. Este pequeño busto se fue terminando redondeadamente por su cintura, es decir, que todavía conservó parte de su aspecto de granada. Pero luego fue poco a poco extendiéndose y su cola se convirtió en dos piernas, y cada una de éstas en cinco dedos. De este modo, una vez ya del todo humanizada, la granada se desprendió de su tallo, y haciendo una graciosa pirueta vino a caer precisamente a mis pies. En verdad os confieso que cuando vi delante de mí a esta granada racional, a este pequeño enano no más grande que un pulgar, y sin embargo, bastante fuerte para crearse a sí mismo, y advertí que andaba tan orgullosamente, quedé lleno de admiración por él. «Animal humano -me dijo, empleando esa misma lengua matriz que ya os he descrito-, después de haberte mirado largamente desde lo alto de la rama de la cual yo pendía, me ha parecido adivinar en tu rostro que tú no pertenecías a este mundo, y para asegurarme de ello es por lo que he bajado hasta aquí». Cuando yo satisfice su curiosidad por todas las cosas que me preguntó... «Pero ahora decidme vos quién sois. Porque esto que yo acabo de ver es tan asombroso que temo que nunca sabré la causa, si no es que vos me la decís. ¡Cómo un árbol tan grande hecho todo él de puro oro, cuyas hojas son esmeraldas, cuyas flores diamantes, cuyos capullos perlas, y además con frutos que se convierten en hombres en un abrir y cerrar de ojos! A fe mía os confieso que la explicación de tan gran milagro está por encima de mi ingenio». Dicho esto, y como yo esperase su respuesta, él me dijo: «No debéis vos extrañaros de que siendo yo el rey de todo el pueblo que forma este árbol lo utilice para que me sirva». Cuando hubo dicho esto yo pensé que se volvería a tornar granada. Pero no sé si agitando los resortes interiores de su voluntad produjo fuera de sí algún movimiento, que sucedió lo que vais a oír. Luego que dijo aquellas razones, todos los frutos, todas las flores, finalmente del árbol todo fue cayéndose a pedazos con la forma de hombres diminutos que veían, sentían y andaban. Los cuales, como para celebrar el día de su nacimiento, en el instante mismo en que fueron alumbrados pusiéronse a bailar en torno de mí. Tan sólo el ruiseñor quedó con su misma figura y no se metamorfoseó; vino a posarse sobre la espalda de nuestro pequeño monarca, donde cantó un aria, tan melancólica y amorosa, que toda la asamblea y hasta el mismo príncipe, enternecidos por las dulces languideces de su voz moribunda, dejaron libertad a algunas lágrimas. La curiosidad por saber de dónde venía este pájaro me produjo una comezón de hablar tan extraordinaria que no pude contenerme: «Señor -dije dirigiéndome al rey-, si no creyese molestar a Vuestra Majestad, os preguntaría por qué entre tanta metamorfosis tan sólo el ruiseñor ha conservado el ser que tenía». Nuestro pequeño príncipe me escuchó con una complacencia que acreditaba su bondad

natural, y accediendo a mi curiosidad, me dijo estas razones: «El ruiseñor no ha cambiado de forma como nosotros porque no ha podido; es un pájaro verdadero y no es más que tal como lo veis. Pero encaminémonos hacia las regiones opacas y os contaré, mientras andamos, quién soy yo, con la historia del ruiseñor». Apenas le hube yo protestado la satisfacción que su ofrecimiento me producía, cuando él salto ligeramente sobre uno de mis hombros, e irguiéndose sobre sus pequeños pies para así alcanzar con su boca a mi oído, ya balanceándose hacia mis cabellos, ya moviéndose en la estrapada, me dijo: «¡Por Dios!, perdonad a una persona que ya se siente sin alientos. Como tengo los pulmones apretados en un cuerpo estrecho y, por ende, lo voz muy poco penetrante, he de esforzarme mucho para que podáis oírme; el ruiseñor tendrá la bondad de hablar y contaros él mismo su historia. Que cante, pues, si quiere hacerlo; de este modo al menos tendremos nosotros el placer de escuchar su historia en música». Yo le repliqué que todavía no conocía bastante bien la lengua de los pájaros, y que aunque durante mi camino hacia el Sol cierto filósofo me había enseñado algunos principios generales para entender a los brutos, no eran aquéllos bastantes para conocer todas las palabras ni para percatarme de todos los detalles y delicadezas que seguramente habría en la aventura del ruiseñor. «Pues bien -dijo él-; puesto que tú lo quieres, no sólo halagarán tus oídos las canciones del ruiseñor, sino también toda su aventura, pues yo podré contarte lo que de ella ha llegado a mi conocimiento. Con todo, habrás de contentarte con lo que yo te cuente, pues aunque la supiese entera la brevedad del camino desde este lugar hasta su país, adonde he de conducirle, no me permitiría empezar mi relato desde el principio de su vida». Dichas estas razones, saltó desde mis hombros al suelo, y dando la mano a sus súbditos se puso a bailar con ellos, con unos movimientos tan raros que yo nunca podré describíroslos, porque jamás vi cosa semejante. Pero escuchad, pueblos de la Tierra, lo que voy a deciros ahora, sin que os obligue a creerlo, pues en vuestro mundo, donde los milagros no son más que efectos naturales, esto tan sólo podría pasar por tal. Tan pronto como estos hombrecillos se pusieron a bailar, parecióme a mí que su agitación conmovía todo mi ser y que mi agitación a su vez les conmovía a ellos. De modo que no podía mirar esta danza sin que fuese sensiblemente arrastrado por ella como por un torbellino que, al agitarse con el propio ritmo de cada uno de los danzarines, viniese a conmover todas las partes de mi cuerpo, y sentía que se reflejaba sobre mi rostro la misma alegría que brillaba en el rostro de ellos. A medida que la danza se fue refinando, los danzarines se removían con un temblor más rápido, hasta que se hizo casi imperceptible, de modo que parecía que el propósito del baile fuese el de representar un enorme gigante, pues a fuerza de acercarse y de crecer la velocidad de sus movimientos, tan espesamente se mezclaron que yo ya no podía distinguir más que un gran coloso brillante y casi transparente; pero pude, sin embargo, observar que unos se iban introduciendo en el cuerpo de los otros. Entonces fue cuando yo no pude ya distinguir sus diversos movimientos, a causa de su enorme volubilidad, y también porque ésta volubilidad, que se iba estrechando cada vez más a medida que se acercaban al centro, hacía que cada vórtice ocupase finalmente tan poco espacio que escapaban a mi vista. Creo por todo esto que las masas de los bailarines se fueron uniendo cada vez más, porque si antes era verdaderamente desmesurada, poco a poco fue reduciéndose, hasta adquirir la forma de un hombre joven de mediana estatura, pero con todos los miembros muy bien proporcionados y con una simetría a cuya perfección nunca ha podido llegar la más pura idea. Era más hermoso que todas las fantasías creadas por los pintores; pero lo que más me maravillaba a mí era que la trabazón de todas las partes que constituían este perfecto microcosmos se realizó en un abrir y cerrar de ojos. Algunos de los más ágiles de aquellos pequeños danzarines en una pirueta se levantaron hacia lo alto y tomaron la especial postura que había de dar forma a su cabeza; otros más ardientes y menos tornadizos formaron su corazón; otros mucho más pesados no constituyeron más que sus huesos, su carne y su corpulencia.

Cuando este joven y hermoso grande hombre estuvo totalmente acabado, aunque su rápida construcción no me hubiese dejado tiempo para reparar en ninguno de los intervalos de su progreso, vi entrar dentro de su boca al rey de los pueblos, cuyo caos era, este hombre. Y aun creo que fue atraído a este cuerpo por la respiración del cuerpo mismo. Antes de esto ese pequeño amasijo de hombre aún no había dado ninguna señal de vida; pero tan pronto como se tragó al reyecito no se vio más ser que uno. Estuvo mucho tiempo contemplándome, y como si se hubiese emocionado al mirarme, se acercó a mí, me acarició y me dio la mano: «Ahora es cuando sin dañar la delicadeza de mis pulmones podré contarte cosas que tú deseabas saber -me dijo-; pero ante todo es razón que te refiera los escondidos secretos de nuestro origen. Sabe, pues, que nosotros somos animales nacidos en las regiones luminosas del Sol. La más útil y más común de nuestras ocupaciones es el viajar por las dilatadas comarcas de este gran mundo. Observamos curiosamente las costumbres de los pueblos, la condición de los climas y la naturaleza de todas las cosas que pueden merecer nuestra atención; así vamos formando una ciencia cierta de lo que es este mundo. Por lo demás, debes saber que mis vasallos viajaban bajo mi dirección, y para tener tiempo para contemplar las cosas con mayor detenimiento no conservábamos esa particular conformación de nuestro cuerpo, que no pueden percibir tus sentidos y cuya sutileza nos hubiese obligado a andar

demasiado de prisa; antes bien, nos habíamos convertido en pájaros; todos los individuos de mi alcurnia se habían convertido en águilas; pero yo, medroso de que se enojasen, me metamorfoseé en ruiseñor para suavizar sus trabajos con los encantos de la música. Sin que me fuese necesario el volar, seguía yo el rápido vuelo de mi pueblo, porque me había posado sobre la cabeza de uno de mis vasallos, y así íbamos haciendo nuestro camino, cuando un ruiseñor que vivía en una provincia del país opaco que a la sazón atravesábamos, asombrado de verme sobre la cabeza de un águila (pues él no podía juzgarnos más que por nuestras apariencias) se puso a lamentar mi desdicha; yo hice hacer alto a mis gentes, y descendimos a la cúspide de algunos árboles, en uno de los cuales suspiraba este piadoso ruiseñor. Tanto placer me causaron sus tristes canciones y la dulzura de su acento, que para gozar de ella más tiempo y con más libertad no quise desengañarle; antes al contrario, e improvisadamente, fingí una historia de las desdichas imaginarias que me habían hecho caer en las garras del águila. Conté tantas aventuras sorprendentes, y las pasiones estaban tan hábilmente exaltadas y tan acordado el canto con la letra, que el ruiseñor se quedó completamente fuera de sí. Pusímonos a murmurar uno tras otro y recíprocamente, con el lenguaje de nuestra música, la historia de nuestros mutuos amores; yo le decía con mis canciones que ya no sólo me consolaba, sino que hasta me alegraba de mi desastre, puesto que él me había proporcionado la gloria de que me plañesen tan hermosas canciones; a lo que este diminuto desconsolado me contestó con las suyas que con alegría aceptaría toda la estima que yo le demostraba si supiese que ella me consentiría otorgarle el honor de morir en lugar mío; pero que si la fortuna no tuviese reservada tanta gloria para un desdichado como él, aceptaría tan sólo de mi estima lo que era necesario para impedirme que me sonrojase de su amistad. Yo le volví a replicar con ternuras y delicadezas llenas de una pasión tan emocionante, que dos o tres veces le vi sobre la rama a punto casi de morirse de amor. Realmente ponía yo tanta maña en la dulzura de mi voz, halagaba su oído con sones tan sabios y frases tan poco frecuentes en los de su especie, que arrastraba su alma a todas las pasiones con que yo quería dominarla. En esta charla casi invertimos veinticuatro horas, y creo que no hubiésemos llegado a cansarnos de hacernos el amor si nuestras gargantas no se hubieran negado a suministrarnos más voz. Este fue el único obstáculo que nos impidió continuar. Porque como yo sintiese que el habla comenzaba a destrozarme la garganta, y que ya no podía continuar sin que me cogiese un desmayo, le indiqué que se acercase a mí. El peligro en que él creía que yo estaba en medio de tantas águilas le hizo creer que yo le llamaba en mi ayuda; así que rápidamente volvió en mi socorro, y queriendo darme un glorioso testimonio de que él sabía, por un amigo, desafiar a la muerte hasta sentarse en su trono, vino a posarse orgullosamente sobre el gran pico del águila en la que yo estaba subido. Tan arriesgado valor en el pecho de un animal tan débil me inspiré alguna veneración; porque aunque yo no hubiese reclamado su socorro, como él lo imaginaba, y aunque en ciertos animales dé especie semejante, el ayudar al menesteroso sea una ley, el instinto de su tímida naturaleza debió hacerle dudar; sin embargo, no dudó él nada, antes al contrario, con tanta prisa partió, que yo no sé quién voló primero, si mi gesto o el ruiseñor. Orgulloso de ver bajo sus pies la cabeza de su gran tirano, y traspuesto por la emoción que le producía el pensar que en aras del amor que me tenía iba a sacrificarse casi entre mis alas, y que acaso hasta algunas dichosas gotas de su sangre salpicarían mis plumas, volvió dulcemente sus ojos hacia mí, y habiéndome dicho ¡adiós! con una mirada que parecía pedirme permiso para morir, tan bruscamente precipitó su pico dentro de los ojos del águila, que yo vi a estos más bien reventados que pinchados. Tan pronto como mi pájaro se sintió ciego, instantáneamente se creó otra vista nueva. Yo recriminé dulcemente al ruiseñor por la poca meditación que había puesto en su venganza, y juzgando que sería peligroso ocultarle por más tiempo nuestra existencia verdadera, revelándole mi secreto le conté que éramos; pero el pobre pajarillo, temiendo que esos bárbaros de los que él me imaginaba prisionero me obligasen a fingir este cuento, no dio ninguna fe a todo lo que yo le pude decir. Cuando comprendí que todas las razones con que pretendía convencerle se las llevaba el viento, di en voz baja algunas órdenes a diez o doce mil súbditos, e inmediatamente el ruiseñor vio que bajo sus pies discurría un río, que sota de una nave iba, la cual nave en sus aguas estaba flotando. Esta nave era no más grande que el doble del tamaño necesario para que yo cupiese en ella. A la primera seña que yo hice a mis águilas, éstas se fueron volando y yo me metí en mi esquife, desde el cual llamé al ruiseñor, diciéndole que si aún no se resolvía su ánimo a abandonarme que se embarcase conmigo. Tan pronto como entró en la nave yo mandé al río que nos llevase con su corriente a la región a la cual mi pueblo volaba; pero como la fluidez de la onda era menor que la del aire y, por ende, la rapidez de su vuelo mayor que la de nuestra navegación, nos quedamos un poco detrás. Durante todo el camino estuve esforzándome para desengañar a mi pajarillo; le demostré que no debía esperar ningún fruto de su pasión puesto que no éramos de la misma especie, que él lo podía haber observado cuando el águila, a la que había arrancado los ojos, se había forjado otro a su presencia, y cuando obedeciendo órdenes mías doce mil de mis vasallos se habían metamorfoseado en este río y en este bajel en el que ahora íbamos. Mis observaciones no tuvieron ningún éxito; me replicó que respecto al águila y a los ojos que se había de nuevo forjado, y todo esto que le quería hacer creer, no era nada evidente; pues si el águila no había

cegado era porque él con su pico no le había tocado las pupilas, y que en cuanto al río y al bajel, que, según yo decía, habían sido creados por la metamorfosis de mis súbditos ya existían desde el principio de la creación en este bosque sin que nadie todavía hubiese reparado en ello. Viéndole tan dispuesto a equivocarse, yo hice que me prometiera que si tanto mis vasallos como yo nos metamorfoseábamos ante sus ojos en aquello que él quisiera, luego de esto se marcharía a su casa. Tan pronto él pidió que esta metamorfosis fuese en árbol, como deseó que fuese en flor, o en fruto, o en metal, o en piedra. Finalmente, para satisfacer todos sus deseos a la vez, luego que llegamos al lugar donde yo había ordenado a mi corte que me esperase, nos metamorfoseamos a los ojos del ruiseñor en ese hermoso árbol que tú has encontrado en tu camino y cuya forma acabamos nosotros de abandonar. Por lo demás, como yo veo que este pequeño pajarillo está resuelto a vivir en su país, vamos mis súbditos y yo a recuperar nuestra natural figura para emprender el camino de nuestro viaje; pero la razón es que antes te descubra que nosotros somos animales nacidos en la parte luminosa del Sol, pues hay una diferencia muy señalada entre los pueblos que produce esta región y los del país opaco. Nosotros somos lo que vosotros en el mundo de la Tierra llamáis Espíritus, y la presuntuosa estupidez vuestra nos ha calificado con este nombre, porque como no imagináis que haya animales más perfectos que el hombre, y como veis que algunas criaturas hacen cosas que están por encima de todo poder humano, creéis que estos animales son espíritus. Os equivocáis: somos tan animales como lo sois vosotros; pues aunque cuando nos place damos a nuestra materia, como acabáis de ver, la figura y forma esencial de las cosas en que queremos metamorfosearnos, esto no prueba que seamos espíritus. Pero ahora escucha, que voy a revelarte cómo todas estas metamorfosis que a ti te parecen milagros son tan sólo puros efectos naturales. Preciso es que tú sepas que como nosotros hemos nacido en la parte clara de este gran mundo, cuya materia, por principio, siempre está en acción, nosotros hemos de tener la imaginación mucho más activa que los habitantes de las regiones opacas y también mucho más libre la substancia de nuestro cuerpo. Ahora bien; una vez esto supuesto, es evidente que como nuestra imaginación no encuentra ningún obstáculo en nuestra materia, la dispone como quiere, y adueñándose de toda nuestra masa la hace pasar, revolviendo todas sus partículas en el orden necesario, para construir en grande lo que ella había formado en pequeño. Así, como cada uno de nosotros se había imaginado la parte de este hermoso árbol en que quería convertirse, con el esfuerzo de la imaginación produjo en nuestra materia los movimientos necesarios para producirlo, y así se hizo la metamorfosis. También de este modo el águila, cuando le reventaron los ojos, no necesitó para recuperarlos sino imaginarse a un águila clarividente, ya que todas nuestras transformaciones acaecen merced al movimiento que el esfuerzo de esa imaginación imprime a la materia. Por esto, cuando de hojas, flores y frutos nos hemos convertido en hombres, tú nos has visto danzar hasta un poco después, y ello porque nosotros no estábamos todavía repuestos de la agitación que habíamos tenido que dar a nuestra materia para convertirnos en hombres: así también las campanas, que aun cuando hayan dejado de voltear, siguen resonando algún tiempo después y sordamente prolongan el mismo son con que el badajo las hiciera clamar. Por esto también tú no has visto danzar antes de que formásemos aquel hombre grande, porque para producirlo nos ha sido necesario hacer todos los movimientos generales y particulares que para su constitución se requerían, a fin de que esta agitación, estrechando poco a poco nuestros cuerpos y absorbiendo a cada uno de nosotros, en virtud de su individual movimiento crease cada parte el movimiento específico que el nuevo cuerpo había de tener. Los hombres no podéis hacer estas mismas cosas, a causa del peso de vuestra masa y de la cortedad de vuestra imaginación».

Él continuó sus pruebas y apoyó sus argumentos con ejemplos tan familiares y palpables que por fin yo me desengañé de muchas opiniones mal demostradas que nuestros doctores obstinadamente inculcan a los entendimientos débiles. En este punto empecé a creer que, en efecto, la imaginación de estos pueblos solares, a causa del clima, debe de ser más cálida y sus cuerpos por la misma razón más ligeros, y sus individuos más movedizos (pues en este mundo no tienen que sufrir, como en el nuestro, la actividad del centro, que es la que puede desviar el movimiento que la imaginación imprime a la materia); entonces comprendí yo, digo, que esta imaginación podía producir sin milagro todos los que acababa de ver. Mil ejemplos de parecidos acontecimientos, de los cuales dan fe los pueblos de nuestro Globo, acabaron por persuadirme. Son éstos: Cippus, rey de Italia, que habiendo asistido a un torneo de toros, y como toda la noche estuviese embargada su imaginación por representaciones de cuernos, al día siguiente encontró que en su frente habían nacido verdaderos cuernos; Gallus Vitinos, que tanto excitó y agitó su alma vigorosamente para averiguar la esencia de la locura, que con tal esfuerzo de imaginación acabó por dar a su materia los mismos movimientos que esta materia debe tener para constituir la locura, de modo que se volvió loco; el rey Codrus, que estando afligido por una pulmonía, como fijase sus ojos y su pensamiento en la frescura de un rostro joven, y llegase hasta él la primaveral alegría de la adolescencia del mozo, adquirió su cuerpo y el mismo movimiento que había imaginado en la salud del joven, y entró en convalecencia; finalmente, muchas mujeres embarazadas han hecho monstruos a sus hijos, cuando ya

estaban formados en su matriz, porque, aunque su imaginación no era lo bastante fuerte para que ellas mismas tomasen la figura de los monstruos que concebían, era lo suficiente para ordenar la materia del feto, mucho más cálida y movible que la suya, con el orden esencial y necesario para la producción de esos monstruos. También me convencí de que si cuando ese famoso hipocondrio de la humanidad se imaginó ser cántaro, su materia, demasiado compacta y pesada, hubiera podido seguir la emoción de su fantasía, habría formado de todo su cuerpo un cántaro perfecto y hubiese parecido a todo el mundo un verdadero cántaro, como ya se lo parecía a él mismo. Todos estos ejemplos y otros muchos con cuyo recuerdo me satisfice me convencieron de tal modo, que ya no dudé de las maravillas que el hombre espíritu me había contado. Luego me preguntó si yo no deseaba nada de él; yo se lo agradecí de todo corazón. Luego todavía tuvo la bondad de aconsejarme que, puesto que era habitante de la Tierra, debía seguir al ruiseñor hacia las regiones opacas del Sol, pues éstas se conformaban más con los placeres que regala la naturaleza humana. Apenas hubo dicho estas razones, cuando abrió su boca desmesuradamente y del fondo de su garganta vi salir al rey de estos pequeños animales, en forma de ruiseñor. El hombre grande se cayó seguidamente, y en el mismo tiempo todos sus miembros, hechos pedazos, se elevaron en forma de águilas. Este ruiseñor, creador de sí mismo, se posó sobre la cabeza del águila más hermosa, y desde allí entonó una admirable canción, con la cual, según yo creo, quería decirme: ¡adiós! El verdadero ruiseñor comenzó luego su vuelo, pero no en la misma dirección ni tampoco tan alto, de modo que yo no le perdí de vista. Íbamos aproximadamente con la misma velocidad, pues como yo no tenía gran empeño en llegar a determinada parte de esta tierra, tuve mucho gusto en acompañarle, porque las regiones opacas en que vivían los pájaros convenían mucho más a mi temperamento y yo tenía también la esperanza de encontrar en ellas las aventuras más adecuadas a mi humor. Con esta esperanza anduve por lo menos tres semanas seguidas, y lo hubiese hecho muy contento si sólo tuviese que dar satisfacción a mis oídos, porque el ruiseñor no dejaba nunca de regalarme con su música; cuando yo me cansaba venía a posarse sobre mis espaldas, y cuando me detenía, me esperaba. Finalmente llegué a una comarca del reino de este pequeño tenor, que ya entonces no sintió más la inquietud de acompañarme. Como yo le perdiese de vista, le busqué, le llamé; pero tanto me cansé, por fin, de correr tras él vanamente, que decidí descansar. Para ello me acosté sobre un musgo blando y suave que tapizaba las faldas de una roca muy grande. Esta roca estaba cubierta con muchos árboles jóvenes, verdes y espesos, cuya sombra acarició mis fatigados sentidos con el más suave agrado, haciendo que los abandonase para reparar mis fuerzas descansadamente en un lugar tan tranquilo y tan fresco.

DONDE SE TRATA DE LA HISTORIA DE LOS PÁJAROS

Empezaba a dormirme bajo la sombra de este árbol cuando advertí que sobre mi cabeza un pájaro maravilloso volaba planeando y con tan imperceptible y ligero movimiento se mantenía en el aire, que yo pensaba si sería un mundo pequeño sostenido allí por su propio centro que ligeramente le moviese; pero fue bajando poco a poco, y finalmente llegó tan cerca de mí, que mis ojos, maravillados, se quedaron llenos de la gracia de su imagen. Su cola parecía de verde color, de azul su panza, y las alas eran encarnadas, y su cabeza de púrpura tan brillante que al moverse se diría que llevaba una corona de oro, sobre la que brillaban los encendidos rayos de sus ojos.

Mucho tiempo estuvo volando por el espacio, y de tal modo yo le seguía por todas partes, que mi alma, concentrándose y limitándose tan sólo al placer de contemplar, no alcanzaba casi a gozar el sentido del oído y no me permitía escuchar al pájaro que me hablaba cantando.

Mas cuando poco a poco fui volviendo de mi éxtasis, observé distintamente las sílabas, las palabras y todas las razones que él me dijo.

He aquí, pues, como mejor puedo recordarlos, los términos con que él tejió la urdimbre de su canción:

«Vos sois extranjero -pió el pájaro con muy grata voz- y nacisteis en un mundo del que yo soy natural, y esa propensión secreta que tenemos a emocionarnos ante nuestros compatriotas es el instinto que me impulsa a querer que vos conozcáis mi vida.

»Yo veo que vuestro espíritu está inclinado a dudar cómo sea posible que yo me explique ante vos con un discurso prolongado, ya que aunque los pájaros imiten la humana palabra no pueden pensarla; pero reparad que del mismo modo cuando vos parodiáis el ladrido del perro o el trino de Filomela, no concebís tampoco lo que el perro o el ruiseñor han querido decir. De todo esto podéis deducir que no por ello los pájaros ni los hombres son menos razonables.

»Sin embargo, del mismo modo que entre vosotros hubo varones tan esclarecidos que llegaron a entender y a hablar nuestra lengua, como Apolonio Tianeo, Anaximander, Esopo y muchos más cuyos nombres no os digo porque nunca vosotros los habéis conocido, así también entre nosotros hay pájaros que hablan y entienden vuestra lengua. Algunos, realmente, no saben más que la de una nación. Pero así como hay

pájaros que no dicen ni una palabra, otros que torpemente pronuncian alguna y otros que realmente hablan, los hay también tan perfectos que saben todo género de idiomas. Entre éstos, que son muy pocos, tengo yo el honor de contarme.

»Además, seguramente vos sabréis que en todas partes la Naturaleza ha infligido a los pájaros una secreta ansia de volar hasta este mundo, y quizá esta emoción nos haya hecho crecer las alas, como las mujeres embarazadas imprimen sobre sus hijos la figura de las cosas que durante su embarazo desean, o, más bien, como a esos que deseando saber nadar, cuando estaban dormidos, se les ha visto tirarse a la corriente de los ríos y flanquear con más destreza que un experimentado nadador obstáculos que estando despiertos no se hubiesen atrevido a considerar, o como el hijo del rey Cresus, a quien un vehemente deseo de hablar para defender a su padre le enseñó de pronto un idioma, o, por último, como ese anciano que, perseguido por su enemigo, que le sorprendió sin armas, sintió crecer sobre su frente cuernos de toro por el deseo que un furor parecido al de este animal le inspiró.

»Cuando los pájaros llegan al Sol van a unirse a la república de su especie. Ya veo que estáis impaciente por saber quién soy yo. Yo soy el pájaro que vosotros llamáis fénix. En cada mundo, y al mismo tiempo, no hay más que uno, el cual habita durante cien años allí; pues al cabo de un siglo, cuando sobre alguna montaña de Arabia pone un gran huevo en medio de los carbones de su hoguera, para la cual ha escogido madera de áloes, o ramas de canela, o incienso, emprende su vuelo y lo dirige hacia el Sol, que es desde hace mucho tiempo la patria anhelada por su corazón. Antes ya hizo él todos sus esfuerzos para realizar ese viaje; pero la pesadez de su huevo, cuyos cascarones son tan espesos que se necesita un siglo para incubarlo, siempre retrasa su empresa.

»Ya sé yo que difícilmente concebiréis esta milagrosa evolución; por esto quiero explicárosla mejor. El fénix es hermafrodita; pero entre los hermafroditas hay todavía un fénix completamente extraordinario, pues...»

Estuvo sin hablar casi un cuarto de hora, pasado el cual, añadió: «Yo veo que sospecháis que lo que acabo de contaros es falso; pero si no digo verdad, que me devore un águila cuando vaya a vuestro Globo».

Estuvo todavía mucho tiempo balanceándose en el cielo, y después emprendió el vuelo.

La admiración que me había causado su relato despertóme el deseo de seguirle, y como hendía la onda de los cielos con pausado volar, con la vista y con el paso fácilmente fui siguiéndole.

Cuando hube andado cincuenta leguas aproximadamente me encontré en un país tan lleno de pájaros que éstos casi igualaban el número de hojas que les daban albergue. Lo que más me sorprendió fue que estos pájaros, lejos de huir a mi encuentro, pusiéronse a volar en torno a mí, y ora uno me cantaba a los oídos, ora otro giraba sus vuelos sobre mi cabeza; pronto, cuando sus pequeñas piruetas Ya no tuvieron ocupada mi atención tanto tiempo distraída, sentí mis brazos cargados con un millón de ellos, de muy varias especies, y me pesaban tan gravemente que no los podía mover.

En este estado me tuvieron hasta que vi llegar cuatro grandes águilas, de las cuales algunas cogiéndome con sus garras por las piernas, y otras por los brazos, me elevaron hasta muy alto.

Entre esta muchedumbre reparé en una urraca que iba volando tan pronto aquí como allá, con mucha prisa; y oí que a gritos me decía que no me defendiese, pues ya las águilas habían acordado sacarme los ojos. Esta advertencia suspendió toda la resistencia que yo pensé oponer; de suerte que éstas águilas me arrastraron a más de mil leguas de acá, hasta un gran bosque que era, según dijo mi urraca, la ciudad donde residía el rey de los pájaros.

Lo primero que éstos hicieron fue aprisionarme en el tronco hueco de una gran encina, en cuyas ramas se posaron las más robustas de las águilas para ejercer las funciones de una compañía de soldados centinelas.

Después que pasaron veinticuatro horas aproximadamente, otras águilas relevaron a éstas, y mientras yo esperaba lleno de melancolía el destino que a la Fortuna pluguiese depararme, mi compasiva urraca me explicó todo lo que ocurría.

Recuerdo que entre otras cosas me advirtió que todo el pueblo de estos pájaros se había extrañado mucho de que en tanto tiempo aún no me hubiesen devorado; pero luego había pensado que naturalmente yo adelgazaría tanto que en mí no encontrarían sino huesos que roer.

Este rumor enardeció de tal manera a los pájaros, que como mi urraca se atreviese a decir que todo eso era un procedimiento bárbaro para hacer morir sin juicio alguno de causa a un animal que en cierto modo tenía una razón semejante a la de los pájaros, pensaron despedazarla, alegando que sería muy ridículo creer que un animal completamente desnudo, al cual la Naturaleza al darle la vida no se había preocupado de suministrarle lo necesario para conservarla, fuese como ellos capaz de razón. «¡Todavía -agregaban-, si este animal tuviese una figura algo más parecida a la nuestra! Pero precisamente no puede ser más dispar ni más espantosa; en resumen, una bestia calva, un pájaro desplumado, una quimera hecha con toda clase de seres e igualmente repugnante para todos. Es, en fin, el hombre, tan necio y tan vano que cree que nosotros tan sólo hemos sido creados para diversión suya; el hombre, que a pesar de la clarividencia de su alma no podría distinguir el azúcar del arsénico y que se tragaría la cicuta que con su buen juicio

confundiera con el perejil; el hombre, que afirma que no puede razonarse más que con los datos de los sentidos que, sin embargo, tiene tan débiles y más tardíos y más falsos que los de todas las criaturas; el hombre, en fin, al que la Naturaleza ha creado solamente para que hubiera en ella de todo, como ha creado los monstruos, pero al que a pesar de esto ha infundido la ambición de mandar y exterminar a todos los animales».

Esto es lo que decían los más inteligentes: todos los demás decían a gritos que era horrible creer que una bestia que no tenía el rostro como ellos tuviese también razón. «¿Cómo -murmuraban entre sí- no tiene pico, ni plumas, ni garras, y quiere que su alma sea espiritual? ¡Dios, qué impertinencia!»

La compasión que por mí tuvieron los más generosos no impidió que se instruyese mi proceso criminal. Todos los escritos se imprimieron sobre la corteza de un ciprés, y luego, al cabo de unos días me llevaron ante el tribunal de los pájaros. Como abogados, consejeros y jueces lo constituían tan sólo urracas, arrendajos y estorninos, y entre éstos habían escogido a los que conocían y entendían mi lengua. En vez de preguntarme sentándome en un banquillo, para hacerlo me sentaron a horcajadas en un cimal de madera podrida; luego que estuve sentado, el que presidía el consejo, después de atusarse el pico con dos o tres golpes y de esponjar majestuosamente sus plumas, me preguntó de dónde era, en qué nación había nacido y a qué ejército pertenecía. Mi compasiva urraca me había dado de antemano algunas instrucciones que me fueron muy útiles, y entre ellas que me guardase muy bien de confesar que fuera un hombre; yo contesté, pues, que era natural de un pequeño mundo que se llamaba Tierra, y del cual podrían hablarles el fénix y otros, que, según yo veía, estaban en la asamblea; que el clima en que había nacido era el de la zona templada del polo ártico, en un extremo de Europa que se llamaba Francia, y que en lo que a mi especie se refería, yo no era un hombre como ellos lo sospechaban, sino un mico; que unos hombres, siendo yo muy joven, me habían robado de mi nido y me habían criado con ellos; que su mala educación era la causa de que yo tuviese una piel tan delicada; que me habían hecho olvidar mi natural lenguaje para que aprendiese su idioma; que para complacer a aquellos animales feroces yo había aprendido a andar en dos pies, y, finalmente, que como es más fácil degenerarse que superar nuestra especie, el modo de ser, el vestido y el alimento de estas inmundas bestias se habían arraigado tanto en mí, que ya ni mis padres, que eran muy honrados monos, me podrían conocer. A todo esto añadí que, como justificación, hiciesen que me visitasen pájaros expertos, y que si ellos me encontraban hombre, yo me sometería a ser anonadado como un monstruo.

«Señores -dijo a la sazón una golondrina de la asamblea-, yo estoy completamente convencida de que es hombre; no olvidéis que, según acaba de decir, se llama Francia el país en que vio la luz; pues bien: sabed que en Francia no hay monos; después de esto, juzgad si puede ser lo que se gloria de ser».

Yo le repliqué a mi acusadora que era tan joven cuando me arrebataron al cuidado de mis padres y me llevaron a Francia, que bien podía decir que mi país natal era ése, pues de él me acordaba desde mi niñez.

Aunque esta razón fuese de bastante peso, no tenía el suficiente; pero la mayor parte de los pájaros, entusiasmados al oír que yo no era hombre, no tardaron mucho en creerla, pues los que no habían visto nunca hombres no podían convencerse de que éstos no fuesen más horribles de lo que yo les parecía, y los más sensatos añadían que el hombre era algo tan abominable que se podía tener por cierto que tan sólo fuese un engendro de la imaginación.

Todo el auditorio batió las alas lleno de entusiasmo, y al punto, para que fuese examinado se me puso en poder de los síndicos, a los cuales se encargó que al día siguiente me volvieran a presentar y que cuando se abriesen las cámaras informasen sobre mí a la asamblea. Así lo hicieron, y me llevaron a un boscaje apartado. En éste, mientras yo estuve en su poder, no hicieron otra cosa que dar en torno mío mil extrañas piruetas y pasearse por encima de mi cabeza en una extraña teoría, como si fuesen barquichuelas, con sus alas tendidas. Tan pronto chocaban sus pies uno contra otro, tan pronto cavaban hoyuelos que luego llenaban, y de pronto me dejaban sorprendido, pues desaparecían todos de mi vista. Pasaron el día y la noche entretenidos con estas bagatelas, hasta que al día siguiente, cuando sonó la hora prescripta, me llevaron de nuevo ante mis jueces, y allí mis síndicos, conminados a decir verdad, contestaron que, en descargo de su conciencia, se creían en el deber de advertir a la corte que yo no era un mono como vanamente decía: «Porque -razonaban ellos- por más que nosotros hemos saltado, corrido, pirueteado y realizado en su presencia mil giros de danza, no hemos conseguido inducirle a la imitación, como es costumbre entre los monos. Pues aunque él diga que ha sido criado entre los hombres, como la mona aunque se vista de *hombre*, mona se queda, nosotros afirmamos que no hubiese podido abstenerse de imitar nuestras monerías si realmente hubiera sido un mico. Este es, señores, nuestro informe».

Entonces los jueces se reunieron para deliberar; pero como advirtiesen que el cielo se encapotaba y amenazaba tormenta, levantaron la asamblea.

Pensaba yo que la mala apariencia del tiempo les habría decidido a hacerlo, cuando el abogado general vino a decirme, por encargo de la corte, que no se me juzgaría aquel día; que nunca se veía un proceso criminal si el cielo no estaba sereno, porque ellos temían que la mala temperatura del aire alterase un poco

la buena constitución del espíritu de los jueces que el disgusto que invade el alma de los pájaros durante la lluvia obscureciese su razón o que la corte se vengase de su tristeza en el acusado. Por esto la celebración de mi juicio se aplazó hasta que hiciese mejor tiempo. Se me condujo, pues, hacia mi prisión y recuerdo que durante el camino mi compasiva urraca no me abandonó nunca y fue volando siempre a mi lado; y aun creo que no me hubiese abandonado si sus compañeros no se acercaran hacia nosotros.

Finalmente, llegué al lugar de mi prisión, en donde durante mi cautiverio sólo me alimentaron con pan del rey: así llamaban ellos a una cincuentena de gusanos y otras tantas larvas que me traían para comer de siete en siete horas.

Yo siempre creía que comparecería ante mis jueces al día siguiente, y todo el mundo creía lo mismo, pero cuando ya hubieron pasado cinco, uno de mis guardas me contó que la asamblea había estado ocupada en hacer justicia a una comunidad de jilguero que la habían implorado contra uno de sus compañeros. Yo le pregunté al guarda de qué crimen se acusaba a este desdichado. Él me contestó: «Del crimen más enorme con que un pájaro pueda deshonrarse. Se le acusa... ¿podríais creerlo?, se le acusa... ¡pero Dios Santo!, sólo de pensarlo se me erizan las plumas...; sí, se le acusa de no haber tenido aún, desde hace seis años, el merecimiento de una amistad; por esto ha sido condenado a ser rey, y rey de un pueblo diferente de su especie.

»Si sus súbditos hubieran sido de su misma raza, quizá hubiese podido gozar, al menos con los ojos y el deseo, de las voluptuosidades del reinado; pero como los placeres de una especie no tienen ninguna relación con los placeres de otra, soportará todas las fatigas y beberá todas las amarguras de la realeza sin que pueda gustar ninguna de sus dulzuras. Esta mañana le han puesto en camino, rodeándole de muchos médicos para cuidar de que no se envenene en el camino».

Aunque mi guarda fuese de natural muy hablador, no se atrevió a conversar conmigo a solas más tiempo, temeroso de que yo le juzgase inteligente.

Aproximadamente al final de la semana volvieron a conducirme ante mis jueces.

Me metieron sobre la horquilla de un arbolillo sin hojas. Los pájaros de toga, lo mismo los abogados que los consejeros y el presidente, se posaron todos en la copa de un gran cedro, a tanta más altura cuanto mayor era su dignidad. En cuanto a los otros pájaros, los que tan sólo asistían a la asamblea por curiosidad, se fueron mezclando sin orden ninguno hasta que estuvieron llenos todos los escaños; es decir, hasta que las ramas del cedro estuvieron cubiertas de pájaros.

La urraca en que yo siempre había reparado por la compasión que me tenía, vino a posarse sobre mi mismo árbol, y allí, fingiendo distraerse picoteando el musgo me dijo: «Nunca podréis imaginar exactamente cuánto me aflige vuestra desgracia; porque aunque no ignoro que el hombre es uno de los seres vivos que constituyen una peste de la cual hay que purgar a todo Estado que pretenda una buena policía, cuando recuerdo que desde mi infancia he sido criada entre ellos, y que he aprendido su lengua tan perfectamente, y que casi ya he olvidado la mía, y que he comido en sus manos tan blandos y excelentes quesos de los que no puedo acordarme sin que acuda el agua a mis ojos y a mi boca, siento por vos tantas ternuras que no puedo inclinarme al más justo partido».

Acababa de decir estas razones cuando a los dos nos sorprendió la llegada de un águila que vino a posarse en la rama de un árbol al mío muy cercano. Me hubiese yo levantado para ponerme de rodillas creyendo que era el rey, si mi urraca, con su patita, no me contuviera en mi asiento. «¿Creíais vos acaso -me dijo- que esta águila era nuestro soberano? Eso es tan sólo una creencia de los hombres, que como, con muy gran verdad, se dejan mandar por sus semejantes más grandes, más fuertes y más crueles, juzgan a los demás por sí mismos y creen que debe mandarnos un águila.

»Pero nuestra política es muy distinta; pues nosotros elegimos como reyes nuestros a los más débiles, los más dulces y los más pacíficos, y aun los cambiamos cada seis meses para reemplazarlos con otros, también débiles, a fin de que a la menor ofensa podamos de ellos vengarnos. Los elegimos dulces para que, no haciéndose odiar de nadie, nadie tampoco los odie, y queremos que sean pacíficos, para evitar así las guerras, que son caudal de todas las injusticias.

»Cada semana nuestro rey convoca una asamblea, en la que todo el mundo es recibido, para exponerle sus quejas, y si a esta asamblea concurren tan sólo tres pájaros descontentos de la gestión del rey, éste es desposeído y allí mismo se procede a la elección de otro.

»Mientras dura la asamblea, nuestro rey está encaramado en la cúspide de un tejo, al borde de un estanque, con los pies y las alas plegadas. Todos los pájaros, uno a uno, pasan ante él, y si alguno de ellos sabe que ha cometido pecado mortal, puede tirarlo al agua. Pero es preciso que al punto justifique la razón que para hacerlo ha tenido, porque si no lo hace se le condena a la muerte triste».

No pude yo contener mi curiosidad y le interrumpí para preguntarle qué quería él decir con eso de la *muerte triste*; a lo que me contestó con estas razones:

«Cuando el crimen de algún pájaro se juzga tan enorme que una muerte se considera como leve expiación de su culpa, se procura escoger otra que en sí encierre el dolor de muchas, y esto se hace de la siguiente manera:
»Se delega a los que tenemos la voz más melancólica y más fúnebre para que se acerquen al culpable, que es conducido a un funesto ciprés. Una vez allí, los tristes músicos se reúnen en torno de él y por el conducto de su oído le llenan el alma de tristes canciones, tan lúgubres y trágicas, que con la amargura de su disgusto alteran la economía de sus órganos y le estrechan el corazón hasta que con esto se va consumiendo y muere sofocado de tristezas.
»Sin embargo, este espectáculo no sucede casi nunca, pues como nuestros reyes son de tan dulce condición, jamás obligan a que nadie en venganza suya sufra una muerte tan cruel.
»Ahora reina un palomo cuyo carácter es tan sosegado que el otro día, como fuese necesario reconciliar a dos gorriones, se pasaron mil trabajos para hacerle comprender lo que era la enemistad».
Mi urraca no pudo continuar tan larga plática sin que reparasen en ella varios asistentes a la asamblea, y como sospechasen que tenía alguna complicidad conmigo, los principales de la asamblea hicieron que fuese detenida, lo cual realizó un águila de la Guardia Real que se apoderó de su persona. En esto llegó el rey Palomo; todo el mundo se calló, y las primeras palabras que vinieron a quebrar el silencio fueron las de la queja que el gran censor de los pájaros dirigió en contra de la urraca. El rey, plenamente informado del escándalo a que ella había dado lugar, le preguntó su nombre e inquirió la ocasión que la había hecho conocerme.
«Señor -contestó ella llena de asombro-, yo me llamo Margot; hay aquí muchos pájaros principales que responderán de mí. En el mundo de la Tierra, donde yo nací, supe un día, por Guillery el Constipado (que como oyese gritar en mi jaula vino a visitarme a la ventana de la cual yo estaba colgada), que mi padre era paje y mi madre músico. Esto yo no lo hubiese sabido si él no me lo hubiera dicho, pues cuando yo era muy pequeñita fui robada de debajo de las alas de mis padres, cuyo regazo me servía de cuna. Poco después de esto mi madre murió de tristeza, y mi padre, que ya era bastante viejo para tener otros hijos, desesperado al verse sin herederos se fue a la guerra de los arrendajos, en la cual murió de un picotazo en el cerebro. Lo que más me maravillaron fueron ciertos animales salvajes llamados *porqueros*, los cuales me llevaron, para venderme, a un castillo en el cual vi yo a este hombre cuyo proceso ahora os ocupa. Yo no sé si concibió por mí algún afecto; pero siempre tenía buen cuidado de advertir a los servidores que me diesen el gobierno. Muchas veces hasta tenía la bondad de dármelo él mismo. Si en el invierno yo me enfriaba, él me cogía y me llevaba al lado del fuego, abrigaba mi jaula o encargaba al jardinero que me diese abrigo en su camisa. Los criados no se atrevían a irritarme en presencia suya, y recuerdo que un día me salvó de las fauces de un gato que ya me tenía entre sus uñas, a las cuales me había abandonado el lacayuelo de mi dueña. No estará de más que os explique la causa de esta crueldad. Para complacer a Verderet (éste es el nombre del lacayuelo) repetía yo un día las majaderías que él me había enseñado; pero sucedió que, por desgracia, aunque yo recitase siempre mis *quodlibetos* de carrerilla, en esta ocasión, alterando el orden, y precisamente cuando él entraba para decir una mentira, exclamé yo: «¡Cállate, hijo de puta! ¡Has mentido! Este hombre al que ahora acusáis y que aquí veis, como conociese el natural mentiroso del lacayuelo bribón, pensó que quizá yo habría hablado como un profeta, y al punto mandó que averiguasen si Verderet había mentido: Verderet fue convicto de su bribonería, Verderet fue disciplinado y Verderet, si este hombre no me hubiera socorrido, me hubiese hecho comer por el gatazo».
El rey, bajando la cabeza, mostró cuán contento estaba por la piedad que la urraca había tenido conmigo; pero, con todo, le prohibió para siempre que volviera a hablar en secreto. En seguida preguntó al abogado de mi parte contraria si su discurso estaba ya acabado. Éste hizo seña con la pata de que iba a hablar, y he aquí, según creo, las mismas razones que alegó en contra mía:

Alegato pronunciado en el Parlamento de los Pájaros, estando las Cámaras reunidas, contra un animal al que se acusa de ser hombre.

«Señores: La parte acusadora de este criminal es Guillemette la Charnue, perdiz de nacimiento, recién llegada del mundo de la Tierra y con la garganta aún abierta por un perdigón de plomo que le tiraron los hombres; y comparece como demandante contra todo el género humano y, por consiguiente, en contra de un animal que, a su juicio, pertenece, como un miembro más, a ese género. No sería difícil impedir con su muerte las violencias que puede hacer; sin embargo, como la salud y la pérdida de todo lo que vive importa a la república de todos los vivientes, paréceme que nosotros mereceríamos haber nacido hombres, y por tanto degradados de la razón y de la inmortalidad que poseemos como una ventaja sobre ellos, si les pareciésemos cometiendo las mismas injusticias suyas.
»Examinemos, pues, señores, las dificultades de este proceso con toda la serenidad de que son capaces nuestros divinos espíritus.

»La piedra angular de este asunto consiste en saber si este animal es hombre; y cuando hubiésemos averiguado que lo sea, si por ello merece la muerte.
»Por mi parte yo no tengo dificultad ninguna en creerlo así; primero, porque a todos nosotros nos ha tomado muy grande horror al verle, aunque no hayamos podido averiguar la causa de este horror; segundo, porque se ríe como un loco; tercero, porque llora como un necio; cuarto, porque se suena como un bellaco; quinto, porque está más pelado que un sarnoso; sexto, porque lleva la cola delante; séptimo, porque tiene siempre muchos ladrillitos cuadrados en la boca y no posee el pudor de esconderlos o comerselos, y octavo, y finalmente, porque todas las mañanas levanta hacia lo alto los ojos, la nariz y su largo pico; junta sus manos abiertas uniéndolas por las palmas y dirigiendo la punta hacia el cielo, hace con ellas una sola mano muy ceñida, como si se aburriese de tener las dos libres; quiebra sus piernas Por la mitad de modo que cae sobre las rodillas, y luego, con palabras mágicas, que susurra, veo que sus piernas rotas se recomponen y se levanta en seguida tan alegre como antes. Ahora bien: vosotros sabéis, señores, que de todos los animales sólo el hombre tiene un alma lo bastante negra para dedicarse a la magia; luego este animal es hombre. Fáltame ahora examinar si por ser hombre merece la muerte.
»Yo creo, señores, que nunca se ha puesto en duda que todas las criaturas han sido creadas por nuestra común madre para que vivan en sociedad. Por tanto, si yo pruebo que el hombre parece haber nacido para destruir el orden de esta sociedad, ¿no probaré con ello que al atentar contra el fin para que fue creado merece que la Naturaleza se arrepienta de su obra?
»La primera y la más fundamental de todas las leyes para la mantenencia de una república es el respeto a la igualdad; pero el hombre no sabe guardarlo eternamente: se abalanza sobre nosotros para comernos; parece creer que nosotros no fuimos creados sino para regalo de su gusto, y como argumento de su pretendida superioridad habla de la barbarie que emplea para matarnos y de la poca resistencia que encuentra para vencer nuestra debilidad; pero no quiere, sin embargo, confesar que superan a los hombres más robustos las águilas, los cóndores y los burros.
»Pero aunque los hombres tuviesen esa grandeza y especial disposición de sus miembros, ¿señalaríase con esto una superioridad suya, pues que entre ellos mismos hay enanos y gigantes?
»Además, ese derecho imaginario con cuyo imperio se glorían es una fantasía, pues realmente están tan inclinados a la servidumbre que unos a los otros se venden la libertad. Así es que los jóvenes son esclavos de los viejos; los pobres, de los ricos; los villanos, de los hidalgos; los príncipes, de los monarcas, y los reyes, de las mismas leyes que ellos dictan. Pero con todo, estos pobres siervos tienen tanto miedo de que les falten señores a quienes servir que, como si pensasen que la libertad no les viene sino de algún lugar inesperado, se forjan dioses en todas partes: en el aire, en el agua, en el fuego y bajo la Tierra; y aun harán más santos de madera de los que realmente tienen, y aun creo que se consuelan de las falsas esperanzas de la humanidad, no tanto por el horror con que el no ser les espanta, como por el temor de no tener en el otro mundo quién les mande después de la muerte. Este es el hermoso efecto de esa fantástica monarquía e imperio natural del hombre sobre los animales y sobre nosotros mismos, porque su insolencia ha llegado hasta los pájaros. Sin embargo, como consecuencia de esa superioridad ridícula, él se atribuye vanamente sobre nosotros el derecho de vida y de muerte, nos prepara emboscadas, nos esclaviza, nos aprisiona, nos estrangula, nos come, y de la habilidad para matar a los que deja libres hace un distintivo de nobleza. Cree que el Sol sólo se ha encendido para que él tenga luz para hacernos la guerra; que si la Naturaleza nos ha permitido extender nuestros paseos por el cielo sólo lo ha hecho para que de nuestro vuelo pueda él deducir dichosos o funestos augurios, y que si Dios puso entrañas dentro de nuestros cuerpos únicamente lo hizo con la intención de escribir un gran libro en el que el hombre pudiera aprender la ciencia de las cosas futuras.
»Pues bien; todo esto ¿no nos demuestra un orgullo insoportable? El que en sí lo abrigase, ¿podría merecer peor castigo que el haber nacido hombre? No es éste, sin embargo, el que yo os aconsejo que deis a este acusado. Porque como la pobre bestia no tiene, como nosotros, uso de razón, yo disculpo sus errores cuando éstos son producidos por una deficiencia del intelecto; mas cuando no son sino hijos de la voluntad, pido que se haga justicia: por ejemplo, de que nos mate sin que nosotros le ataquemos; de que nos coma pudiendo saciar su hambre con substancias más provechosas, y de lo que todavía me parece más cobarde, de que corrompa el buen natural de algunos de nosotros, como los alcotanes, los halcones y los gavilanes, instruyéndolos en la matanza de los suyos, enseñándolos a encarnizarse sobre nosotros, abandonándonos en sus garras.
»Esta consideración por sí sola encierra tanta gravedad que yo pido a la corte que se extermine al acusado por medio de la *muerte triste*».
Todo el Foro se estremeció al considerar el horror de tan gran suplicio; por esto y para ver si se le podía moderar, el rey hizo una indicación a mi abogado para que replicase.
Era éste un estornino, gran jurisconsulto; después de dar con su pata tres veces en la rama que le servía de sostén, habló así a la asamblea:

«Cierto es, señores, que, conmovidos por un sentimiento de piedad, me había yo encargado de la defensa de esta desdichada bestia; pero ya en el trance de defenderla me ha tomado muy gran remordimiento de conciencia, y ésta me habló con una extraña voz secreta que me impedía cumplir una acción tan detestable. Así, señores, os declaro ante toda la corte que, para lograr la salud de mi alma, no quiero contribuir en nada a la vida de un monstruo como el hombre».

Toda la asamblea chasqueó sus picos en señal de regocijo y en aprobación de la sinceridad de un juez tan pájaro de bien.

Mi urraca se presentó para defenderme en su lugar; pero no pudo lograr audiencia porque, como se había criado entre los hombres y quizá se contagiase de su moral, era de temer que para juzgar mi causa tuviese un espíritu parcial, pues la corte de los pájaros no tolera que el abogado que se interesa más por un cliente que por otro sea oído mientras no pueda justificar que esta inclinación procede del buen derecho que a la parte asiste.

Cuando los jueces vieron que nadie se aprestaba a mi defensa extendieron las alas, sacudiéndolas, y en seguida volaron a reunirse en Consejo.

La mayor parte, como luego supe, insistió mucho en que fuese exterminado por la muerte triste; pero, con todo, cuando advirtió que el rey se inclinaba a la dulzura, todos rectificaron su opinión. De modo que mis jueces, moderando su saña, en lugar de la muerte triste, con la cual me obsequiaban, encontraron más conveniente, para proporcionar la dureza de mi castigo a la gravedad de mis crímenes y para mortificarme con un suplicio que me desengañase del pretendido imperio del hombre sobre los pájaros, el abandonarme a la cólera de los más débiles entre ellos: quiere decir que me condenaron a ser comido de moscas.

En este punto la asamblea se levantó y, según yo supe después, no se habían detenido más en particularizar las circunstancias de mi trágico castigo porque a un pájaro a la asamblea le había dado un accidente al querer dirigirse al rey. Se creyó que este desmayo le había ocurrido por el dolor que le causara contemplar al hombre con demasiada fijeza.

Ya la sentencia había sido pronunciada y cuando el pigargo que servía de escribano de lo criminal acabó de leerla, yo vi que alrededor de mí el cielo estaba totalmente negro de moscas, moscardones, mosquitos, abejas, avispas y pulgas, que zumbaban de impaciencia.

Yo esperaba todavía que mis águilas me llevasen como de costumbre; pero en vez de éstas vi un enorme avestruz negro que me puso vergonzosamente a horcajadas sobre sus espaldas, pues esta postura es entre ellos la más ignominiosa con que puede castigarse a un animal; tanto, que nunca ningún pájaro, sea cual fuere la ofensa que cometiere, puede ser condenado a cosa semejante.

Los corchetes que me condujeron al suplicio eran una cincuentena de cóndores y otros tantos buitres; delante y detrás de éstos iba, volando lentamente, una procesión de cuervos que croaban no sé qué lúgubres cantos, y más lejos me parecía oír unas lechuzas que los contestaban. A partir del momento en que se había comenzado a cumplir mi pena, dos pájaros paradisíacos, a los que se les había encargado que me asistiesen durante mi muerte, vinieron a posarse encima de mis espaldas.

Aunque entonces mi alma, por el horror de cuanto pudiese sucederme, estaba muy turbada, me acuerdo de casi todas las razones con las cuales ellos intentaron consolarme.

«La muerte -me decían, metiéndome su pico en los oídos- no es, sin duda, un gran mal, puesto que la Naturaleza, nuestra madre buena, tiene a todos sus hijos sometidos a ella; tampoco debe de ser una cosa muy importante, puesto que sucede a cada momento y por cosas de tan poca monta; porque si la vida fuese tan excelente no estaría en nuestras manos el darla a otros seres; y si arrastrase tras sí, como tú crees, problemas de la importancia que tú le atribuyes, no nos sería dado a nosotros el poder de quitárosla. Pero hay muchas razones que nos inclinan a creer, en contra de vuestra opinión, que si el animal empieza por juego debe acabar lo mismo. Te hablo a ti de esta manera porque, como tu alma no es inmortal, como la nuestra, cuando te mueras podrás observar que todas las cosas acaban contigo. No te aflijas, pues, de hacer más pronto lo que algunos compañeros tuyos harán más tarde. Su condición es más deplorable que la tuya, porque si la muerte es un mal, sólo lo es para los que tienen que morirse; y mientras que tú ya sólo tienes que esperar una hora, ellos durante cincuenta o sesenta años estarán en trance de poder morirse. Y luego dime: ¿no es verdad que el que no ha nacido es dichoso? Pues tú vas a estar como el que no ha nacido; un momento después de tu vida estarás como un momento antes de tenerla, y luego que haya pasado aquel momento te parecerá que has estado muerto tanto tiempo como el que murió hace mil siglos. Pero, en todo caso, si supones que la vida es un bien, el mismo evento que en la infinidad del mundo ha podido dar ocasión a tu ser, ¿no hará que cualquier día tú puedas volver a nacer? ¿La materia, que a fuerza de mezclarse ha llegado por fin a ese orden y disposición necesarios para la constitución de tu ser, no puede, volviendo a mezclarse, llegar a una disposición adecuada para hacer que tú te sientas vivo otra vez? Sí; ¿pero me acordaré yo entonces de que he existido?, me replicarás tú. ¡Pues hermano mío, qué te importa eso con tal de que te sientas vivir! Y luego, ¿no puedes, para consolarte de la pérdida de tu vida, imaginar las mismas razones sobre las cuales yo te hago meditar?

»He aquí consideraciones bastante fuertes para obligarte a beber con resignación esa mala absenta; pero todavía me quedan otras más convincentes que te invitarán seguramente a desearla. Es necesario, querido hermano mío, que te convenzas de que tú, como otros brutos, eres material, y como la muerte en vez de anular la materia no hace otra cosa que modificar su substancia, debes creer con certeza que aunque dejes de ser hombre serás cualquier otra cosa, y aun suponiendo que no te convirtieses más que en una partícula de tierra o en una piedra, aun serías algo menos cruel que el hombre; pero voy a descubrirte ahora un secreto que no quisiera que ninguno de mis compañeros oyese de labios míos, y es que al ser comido de los pájaros, como lo vas a ser seguramente, te convertirás en substancia suya. Sí; tendrás el honor de contribuir, aunque ciegamente, a las operaciones intelectuales de nuestras moscas y la gloria de, ya que no razonas por tu propia cuenta, razonar al menos con su inteligencia».

Cuando llegó a este punto de su exhortación alcanzamos nosotros el lugar destinado para mi suplicio.

Había en él cuatro árboles, casi a la misma distancia y muy cercanos uno al otro; sobre cada uno de estos árboles, y aproximadamente a la misma altura, se había posado una enorme garza. Me apearon de mi gran avestruz negro y al punto muchos cuervos marinos me subieron hasta las ramas donde las cuatro garzas me esperaban. Estos pájaros estaban frente a frente uno de otro, apoyados con firmeza en sendos árboles. Con su cuello de prodigiosa longitud me enroscaron como con una cuerda, unos por los brazos, otros por las piernas, y lo hicieron apretando tanto, que aunque cada uno de mis miembros sólo estuviese atenazado por el cuello de una de las garzas, no podía moverme lo más mínimo.

Mucho tiempo debieron de estar en esta postura, pues oí cómo mandaron a sus cuervos, que hasta ellos me habían elevado, que fuesen al mercado para traerles comida y dársela al pico.

Todavía tuvimos que esperar a las moscas, porque no habían hendido el aire tan velozmente como nosotros; sin embargo, ya se empezaba a oírlas.

En cuanto llegaron distribuyéronse las partes de mi cuerpo, y lo hicieron con tanta malicia que dejaron mis ojos a cargo de las abejas, a fin de que con sus aguijones me los vaciasen; mis orejas las destinaron a los moscardones, para que al mismo tiempo las aturdiesen y devorasen; mis espaldas, a las pulgas, para que las llenasen de picaduras que me desazonasen, y así sucesivamente. Aún no se habían dado todas las órdenes necesarias para esa distribución, cuando ya vi yo que se acercaban a mí. Parecía que todos los átomos del aire se hubieran convertido en moscas, pues ya no veía yo más que dos o tres débiles rayos de luz que tímidamente llegaban hasta mí: ¡tan espesos y apretados y cercanos a mi carne estaban estos batallones!

Aún cada mosca no había escogido con el deseo el lugar de mi carne que debía morder, cuando de pronto las vi retroceder bruscamente, y entre la confusión de un infinito número de exclamaciones que resonaban hasta en las nubes distinguí varias veces esta palabra: *¡Favor! ¡Favor! ¡Favor!*

Inmediatamente dos tortolillas se acercaron a mí. Al verlas llegar todos los funestos aparatos de mi muerte se disiparon; sentí que mis garzas relajaban los círculos de sus cuellos con que me apretaban y que mi cuerpo, como sostenido por unos tirantes, caía desde lo alto de la copa de estos árboles hasta el pie de sus raíces.

No esperaba yo sino que con esta caída vendría a romperme la cabeza contra cualquier roca; pero a pesar de mi miedo quedé lleno de asombro al encontrarme en el término de mi porrazo sentado sobre un avestruz blanco, que tan pronto como me sintió sobre sus espaldas se puso a galopar.

Seguí en este viaje otro camino que el que había andado antes, pues me acuerdo que atravesé un gran bosque de mirtos y otro de terebintos que acababa en una vasta selva de olivos, donde me esperaba el rey Palomo rodeado por toda su corte.

Tan pronto como reparó en mí, mandó que me ayudasen a bajar. En seguida dos águilas de la guardia me tendieron sus patas y me llevaron hasta donde su príncipe estaba.

Por respeto quise yo abrazar y besar los diminutos espolones de su majestad; pero él se retiró. «Yo os pregunto si conocéis a este pájaro», dijo.

Y en haciéndome esta pregunta me mostró un papagayo que se puso a pavonear y batir las alas en cuanto notó que yo le contemplaba: «Pues me parece -dije yo al rey- que le he visto en alguna parte; pero el miedo y la alegría de tal modo turban mis recuerdos, que no puedo todavía fijar con claridad en dónde le he visto».

Al oír estas palabras el papagayo vino a abrazarme el rostro con sus dos alas y me dijo: «¡Cómo! ¿Ya no conocéis a *César*, el papagayo de vuestra prima, por el cual tantas veces habéis dicho que los pájaros tienen entendimiento? Yo soy el que hace un momento, durante vuestro proceso, he querido declarar a la asamblea los motivos de agradecimiento que a vos me obligan; pero el dolor de veros ahora en tan gran peligro me ha hecho caer desmayado». Sus razones acabaron de abrirme los ojos, y habiéndole reconocido le abracé y le besé; él también me abrazó y me besó. «¿Entonces -le dije yo- eres tú, mi pobre *César*, el papagayo a quién yo abrí la jaula para restituirle la libertad, que la tiránica costumbre de nuestro mundo te había robado?»

El rey puso término a nuestras caricias y me habló de esta manera: «Hombre: entre nosotros jamás es perdido hacer buenas acciones; por esto, si por ser hombre merecías morir, aunque sólo sea para expiar el delito de haber nacido, ahora el Senado te otorga la vida. Bien puedes agradecer así las luces con que la Naturaleza iluminó tu espíritu haciéndote presentir en nosotros la razón que tú no eras capaz de conocer. Anda, pues, en paz; ve con Dios y vive dichoso».
Luego, en voz muy baja dio algunas órdenes, y el avestruz blanco, guiado por dos tortolillas, me sacó de la asamblea.
Después de ir sobre él a galope casi media jornada me dejó próximo a una selva, por la que cuando él se partió yo me fui adentrando. En ella comencé a gustar los placeres de la libertad y el de comer la miel que las cortezas de los árboles destilaban. Creo que nunca hubiese puesto fin a mi paseo, pues la agradable amenidad de este lugar siempre daba ocasión a mis ojos para descubrir algo más bello, si mi cuerpo hubiese podido resistir al trabajo de buscarlo. Pero como realmente yo me encontraba muy rendido por el cansancio, me tendí sobre la hierba.
Y estando así tendido a la sombra de los árboles, sintiéndome invitado al sueño por la dulce frescura y el silencio de la soledad, un rumor incierto de voces confusas, que me parecía oír a mi alrededor, me despertó sobresaltadamente.
El terreno era muy llano y no estaba erizado por ninguna maleza que interrumpiese el libre viaje de la mirada; por esto la mía se alejaba mucho, yendo más allá de los árboles y de la selva. Yo no veía a nadie, y sin embargo el rumor de las voces que hasta mi oído llegaba no podía salir sino de algún sitio cercano de mí; de suerte que, fijando todavía más mi atención, oí muy claramente algunas palabras griegas, y entre las muchas personas a las que se oía hablar pude distinguir a una que con tales razones lo hacía:
«Su Excelencia el médico, uno de mis aliados, el Olmo de tres cabezas, acaba de enviarme a un Pinzón por el cual me hace saber que está aquejado de una fiebre hética y por un gran sarampión de musgo que desde la cabeza hasta los pies le cubre. Yo os suplico, en nombre de la amistad con que me honráis, que le recetéis cualquier cosa».
Estuve algún tiempo después sin oír nada, pero al cabo de un rato me pareció escuchar estas razones:
«Aunque el Olmo de las tres cabezas no fuese amigo vuestro, y aunque no me lo pidieseis vos, que lo sois mío, y vuestro ruego me lo hiciese el más extraño de nuestra especie, mi profesión me obligaría a socorrerle porque mi deber es hacerlo así con todo el mundo. Diréis, por tanto, al Olmo de tres cabezas que para curarse su mal necesita sorber la mayor cantidad de alimento húmedo que pueda y la menor de seco; que al efecto debe conducir las menudas ramitas de sus raíces hacia el más blando lugar de su lecho, no pensar más que en cosas alegres y hacer que todos los días le halaguen con su música algunos ruiseñores excelentes. Luego, que os haga saber cómo le ha ido con ese régimen de vida, y después, según el progreso de su salud, cuando convenientemente nosotros hayamos dispuesto sus humores, alguna cigüeña amiga nuestra le dará de mi parte un clister que le dejará francamente en la convalecencia».
Cuando dijeron estas razones yo no oí el menor ruido; hasta que un cuarto de hora después una voz en la que todavía, según creo, no había reparado, llegó hasta mi oído, y he aquí lo que decía: «Hola, horquillita, ¿dormís?» Luego oí otra voz que así contestaba: «No, fresca corteza. ¿Por qué?» «Porque -replicó la voz que primero rompió el silencio-, porque yo me siento emocionada del mismo modo que acostumbramos a estremecernos cuando esos animales que se llaman hombres están cerca de nosotros, y quería preguntarte si tú sientes lo mismo».
Tardó un poco en responder la otra voz, como si en ese intervalo hubiese querido aplicar todos sus sentidos más secretos al descubrimiento del hombre; mas luego exclamó: «¡Dios mío, razón teníais, y os juro que encuentro a mis órganos tan alterados por las especies del hombre, que o mucho me equivoco, o alguno hay muy cerca de aquí!»
Entonces se oyeron muchas voces, y todas a coro afirmaban que sentían la presencia de un hombre.
Por más que yo miraba por todas partes no descubría de dónde pudiesen venir esas palabras. Por fin, luego que me repuse un poco del horror con que este acontecimiento me había consternado, contesté a la voz que advirtió que sentía a un hombre y le dije que estaba efectivamente en lo cierto. «Pero os suplico -agregué- quienquiera que seáis, voz que de mí decís esas razones, me enseñéis en dónde estáis». Un momento después escuché estas palabras:
«Nosotros estamos ante tu presencia. ¡Tus ojos nos miran y no nos ves! Fíjate en las encinas, en las que nosotros sentimos que tienes la vista puesta; somos nosotros los que te hablamos, y si te extraña que lo hagamos en una lengua del pueblo al que tú perteneces, sepas que nuestros primeros padres de allí son originarios; ellos vivían en Epiro, en el bosque de Dodona, en el cual su bondad natural los inclinó a decir los oráculos a los afligidos que por ellos preguntaban; para cumplir este menester habían aprendido la lengua griega, que entonces era la más universal, a fin de que todo el mundo los entendiese; y como nosotros descendemos de ellos, el don de la profecía ha llegado hasta nosotros transmitiéndose de padre a hijos. Ahora bien; tú sabrás que una grande águila de Dodona, a la. que nuestros padres daban albergue,

como no podía ir a buscarse el gobierno porque se le había roto una pata, se alimentaba con las bellotas que las ramas de las encinas le suministraban; esto hizo hasta que un día, cansada de vivir en un mundo en el que tanto sufría, encaminó su vuelo hacia el Sol, y tan dichoso término dio a su viaje que llegó por fin hasta el globo luminoso en que ahora estamos; pero al llegar aquí el calor del clima la hizo provocar; con la cual echó fuera de sí muchas bellotas que no había aún digerido; estas bellotas germinaron y crecieron varias encinas de las que nosotros somos nietos.

»Así es como nosotros cambiamos de morada. Ahora bien; aunque vos nos oigáis hablar una lengua humana no penséis por esto que los otros árboles se producen lo mismo; solamente nosotros, las encinas nacidas en la floresta de Dodona, hablamos como los hombres. Pues los otros vegetales se expresan del modo que voy a deciros. ¿Nunca habéis observado ese céfiro dulce y sutil que siempre alienta en el borde de este bosque? Pues ése es el rumor de su palabra, y ese pequeño murmullo, ese delicado son con que ellos rompen el sagrado silencio de su soledad es precisamente su idioma. Y aunque el ruido de los bosques parezca siempre el mismo es sin embargo distinto, y cada especie de árbol tiene uno propio, de modo que el abedul no habla como el arce, ni el arce como el haya, ni ésta como el cerezo. Si las necias gentes de vuestro mundo me oyesen hablar como lo estoy haciendo creerían que el diablo se había albergado en mi corteza, pues como ni siquiera creen que seamos sensitivos, tampoco creen que podamos razonar. Y esto aunque todos los días estén viendo que al primer golpe con que el leñador asalta a un árbol el hacha entra en la carne de éste hasta una profundidad cuatro veces mayor que la que alcanza al segundo golpe; de lo cual debiera inducir que ciertamente el primer golpe ha sorprendido y acometido al árbol estando éste desprevenido, pues tan pronto como el dolor le advirtió su desventura se recogió en sí mismo y reunió sus fuerzas para combatir hasta quedarse como petrificado, para resistir la dureza de las armas de su enemigo. Pero mi obligación no es el hacer ver la luz a los ciegos; un individuo me parece que es toda la especie y a toda la especie la considero como un individuo cuando éste no está infectado por los errores de la especie; por esto os ruego que estéis atento, porque al propio tiempo que a vos os hablo voy a hacerlo a todo el género humano.

»En primer lugar, habréis de saber que casi todos los conciertos de los pájaros están acordados en honor y alabanza de los árboles; pero también, en recompensa del cuidado con que ellos agradecen nuestras buenas acciones, nosotros tomamos el de esconder sus amores; porque no os imaginéis que cuando a vosotros os cuesta tanto el descubrir sus nidos es por la prudencia con que ellos los esconden. Es el mismo árbol el que repliega sus ramas en torno del nido para guardar a la familia de su huésped de las crueldades de los hombres, y si no lo creéis así, fijaos en esos otros pájaros que parecen haber nacido para destruir a sus hermanos, como, por ejemplo, los gavilanes, los vampiros, los milanos, los halcones, etc., o que tan sólo hablan para reñir, como los arrendajos y las urracas, o que se complacen en hacerles miedo, como los búhos o los autillos, y veréis cómo abandonamos sus nidos a la vista de todo el mundo, retirando de ellos la solicitud de nuestras ramas para que así puedan ser presa de todo el mundo; pero no es necesario ir detallando tantas cosas para probar que los árboles ejercen con el cuerpo o con el alma todas nuestras funciones. ¿Por ventura algún hombre habrá dejado de observar que cuando llega la primavera y el sol rejuvenece nuestra corteza, alegrándola con una savia fecunda, alargamos nosotros nuestras ramas y las inclinamos cargadas de fruto hacia el seno de la Tierra, cuyos amantes somos? La Tierra, por su parte, se entreabre y se entibia con un calor idéntico, y como si cada una de nuestras ramas fuese un..., ella se acerca para unírsenos, y entonces nuestras ramas, transidas de placer, descargan en su regazo la semilla, que ya la Tierra está impaciente por fecundar. Y a pesar de esta impaciencia está nueve meses para formar el embrión antes de que a la luz lo dé; pero el árbol, su marido, que teme que el frío del invierno dañe su embarazo, se despoja de su ropa verde para cubrirlo y él se contenta, para ocultar un poco su desnudez, con un vicio manto de hojas muertas.

»Y vosotros los hombres estáis eternamente mirando estas cosas y no las contempláis jamás con atención, y hasta habéis tenido ante vuestros ojos más convincentes pruebas y ni siquiera han estremecido a los menos obstinados».

Tenía yo la atención muy embargada por las razones con que esta arbórea voz me hablaba y esperaba que prosiguiese, cuando de pronto cesó de hacerlo, con el mismo tono que una persona a la que el aliento corto le impidiese hablar.

Como yo la viese muy obstinada en guardar el silencio, la rogué por el amor de todas las cosas que más pudiera emocionarla que se dignase instruir a una persona que no había corrido los peligros de tan largo viaje sino para aprender. Entonces oí tres o cuatro voces que por el amor mío le repetían mi ruego, y oí que una de ellas le decía, como con voz enfadada:

«Está bien: puesto que vos os quejáis tanto de vuestros pulmones, reponeos; yo mismo le contaré la historia de los árboles amantes». «¡Ah! -exclamé yo entonces, hincándome de hinojos-. Quienquiera que seáis, ¡oh la más sabia de todas las encinas de Dodona, que os dignáis tomaros el trabajo de instruirme!, tened la seguridad de que yo no seré ingrato ni desagradecido a la voluntad que tenéis de darme vuestras

lecciones, pues hago voto de que si alguna vez vuelvo a mi pueblo natal allí publicaré las maravillas de las cuales tengo la honra, por vos otorgada, de ser testigo».
En haciendo yo esta promesa oí que la misma voz proseguía de esta manera: «Mirad, hombrecillo, a diez o quince pasos de vuestra mano derecha; veréis allí dos árboles gemelos, de mediana talla, que confundiendo sus ramas y sus raíces se esfuerzan con mil deseos en convertirse en un solo árbol».
Yo volví los ojos hacia esas plantas de amor y observé que las hojas de las dos, ligeramente agitadas por una emoción que casi parecía voluntaria, producían al estremecerse un tan delicado murmullo que apenas rozaba el oído. ¡Y con él, sin embargo, ellas intentaban preguntarse y contestarse!
Después que pasó el tiempo aproximadamente necesario para observar este doble vegetal, la buena encina amiga mía reanudó de esta manera el hilo de su discurso:
«¿Acaso durante vuestra vida nunca oísteis hablar de la famosa amistad de Pílades y Orestes?
»Yo os contaría todas las alegrías de su dulce pasión y os descubriría todos los milagros con que estos amantes han asombrado a su siglo, si no temiese que tanta luz llegara a ofender vuestra razón. Por esto tan sólo os pintaré a estos dos jóvenes soles en el momento de su eclipse.
»Básteos saber que un día el bravo Orestes, comprometido en una batalla, buscaba a su querido Pílades para gozar el placer de vencer o morir en su presencia, cuando reparó que venía aquél aprisionado entre cien brazos de hierro que le erguían por encima de su cabeza. ¡Dios mío! ¿Qué pasó entonces por él? Desesperado se lanzó a través de una selva de lanzas y gritó, aulló, y fuese echando espumarajos. ¡Pero qué mal os pinto con estas palabras el horror de los movimientos de este desventurado! Se arrancaba el cabello, se comía las manos, desgarraba sus heridas. He de confesaros, al término de esta descripción, que la manera de expresar su dolor murió con su muerte. Cuando con su espada pensaba abrirse un camino para ir en socorro de Pílades, una montaña de hombres se opuso a su paso. Él, sin embargo, atravesó esta montaña; y luego de andar mucho tiempo sobre los trofeos yacentes de su victoria, fue poco a poco acercándose a Pílades; pero le pareció que estaba tan próximo de la muerte, que ya no se atrevió siquiera a defenderse de sus enemigos, temeroso de sobrevivir a la única razón de su vida. Se diría también, al ver sus ojos cubiertos por las sombras de la muerte, que temía con sus miradas envenenar las heridas de su amigo. Finalmente cayó Pílades sin vida, y el amoroso Orestes, que ya sentía la suya temblándole en el borde de los labios, la retuvo en ellos hasta que con una mirada perdida encontró a Pílades, que entre los muertos yacía; se acercó a él, y besándole la boca parecía querer introducir su alma en el cuerpo difunto del amigo.
»El más joven de estos héroes murió de dolor sobre el cadáver de su amigo, y sabréis que de la podredumbre de su cuerpo, que sin duda había abonado la Tierra, se vio nacer entre los huesos, ya blancos, de sus esqueletos dos tiernos arbustillos, cuyos tallos y ramas, entrelazándose confusamente, parecía que sólo creciesen para enlazarse todavía más. Bien se veía que aun cambiando de ser no habían olvidado la amistad que tenían, porque sus capullos perfumados se inclinaban unos sobre otros y recíprocamente se entibiaban con su aliento, como para ayudarse a abrir más tempranamente. ¿Y qué decir de la amorosa equidad que gobernaba su sociedad? Nunca el jugo donde reside el alimento se ofrecía a sus venas sin que lo partiesen con ceremonia; siempre, cuando uno estaba mal nutrido, el otro estaba enfermo de inanición y ambos sorbían de su nodriza el jugo de su seno, como vosotros le sorbéis de los pechos de vuestras madres; la única diferencia era que así como ellos tomaban ese jugo de lo profundo, vosotros lo tomáis de la superficie del seno de la madre. Finalmente, estos amantes bienaventurados vinieron a dar manzanas; pero tan milagrosas eran, que todavía hicieron más milagros que sus padres. Tan pronto como alguien comía una manzana de uno de estos árboles se enamoraba apasionadamente de cualquiera que hubiese comido manzanas del otro; y esto ocurría casi siempre porque todos los tallos de Pílades rodeaban a los de Orestes o estaban a su vez rodeados por ellos; y sus frutos, casi gemelos, no podían decidirse a estar alejados.
»Sin embargo, la Naturaleza había distinguido la energía de su doble esencia con tanta precaución, que cuando el fruto de esos árboles era comido por un hombre y el fruto del otro árbol por otro hombre, se engendraba una amistad recíproca, y cuando lo mismo sucedía entre personas de sexos diferentes, engendrábase amor; pero un amor generoso, que siempre guardaba la fuerza de su origen, porque aunque este fruto proporcionase su efecto a la potencia, debilitando su virtud en la mujer, siempre conservaba no sé qué de masculino.
»También hay que hacer notar que el amante que comía más fruto era el más amado, y no hay que temer que fuese muy dulce y muy hermoso, pues nada hay tan bello ni tan dulce como la amistad. También estas dos cualidades de bueno y hermoso, que pocas veces se encuentran juntas en un mismo individuo, le hicieron a él famoso. ¡Oh, cuántas veces con su milagrosa virtud multiplicó los ejemplos de Pílades y de Orestes! Desde aquel tiempo se vieron Hércules y Teseos, Aquiles y Patroclos, Nises y Embiales; en fin, incontables amantes de los que con sus pasiones sobrehumanas han consagrado su memoria en el templo de la eternidad. Se llevaron al Peloponeso retoños de estos árboles, con los cuales se adornó el parque de

ejercicios donde los tebanos educaban a la juventud. Estos árboles gemelos estaban plantados en línea, y cuando llegaba la sazón en que el fruto pendía de sus ramas, los jóvenes que todos los días iban al campo tentados por su belleza, no se abstuvieron de comer; su virtud, como de costumbre, surtió en seguida su efecto: se les vio que todos se entregaban las almas recíprocamente; cada uno se convertía en la mitad del otro y vivía menos en sí que en su amigo, de modo que el más cobarde, pensando en el valor de su compañero, acometía temerarias empresas.

»Esta celeste enfermedad enardeció la sangre de estos jóvenes con tan noble ardor que, por consejo de los sabios, todos estos amantes se alistaron para la guerra en una misma compañía. En honor a las muchas acciones heroicas que ejecutó se la llamó luego la *Banda Sagrada*. Sus hazañas fueron mucho más heroicas de lo que Tebas esperaba, porque cada uno de estos bravos, para proteger a su amante o para merecer su amor, acometía en el combate proezas tan increíbles que la antigüedad no vio nunca cosas semejantes. Así que mientras existió esta amorosa compañía, los tebanos, que antes eran considerados como los peores soldados griegos, ya superaron siempre a los más belicosos pueblos de la Tierra, incluso los lacedemonios.

»Pero entre las muchas y muy laudables acciones a que impulsaron estas manzanas, inocentemente causaron otras muy vergonzosas.

»Mirra, joven y principal doncella, comió el fruto con su padre Ciniro; desgraciadamente una manzana era de Pílades y la otra de Orestes. Por esta razón el amor confundió tanto sus naturalezas que Ciniro podía decir: «Yo soy mi yerno», y Mirra: «Yo soy mi madrastra». En fin, creo que será bastante, para que sepáis hasta dónde llegó este crimen, deciros que el padre, al cabo de nueve meses, fue abuelo de lo que él mismo engendró y que la hija dio a luz hermanos suyos.

»Todavía no contento el azar con este crimen, quiso que un toro que entró en los jardines del rey Minos encontrase, desgraciadamente, en un árbol de Orestes algunas manzanas, que comió; y digo desgraciadamente porque la reina Pasiphae comía todos los días estas manzanas. Por ende, quedaron furiosamente enamorados. No os explicaré la enorme monstruosidad de este ayuntamiento; básteos saber que Pasiphae descendió hasta un crimen que aún no había tenido precedentes.

»El famoso escultor Pigmalión, precisamente por este tiempo, esculpía en el Palacio una Venus de mármol; la reina, amante de los buenos artistas, para obsequiarle le hizo el presente de una pareja de estas manzanas; el escultor comió la más bella, y como el agua, que como vosotros sabéis es necesaria para trabajar el mármol, le faltase por casualidad entonces, con el jugo de la otra manzana humedeció su estatua. El mármol, penetrado en seguida por ese jugo se ablandó poco a poco, y la enérgica virtud de esta manzana, conduciendo su acción según el designio del artista, siguió por dentro de la imagen los rasgos que encontrara en su superficie y fue dilatando, dando calor y enardeciendo las partes del mármol que a su paso encontraba. Finalmente, el mármol se convirtió en una cosa viva, y estremecido por la pasión de la manzana abrazó a Pigmalión con todas las fuerzas de su enamorado pecho, y Pigmalión, transido por una pasión recíproca, tomó a su estatua como mujer.

»En esta misma provincia la joven Iphis había comido estas manzanas acompañada por la hermosa Yante, su amiga, con todas las circunstancias precisas para producir una amistad recíproca. El fruto produjo su efecto acostumbrado; pero como Iphis encontrase su amistad de un gusto muy sabroso y el cariño iba creciendo a medida que aumentaba el número de manzanas que comía sin que llegase a saciarse, usurpó todas las funciones del amor, el cual, a fuerza de aumentar, poco a poco se hizo más masculino y más vigoroso. Pues como todo su cuerpo, exaltado por este fruto, ardiese en deseos de producir movimientos que respondiesen a los entusiasmos de su voluntad, tan fuertemente agitó dentro de sí a la materia, que se creó órganos mucho más fuertes capaces de realizar su pensamiento y dar plena satisfacción a su amor en la más viril extensión; es decir, que Iphis se convirtió en lo que es necesario para casarse con una mujer.

»Si no me faltase luego la palabra justa para calificar lo que voy a contaros, yo diría que esa aventura era un milagro. Pero reparad en esta otra:

»Un hombre, joven y muy principal, había merecido por las muestras de su amor que le correspondiese con el suyo una doncella muy hermosa, a la que los poetas han cantado con el nombre de Eco; pero como vos sabéis que las mujeres nunca se sienten bastante queridas ni a su gusto, Eco, que había oído hablar de las manzanas de Orestes, cogió muchas de ellas de distintos árboles, y como siempre, muy temerosa, pensaba que las de un árbol tuviesen menos fuerza amorosa que las del otro, quiso que Narciso probase las manzanas de los dos; mas apenas las hubo comido, la imagen de Eco se borró completamente de su memoria y todo su amor se volvió hacia el que había comido la otra manzana, es decir, fue su amante y su amada al mismo tiempo, porque el jugo de la manzana de Pílades abrazó dentro de sí a la manzana de Orestes. Este fruto gemelo, extendido por toda la masa de su sangre, excitó todas las partes de su cuerpo a acariciarse; su corazón, en donde se filtraba la doble virtud de los frutos, encendió en su interior todas las llamas; todos sus miembros, animados por su pasión, quisieron penetrarse unos a los otros, y hasta su

imagen, que encendida se volcaba en la frialdad de las fuentes, atraía su cuerpo para unirse con él; en una palabra, el pobre Narciso quedó locamente enamorado de sí mismo.

»No os aburriré contándoos su deplorable catástrofe; los antiguos han hablado ya bastante de esto; pero tengo que contaros todavía dos aventuras que os han de producir mayor contento.

»Seguramente, vos sabréis que la hermosa Salmacis frecuentaba mucho la amistad del pastor Hermafrodita; mas esta amistad no tenía otra causa que la de vivir cerca; pero la fortuna, que se complace en turbar la tranquilidad de las vidas más sosegadas, quiso que en una asamblea de juegos, para los cuales el premio de belleza y de carreras eran dos de estas manzanas, Hermafrodita tuviese la de la carrera y Salmacis la de la belleza. Tales manzanas, aunque habían sido cogidas muy juntas, pertenecían a dos ramas distintas, porque estos frutos amorosos se mezclaban con tanta estrechez que uno de Pílades estaba siempre con uno de Orestes, y por esto, como parecían gemelos, todos cortaban siempre una pareja. La hermosa Salmacis comió su manzana y el gentil Hermafrodita puso la suya en su zurrón. Salmacis, inspirada por los ardores de su manzana y de la del pastor, que ya comenzaba a entibiarse dentro de su zurrón, empezó a sentirse atraída hacia él por el flujo y reflujo amoroso de su propia manzana y de la del pastor.

»Los padres de éste, que advirtieron los amores de la ninfa, procuraron, porque creían que esta alianza había de ser muy ventajosa, entretener y acrecer esa pasión. Para ello, como oyesen alabar las manzanas gemelas como un fruto cuyo jugo inclinaba los espíritus al amor, ellos las exprimieron y procuraron hacer beber su más refinada quintaesencia a su hijo y a su amante. La energía de esta destilación, que habían purificado hasta el más alto grado, encendió en los corazones de estos dos amantes tan vehementes deseos de unirse, que de pronto Hermafrodita se adentró en Salmacis y Salmacis se fundió entre los brazos de Hermafrodita. Así penetraron el uno en el otro, y de dos personas de sexo distinto vinieron a formar un cuerpo que ya no era ni hombre ni mujer. Cuando Hermafrodita quiso abrazar a Salmacis sintió que él mismo era la ninfa, y cuando Salmacis quiso que Hermafrodita la abrazase sintió que su propio ser se había convertido en el del pastor. Este doble tan extraño guardaba, sin embargo, su unidad; engendraba y concebía sin ser hombre ni mujer, de modo que la Naturaleza, en estos dos amantes, nos hizo ver una maravilla que ha seguido siendo después la más sorprendente.

»¿No os parecen extraordinarias estas leyendas? Así lo son; pues ver a una hija ayuntarse con su padre, a una joven princesa gozar los amores de un toro, a un hombre aspirar al goce de una piedra, a otro maridarse consigo mismo y a otro llegar a casarse hombre cuando antes había sido mujer, y convertirse en gemelos fuera del vientre de la madre y gemelo de una persona que no es pariente suyo, está muy lejos del natural camino que las cosas siguen en la Naturaleza. Pero aun os sorprenderá más lo que ahora voy a contaros:

»Entre la suntuosa variedad de frutas que desde los más lejanos climas se habían llevado para el festín de las bodas de Cambises sirvieron una que consistía en un plátano injerto de manzana de Orestes; entre las otras delicadezas que componían el postre se sirvieron manzanas del mismo árbol.

»La ambrosía de los manjares invitó a comerlos en abundancia, y como la materia que componía este fruto se convirtiese después de tres cocciones en un germen perfecto, formóse en el vientre de la reina el embrión de su hijo Atajerjes, pues todas las particularidades de su vida han hecho creer a los médicos que debió engendrarse de tal modo.

»Cuando el corazón joven de este príncipe entró en la edad de merecer la cólera del amor nadie advirtió que suspirase por sus semejantes: tan sólo amaba a los árboles, a los pastores y a los bosques; pero por encima de todos los árboles, a los que parecía querer, suspiraba por el hermoso plátano que su padre Cambises había injertado antaño del manzano de Orestes. Tanto, que por él se consumía de amor.

»Su alma seguía con tal cuidado los progresos del plátano, que parecía crecer al mismo tiempo que las ramas de este árbol; iba todos los días a abrazarle; cuando soñaba tan sólo lo hacía con él y bajo el contorno de su verde follaje tenía todos sus pensamientos. Bien pronto se advirtió que el plátano, exaltado por un ardor recíproco, estaba emocionadísimo por sus caricias; y vino a dar prueba de ello el que de repente, y sin que esto obedeciese a ninguna razón aparente, viose que sus hojas temblaban y se estremecían como llenas de alegría y que sus ramas se curvaban redondamente sobre la cabeza del príncipe, como para hacerle una corona y acariciar su rostro; y todo esto, como era fácil de comprender, lo hacía tan sólo por besarle, no por inclinación natural de tender sus brazos hacia el suelo. Se advertía también cuán celosamente disponía sus hojas, apretándolas una contra otra para que los rayos del Sol no se tamizasen a través de ellas y besasen al príncipe como ellas le besaban. El príncipe, por su parte, ya no guardó ningún respeto que impusiese trabas a su amor: hizo que le llevasen su cama al pie del plátano, y éste, no sabiendo cómo agradecer tanta prueba de amistad, le daba el don más querido y más caro de los árboles; es decir, su miel y su rocío, que todas las mañanas destilaba sobre él.

»Estas caricias hubiesen durado más tiempo si la muerte, enemiga de todo placer, no las hubiese puesto término: Atajerjes murió de amor entre los abrazos de su querido plátano, y todos los persas, afligidos por

la muerte de tan buen príncipe, quisieron, para darle todavía alguna satisfacción después de la muerte, que su cuerpo fuese quemado con las ramas de este árbol, sin que su madera se mezclase con ninguna otra para encender el fuego que había de consumirle.

»Cuando ya estuvo la hoguera encendida viose cómo su llama se retorcía abrazando las llamas que del cuerpo brotaban y cómo las melenas ardientes del fuego, rizándose en confundidos bucles, se desvanecían formando una pirámide cuyo vértice se perdía de vista en los ámbitos del cielo.

»Este fuego puro y sutilísimo no se dividió, y cuando llegó al Sol, adonde, como vos sabéis, toda materia pura asciende, dio forma al germen del manzano de Orestes que aquí a vuestra diestra veis.

»Desde entonces la especie de estas manzanas se perdió en vuestro mundo; lo que sucedió de esta manera:

»Los padres y las madres, que, como vos sabéis, sólo se dejan guiar por el interés en el gobierno de sus familias, molestos de que sus hijos tan pronto como probaban estas manzanas prodigaban a sus amigos todo lo que poseían, quemaron cuantos árboles de Orestes pudieron encontrar. Por esto desde que se ha perdido esta especie arbórea ya no se encuentra en la Tierra ningún amigo verdadero.

»A medida que estos árboles fueron consumiéndose por el fuego, las lluvias que caían encima calcinaron sus cenizas de modo que su jugo, congelado, se petrificó del mismo modo que el helecho quemado se metamorfosea en vidrio. Con esto, en todas las regiones de la Tierra, de las cenizas de estos árboles gemelos produjéronse dos piedras metálicas que hoy se llaman hierro la una e imán la otra, y que a causa de la simpatía de los frutos de Pílades y Orestes, cuya virtud han conservado siempre, aspiran constantemente a abrazarse; y para convenceros observad que si el pedazo de imán es más grande atrae al hierro, y si éste posee mayor cantidad de materia atrae al imán, como sucedió antaño con las manzanas de Pílades y Orestes, pues el amante que comía mayor cantidad de éstas era más amado que el que había comido las de Pílades.

»Por lo demás, el hierro se nutre de imán y el imán se nutre de hierro, y esto es tan evidente que el imán pierde su fuerza, a menos de que se los acerque uno a otro para reparar mutuamente las pérdidas sufridas en su substancia.

»¿Nunca habéis reparado en un pedazo de imán apoyado sobre limaduras de hierro? Si lo observáis veréis que el imán en un abrir y cerrar de ojos se recubre con esos átomos metálicos; y el amoroso ardimiento con que se aprietan hacia él es tan súbito y tan impaciente, que tan pronto como totalmente le hayan abrazado veréis cómo parece que no hay ni un solo átomo de imán que no quiera besar a un átomo de hierro y ni un átomo de hierro que no quiera unirse con un átomo de imán; porque el hierro o el imán, cuando están separados, envían continuamente los más diminutos cuerpos movibles de su masa hacia la de otros cuerpos que ellos aman; pero una vez que han encontrado esos cuerpos, como ya no tienen nada que desear, cada uno termina su viaje y el imán invierte su reposo en poseer al hierro, como el hierro concentra toda la actividad de su ser en el goce del imán. Es, pues, de la savia de estos dos árboles de donde se ha destilado el humor que ha dado origen a estos dos metales. Antes de esto eran completamente desconocidos, y si queréis saber con qué materias se hacían las armas de guerra, escuchad: Sansón se armó con una mandíbula de asno para luchar contra los filisteos; Júpiter, rey de Creta, para vencer a sus enemigos, usaba los fuegos artificiales, con cuyos destellos imitaba al rayo; finalmente, Hércules venció a los tiranos y subyugó a los monstruos con una porra. Pero aún tienen estos dos metales una relación más directa con los dos árboles. Vos sabéis que aunque esta pareja de amantes sin vida se inclinan hacia el polo, nunca van hacia él sino en compañía uno de otro, y de ello os voy a dar razón luego que os hable un poco de los polos.

»Los polos son las bocas del Cielo y por ellas recibe éste la luz, el calor y las influencias que sobre la Tierra reparte; si no fuese así, es decir, si todos los tesoros del Sol no volviesen a su manantial, haría ya mucho tiempo (puesto que su claridad no es más que un polvo de átomos encendidos que de su globo se desprenden) que se habría apagado y no luciría, o bien esa abundancia de pequeños cuerpos ígneos que se amontonan sobre la Tierra al no salir de ella la habrían consumido. Por esto es necesario, como os digo, que haya en el Cielo unos agujeros por los cuales expulse la Tierra las sobras de su materia y otros por donde el Cielo pueda reparar sus pérdidas, a fin de que la eterna circulación de estos cuerpos generadores de vida penetren sucesivamente en todos los globos de este gran universo. Ahora bien; los agujeros del Cielo son los polos; por ellos se alimentan con las almas de todo lo que muere en los mundos que hay en él; y todos los astros son sus bocas y los poros por donde se exhalan de nuevo sus espíritus. Para demostraros que esto no es una fantasía muy nueva os diré que cuando vuestros poetas antiguos, a quienes la filosofía había descubierto los más escondidos secretos de la Naturaleza, hablaban de un héroe de cuya alma querían decir que había ido a habitar con los dioses, venían a expresarlo con estas palabras: Ha *subido al polo, está sentado sobre el polo, ha atravesado el polo*, porque sabían que los polos eran las únicas entradas por donde el Cielo recibía todo lo que ha salido de él. Si la autoridad de estos grandes hombres no os satisface plenamente, la experiencia de los contemporáneos vuestros que han viajado hacia

el Norte quizá os convenza. Éstos se han encontrado con que cuanto más se acercaban a la Osa durante los seis meses de noche en los cuales se ha creído que esa región estaba completamente a obscuras, una claridad mayor iluminaba el horizonte, y esa claridad seguramente procedía del polo, pues a medida que a él se acercaban y que, por consiguiente, se alejaban del Sol, esta luz se hacía mayor. Es pues muy probable que proceda de los rayos del día y de un gran montón de almas, que, como vos sabéis, están hechas de átomos luminosos que se vuelven al Cielo por sus acostumbradas puertas.

»Después de esto no es difícil comprender por qué el hierro atraído por el imán o éste atraído por el hierro se encaminan hacia el polo, pues siendo aquéllos parte del cuerpo de Pílades y de Orestes, y como ambas piedras han conservado siempre las inclinaciones de los dos árboles, como los árboles conservaron las de los dos amantes, deben aspirar a unirse con su alma. Por esto se elevan hacia el polo, adonde ellos creen que ha ascendido; pero habéis de saber que el hierro no se eleva hacia el polo si no está atraído por el imán ni el imán lo hace si no está atraído por el hierro, porque el hierro no quiere abandonar este mundo privado de la compañía de su amigo el imán ni el imán quiere hacerlo privado de su amigo el hierro, y no pueden resolverse a hacer este viaje el uno sin el otro».

Creo que esta voz pretendía todavía ensartar otro discurso; pero el ruido de una grande alarma que en este punto sobrevino no le consintió hacerlo. Todo el bosque resonaba con el rumor de estas palabras: «¡Cuidado con la peste!»

Yo conjuré al árbol cuya voz tanto tiempo había estado hablándome a que me dijese cuál era la causa de tan gran desorden.

«Amigo mío -respondióme él-, en este trozo del bosque aún no estamos bien informados de los detalles del mal que ese rumor nos anuncia; tan sólo os diré en tres palabras que esta peste que nos amenaza es lo que entre los hombres se llama incendio; y bien le podemos llamar así puesto que entre nosotros no hay enfermedad tan contagiosa. El remedio que nosotros pensamos utilizar es el contener nuestros alientos y luego soplar todos juntos hacia el lugar de donde viene el incendio, a fin de rechazar ese aire malo. Yo creo que quien nos ha traído esta fiebre ardiente es una bestia de fuego que ronda desde hace algunos días alrededor de estos bosques, pues como esas bestias nunca van a sitio alguno que no lleven consigo el fuego, porque no pueden pasar sin él, ésta seguramente habrá venido a prenderle en un árbol de nuestro bosque.

»Nosotros habíamos llamado a un animal de Hielo para que acudiese en socorro nuestro; pero todavía no ha llegado. Y ahora, amigo, quedad con Dios, que ya no tengo tiempo para seguir hablando; es necesario pensar en la salvación común, y vos creo que también debéis hacer lo mismo y emprender la fuga; si no, temo que corráis el peligro de perecer con nuestra ruina».

Yo seguí su consejo, pero sin darme mucha prisa, porque conocía mis piernas; sin embargo, conocía tan poco la geografía del país que al cabo de dieciocho horas de andar me encontré otra vez detrás de la selva de la que quería huir; y aquí, para aumentar mi miedo, cien espantosos truenos hicieron estremecer mi cerebro, mientras que la funesta y pálida claridad de mil relámpagos venía a cegarme las pupilas.

Los truenos se oían cada vez con más redoblada furia; ya parecía que los cimientos del mundo iban a derrumbarse. A pesar de todo esto el cielo no podía estar más sereno. Como yo no hallase en mi razón términos para explicarme la de estos truenos, el deseo de conocer la causa de un suceso tan extraordinario me invitó a encaminarme hacia el lugar de donde su ruido venía.

Casi anduve el espacio de cuatrocientos estadios, al fin de los cuales vi en medio de una gran campiña algo así como dos olas que al cabo de rodar una tras otra muy ruidosamente se acercaban y luego se rechazaban. Y observé que cuando el choque se producía sonaban los enormes truenos que yo oía; pero así que fui acercándome más vi que lo que me parecían olas eran dos animales, uno de los cuales, aunque redondo por bajo, formaba un triángulo por su mitad; tenía la cabeza muy levantada, y su roja cabellera flotante se erguía como una pirámide; su cuerpo estaba horadado corno una criba, y a través de estos agujerillos, que le servían de poros, se veían surtir pequeñas llamas que parecían cubrirlo con un plumaje de fuego.

Paseándome por el alrededor encontré a un anciano muy venerable que contemplaba este famoso combate con tanta curiosidad como yo lo hacía. Me indicó que me acercase, yo le obedecí y nos sentamos uno al lado del otro.

Yo tenía el propósito de preguntarle cómo había llegado hasta aquí; pero él cerró mi boca con estas palabras: «¡Ea!, vais a saber el motivo que me ha conducido hasta aquí». Y al punto me contó muy prolijamente las particularidades de su viaje. Dejo a vosotros el imaginar lo muy suspenso que yo quedaría. Para acrecer más mi sorpresa, cuando ya estaba yo dispuesto a preguntarle qué demonio le revelaba mis pensamientos: «No, no -me dijo-; no es un demonio el que me revela vuestros pensamientos». Este nuevo rasgo de adivino me hizo observar al anciano con más atención que antes, y reparé entonces que en todo imitaba mi porte, mis gestos, mi aspecto, de modo que disponía todos sus miembros y adoptaba todos los gestos de su rostro amoldándolos a los míos, y ello con tanta exactitud

que mi sombra en relieve no se me hubiera parecido más. «Veo -continuó él- que estáis impaciente por saber por qué yo imito todo vuestro ser y voy a daros la explicación. Sabed, pues, que para mejor conocer vuestro interior yo dispongo todas las partes de mi cuerpo con un orden parecido al vuestro; pues estando en todas mis partes constituido como vos, yo excito en mí, merced a esta disposición de la materia, los mismos pensamientos que produce en vos esta misma disposición material.

»No juzgaréis esto imposible si alguna vez habéis observado que los gemelos que se parecen tienen ordinariamente el espíritu, las pasiones y la voluntad muy semejantes; y esto es tan cierto que en París ha habido dos gemelos que siempre han tenido las mismas enfermedades y la misma salud. Se han casado, sin conocer sus propósitos, el mismo día y a la misma hora; se han escrito recíprocamente cartas cuyas palabras, espíritu y construcción eran idénticos, y, finalmente, han compuesto sobre el mismo asunto un idéntico verso con los mismos puntos, el mismo giro y el mismo ritmo. Pues bien; ¿no comprendéis cuán imposible era que teniendo la constitución de su cuerpo tan semejante en todas sus circunstancias no obrasen de una manera igual, lo mismo que dos instrumentos iguales y tocados del mismo modo producen una armonía idéntica? Pues por la misma razón, conformando mi cuerpo de modo completamente igual al vuestro, hasta convertirme, por decirlo así, en vuestro gemelo, es imposible que un mismo movimiento de la materia no nos cause a los dos el mismo movimiento del espíritu».

Después de esto prosiguió imitándome y continuó hablando de esta manera: «Vos estáis muy intrigado por la causa del combate de estos dos monstruos, pero yo voy a revelárosla. Sabed que los árboles de la selva que nosotros tenemos a nuestras espaldas, como no pudiesen rechazar con su soplo los violentos ataques de la Bestia de Fuego, han pedido socorro a los animales de Hielo».

«Yo no he oído todavía hablar de estos animales -le advertí- mas que a una encina de esta región, y ello muy de prisa, pues no pensaba más que en su salvación. Por ello os pido que me habléis de esto».

He aquí cómo me habló: «En este globo en que nosotros estamos se verían los bosques muy despoblados, a causa del gran número de bestias de Fuego que los devastan, si los animales de Hielo no acudiesen siempre, complaciendo el ruego de las selvas, sus amigas, a curar los árboles enfermos; y digo curar, porque apenas con su boca helada soplan ellos sobre los carbones de esta peste, los apagan.

»En el mundo de la Tierra, al que pertenecemos los dos, la Bestia de Fuego se llama Salamandra, y el animal de Hielo es conocido con el nombre de Rémora. Seguramente vos sabréis que las rémoras viven cerca de la extremidad del Polo, en lo más hondo del mar Glacial, y es precisamente el frío de estos animales el que, evaporándose a través de sus escamas, hace helar en estas regiones el agua del mar, aunque sea salada. La mayor parte de los pilotos que han viajado para descubrir Groenlandia han experimentado que en cierta estación ya no se encontraban los hielos que otras veces los habían detenido; pero aunque este mar estuviese libre en el tiempo más áspero del invierno, no han dejado de atribuir la causa a algún calor secreto que había fundido el hielo. Pero mucho más verosímil que esta razón es el que las rémoras, que sólo se alimentaban de hielo, lo hubiesen absorbido. Por lo demás, no debéis vos ignorar que, algún tiempo después de haberlo comido, la horrible digestión de ese frío les deja el estómago tan helado que luego con sólo el aliento de su respiración hielan de nuevo todo el mar del Polo. Cuando las rémoras salen a la tierra (pues lo mismo viven en este elemento que en el otro) no se alimentan más que de cicuta, de opio, de acónito y de mandrágora.

»En nuestro mundo se extrañan de esto e ignoran de dónde puedan proceder esos fríos vientos del Norte que producen siempre las heladas; pero si nuestros compatriotas supiesen, como lo sabemos nosotros, que las rémoras viven en ese clima, conocerían como nosotros que proviene del aliento con que estos animales pretenden rechazar el calor del Sol cuando hacia ellos se aproxima.

»Esta agua estígida, con la cual envenenaron al gran Alejandro y cuya frialdad petrificó sus entrañas, era los meados de uno de estos animales. Finalmente, la rémora contiene tan esencialmente todos los principios del frío, que cuando un buque pasa por encima de ella encuéntrase aquejado por su frío, hasta tal punto, que permanece impedido y no puede moverse de su sitio. Por esto la mitad de los navegantes que han zarpado hacia el Norte para descubrir el Polo no han regresado, pues es un milagro que las rémoras, tan abundantes en ese mar, no detengan sus buques. He aquí lo que puedo deciros de los animales de Hielo.

»En cuanto a las Bestias de Fuego os diré que viven en la Tierra bajo unas montañas de lava encendida, como el Etna, el Vesubio y el Cabo Rojo. Estos botones que vos veis en la garganta de éste, y que proceden de la lumbre de su hígado, son...»

Cuando él hubo dicho estas razones nos quedamos los dos sin hablar para prestar atención al famoso duelo de la Salamandra y la Rémora.

Aquélla atacaba con mucho ardimiento, pero ésta resistía sus ataques impenetrablemente. Cada choque que entre ellas se producía engendraba un gran trueno, como sucede en los mundos que hay alrededor de éste, en los cuales cuando una nube cálida se encuentra con una fría produce el mismo ruido.

A cada mirada de cólera que dirigía contra su enemigo, brotaba de los ojos de la Salamandra una luz roja, con la cual el aire parecía encenderse; al volar sudaba una especie de aceite hirviente y meaba salfumán.
La Rémora por su parte, gruesa, pesada y cuadrada, mostraba un cuerpo lleno de escamas de hielo. Sus grandes ojos parecían dos platos de cristal, cuyas miradas producían una luz tan fría que yo sentía palpitar el invierno en todas las partes de mi cuerpo donde ella los posaba. Si quería protegerme con mi mano, era ésta la que quedaba helada; hasta el aire alrededor de esta bestia se convertía en espesa nieve cuando sufría su rigor; la tierra se endurecía bajo sus pasos y podían contarse las huellas de la bestia por la cantidad de escalofríos que yo sentía cuando andaba por encima de ellas.
Al empezar el combate, la Salamandra, merced a la vigorosa impetuosidad de su primer ardor, había hecho sudar a la Rémora; pero a la larga, y como este sudor se enfriase, ésta esmaltó toda la llanura con una escarcha tan resbaladiza que la Salamandra ya no podía alcanzarla sin caerse. El filósofo y yo pudimos observar claramente que con tantas veces de caerse y levantarse se había cansado, pues los grandes truenos que antes eran tan espantosos, producidos por el choque con que acometía a su enemigo, ya no eran más que ese sordo ruido de los pequeños truenos que suceden al final de una tempestad; hasta que este ruido sordo, disminuyendo poco a poco, degeneró en un estremecimiento parecido al que produce un hierro rojo sumergido en agua fría.
Cuando la Rémora advirtió por el debilitamiento del choque, que ya apenas la dañaba, que el combate se acercaba a su fin, se irguió sobre un ángulo de su cubo y dejóse caer con todo su peso sobre el estómago de la Salamandra, con tan buena fortuna que el corazón de la pobre Salamandra, en el que todo el resto de su ardor se había concentrado, se reventó, produciendo un trueno tan espantoso que no creo que pueda compararse con ningún ruido de la Naturaleza.
Así murió la Bestia de Fuego, vencida por la lenta resistencia del animal de Hielo.
Poco tiempo después de que la Rémora se retirase nosotros nos acercarnos al campo de batalla, y el anciano, mojándose las manos con la tierra sobre la que había andado la Rémora para que le sirviese de preservativo para las quemaduras, empuñó el cadáver de la Salamandra. «Con el cuerpo de este animal -me dijo- no tengo que encender el fuego en mi cocina, pues mientras lo tenga colgado en los llares hará hervir y asar todo lo que tenga puesto en el hogar. En cuanto a los ojos, pienso guardarlos cuidadosamente; si no estuviesen obscurecidos por las sombras de la muerte vos creeríais que eran dos pequeños soles. Los ancianos de nuestro mundo sabían hacerlos aprovechar muy bien; con ellos hacían lo que llamaban lámparas ardientes, las cuales lámparas no eran colgadas más que en las sepulturas suntuosas de las personas ilustres. Los modernos han encontrado algunas al excavar esos famosos sepulcros; pero su ignorante curiosidad los ha reventado, pensando encontrar detrás de las membranas rotas el fuego que ellos veían relucir dentro».
El anciano seguía andando siempre y yo le iba siguiendo, atento a las maravillas que me describía. Así, a propósito del combate que acabábamos de presenciar, no he de olvidar yo las razones que pasamos hablando del animal de Hielo.
«Yo no creo que vos hayáis visto nunca ninguna rémora, pues estos pescados no se suelen elevar hasta la superficie del agua y además no suelen salir del Océano Septentrional; pero sin duda habréis visto algunos animales que hasta cierto punto puede decirse que son de su especie. Ya os he dicho hace poco que este mar que se dirige hacia el Polo está lleno de rémoras, que desovan en el cieno como los otros peces; os añadiré ahora que su semilla, extraída de su masa, contiene tan esencialmente toda su frialdad, que si un navío pasa por encima se le adhieren uno o varios huevecillos que se convierten en pájaros y cuya sangre privada de calor hace que se los considere como peces, aunque posean alas. Esto es tan verdad, que el Papa, conocedor del origen de estos animales, no prohíbe que se coman en Cuaresma. Estos pájaros son los que vosotros llamáis *negretas*».
Yo seguía andando siempre, sin más propósito que el de acompañarle, y tan alegre por haber encontrado un hombre, que con el miedo de perderle no osaba quitarle los ojos de encima: «Joven mortal -me dijo entonces él- (pues veo claramente que aún no habéis satisfecho como yo el tributo que todos debemos a la Naturaleza), tan pronto como os he visto he observado en vuestro rostro ese no sé qué que provoca el deseo de conocer a las gentes. Si yo no me equivoco, por los rasgos de vuestro cuerpo aseguraría que sois francés, y por añadidura nacido en París. En esta ciudad, después de haber paseado mis desgracias por toda Europa, llegué yo a darles término.
»Yo me llamo Campanella y soy calabrés de nacimiento. Desde que he venido al Sol he empleado mi tiempo visitando las regiones de este gran globo para descubrir sus maravillas: está dividido en reinos, repúblicas, estados y principados, como la Tierra. Así, los cuadrúpedos, los volátiles, etc., tienen cada uno su reino; y aunque algunos de éstos no permitan que con ellos se mezclen animales de especies extrañas, y menos los hombres, a quienes principalmente los pájaros odian de muerte, yo puedo viajar por todas partes sin correr ningún riesgo, porque el alma de un filósofo está hecha de elementos mucho más agudos que los instrumentos que pudieran utilizarse para atormentarle. Me encontré muy dichosamente en la

provincia de los árboles cuando los desórdenes de la Salamandra comenzaron; los grandes truenos que vos debéis de haber oído lo mismo que los oí yo me condujeron al campo de su batalla, al que vos llegasteis poco tiempo después. Por lo demás, ahora regreso a la provincia de los filósofos...» «¡Cómo! -le repliqué yo-. ¿También hay filósofos en el Sol?» «¡Que si hay! -replicó Campanella-. ¡Pues claro! Y son además los principales habitantes del Sol: los que tanta fama tienen en vuestro mundo, cuyos habitantes se deshacen en alabanzas para ellos. Pronto podréis conversar con estos filósofos si tenéis el valor de seguirme, pues antes de tres días espero yo llegar a su ciudad. No creo que vos podáis concebir de qué modo estos filósofos hayan llegado hasta aquí». «Francamente, no. ¿Pues tantas otras personas tendrían hasta ahora los ojos cerrados para no haber encontrado el camino? ¿O es que después de la muerte caemos en manos de un examinador de los espíritus, el cual, según nuestra capacidad, nos confía o nos niega el derecho de ciudadanía en el Sol?»

«Nada de esto -replicó el anciano-; aquí vienen las almas a unirse con esta masa de luz en virtud de un principio de semejanza; pues este mundo no está formado más que de los espíritus de todo lo que muere en los orbes del alrededor; es decir, en Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter y Saturno.

»Así, cuando una planta, una bestia, un hombre mueren, sus almas ascienden sin apagarse hasta la esfera del Sol del mismo modo que, como vos habréis visto, asciende la llama de una candela y vuela agudamente, a pesar del sebo que la contiene y retiene. Luego, cuando todas estas almas se unen en el manantial de la luz y se limpian de la materia grasa que las empecia, ejercen funciones mucho más nobles que las de crecer, sentir y razonar, pues son destinadas a construir la sangre y los espíritus vitales del Sol, ese grande y perfecto animal. Y por esto debéis tener vos la seguridad de que el Sol posee un espíritu mucho más perfecto que el vuestro, pues con el calor de un millón de almas purificadas, de las cuales la suya es un elixir, conoce el secreto de la vida, infunde en la materia de vuestros mundos la potencia de engendrar, hace a los cuerpos capaces de sentirse ser, y, finalmente, se hace ver y a la vez hace ver todas las cosas.

»He de explicaros todavía por qué las almas de los filósofos no se unen tan esencialmente con la masa del Sol como las de los demás hombres.

»Hay tres clases de espíritus en todos los planetas; es decir, en todos los mundos pequeños que giran alrededor de éste.

»Los más burdos tan sólo sirven para reparar la substancia del Sol. Los sutiles ocupan el lugar de sus rayos; pero los de los filósofos, como nada impuro tenían en sí al emprender su viaje, llegan intactos a la esfera del Sol para convertirse en habitantes suyos. Por esto no se convierten, como los otros, en una parte integrante de su masa, porque la materia de que se componen, al engendrarse, se mezcló tan proporcionadamente y con tal exactitud que nada puede ya alterarla; del mismo modo que ocurre con la materia que compone el oro, los diamantes y los astros, pues toda su materia con tan estrecha unión está mezclada que no podría desunirla ni el más fuerte disolvente.

»Por tanto, estas almas de filósofos están tan separadas de las otras almas -como el oro, los astros y los diamantes están separados de los demás cuerpos- que el Epicuro que hay ahora en el Sol es el mismo Epicuro que antaño vivía en la Tierra».

El placer que me producía escuchar a este gran hombre iba acortando mi camino; frecuentemente y muy de propósito yo aludía a problemas sabios y curiosos acerca de los cuales requería su pensamiento para que él me instruyese. Y os aseguro que jamás vi tan gran bondad como la suya; porque aunque él solo pudiese, merced a la agilidad de su substancia, llegar en muy pocas jornadas al reino de los filósofos, prefirió irse aburriendo largo tiempo conmigo que abandonarme por estas vastas soledades.

Y, sin embargo, tenía mucha prisa; pues recuerdo que como yo le preguntase por qué él volvía a ese reino antes de examinar todas las regiones de este gran mundo, contestóme que la impaciencia por ver a uno de sus amigos que recientemente había llegado le obligaba a acortar su viaje. Por lo que luego me fue diciendo comprendí que este amigo era el famoso filósofo de nuestro tiempo llamado Descartes y que todas sus prisas eran debidas al deseo de reunirse con él.

Como yo le preguntase acerca de la estima que tenía por la *Física* de este filósofo, él me contestó que era un libro que había de leerse con el mismo respeto con que deben escucharse los oráculos. «No es -añadió él- que la ciencia de las cosas naturales no precise, como las otras ciencias, el preocupar nuestro juicio con axiomas que no prueba; pero los principios de su física son tan simples y naturales que una vez supuestos no se encontrarían otros que mejor satisficieren necesariamente a todas las apariencias».

Al llegar a este punto yo no pude evitar el interrumpirle: «Pero a mí me parece -le dije- que este filósofo siempre ha impugnado el sistema del vacío, y, sin embargo, aunque fuese epicúreo, a fin de tener el honor de dar un principio a los principios de Epicuro, es decir a los átomos, ha establecido como génesis de las cosas un caos de materias completamente sólidas que Dios dividió en un número incontable de pequeños cuadrados, dando a cada uno movimientos opuestos. Ahora bien; él quiere que esos cubos, rozándose uno con el otro se hayan molido en parcelas que adoptaron toda clase de figuras. ¿Pero cómo puede concebir

que esas piezas cuadradas hayan comenzado a girar separadamente, sin confesar que se ha hecho el vacío entre sus ángulos? ¿No existía también el vacío, necesariamente, en los espacios que los ángulos de esos cuadrados estaban obligados a abandonar para poderse mover? Y luego, ¿esos cuadrados, que no ocupaban más que una cierta extensión antes de girar, pueden haberse movido en círculo sin que hayan ocupado en sus circunferencias por lo menos otro tanto? La geometría nos enseña que esto es imposible; por tanto, la mitad de ese espacio necesariamente ha tenido que permanecer vacío, puesto que no había todavía átomos para llenarlo». Mi filósofo me contestó que el señor Descartes nos explicaría esto mismo, y que como era tan bien nacido y cortés como buen filósofo, se quedaría muy contento al encontrar en este mundo un hombre mortal para esclarecerle las dudas que al sorprenderle a él la muerte se había visto obligado a dejar en la tierra que acababa de abandonar; que no creía que tuviese mucha dificultad para contestarme siguiendo sus principios, que yo no había examinado sino hasta el punto en que la debilidad de mi espíritu me permitía hacerlo, «porque -me decía él- las obras de este grande hombre son tan hondas y sutiles que para entenderlas es necesario tener la atención de un verdadero y consumado filósofo. Lo cual hace que todos los filósofos del Sol tengan una gran veneración por él, hasta el punto que todos quieren otorgarle la más alta jerarquía si su modestia no la rechaza.

»Para distraer el esfuerzo de nuestro largo camino y el cansancio que éste pueda producirnos iremos discutiendo sus principios, que ciertamente son tan claros y parecen satisfacer tan cumplidamente a la inteligencia con la admirable claridad de este genio, que podría decirse que él ha contribuido a la hermosa y magnífica estructura de este Universo.

»Vos debéis recordar que él afirma que nuestro entendimiento es finito. Por tanto, como la materia, por el contrario, es divisible hasta lo infinito, no cabe duda que será una de las cosas que nuestra inteligencia no puede concebir ni imaginar y que está muy por encima de sus fuerzas el poder dar razón de lo que sea. «Pero aunque esto -añade él- no puedan concebirlo nuestros sentidos, no dejamos por ello de comprender que el conocimiento de esta impotencia lo tenemos porque conocemos la condición de la materia; por tanto, no debemos -según él dice- vacilar al determinar nuestro juicio sobre las cosas que nosotros concebimos». Y así es en efecto; ¿pues podemos nosotros imaginar de qué modo el alma obra sobre el cuerpo? Sin embargo, no puede negarse esa verdad ni ponerla en duda, pues mucho más absurdo es atribuir al vacío determinado espacio, puesto que el espacio es una propiedad que pertenece a los cuerpos con extensión, pues con ellos confundiríamos la idea de nada con la idea de ser y se le atribuirían al vacío cualidades que no posee, puesto que él no puede producir nada ni ser autor de ninguna cosa. Pero, pobre mortal -me dijo-, veo que estas especulaciones te cansan porque, como dice este excelente hombre, tú nunca te has tomado el trabajo de depurar tu espíritu separándolo de la masa de tu cuerpo y lo has hecho tan perezoso que no quiere ya desempeñar ninguna función sin la ayuda de los sentidos».

Ya iba yo a replicarle, cuando él me interrumpió tirándome del brazo para mostrarme un vallezuelo de maravillosa belleza. «¿Veis -me dijo- esa hondonada de tierra a la cual vamos a descender? Parece que la cúspide de los altozanos que la forman se haya coronado a propósito de verdura para regalar con la frescura de sus sombras a los peregrinos que aquí buscan reposo. Es precisamente al lado de uno de esos altozanos donde nace el lago del Sueño. Sólo lo alimentan las linfas de las Cinco Fuentes.

»Por lo demás, si no se mezclase con los tres ríos y con su caudal no aumentase el de sus aguas, no podría dormir ningún animal de nuestro mundo».

No podéis imaginaros el impaciente deseo que tenía de preguntarle por estos tres ríos de los cuales yo todavía no había oído hablar; pero me quedé muy contento cuando él me prometió que todo lo iría viendo. Muy poco después de esto llegamos al valle, y casi al mismo tiempo a la pradera que bordea la orilla del lago.

«Verdaderamente -me dijo mi anciano- es muy grande vuestra dicha, pues antes de morir podéis ver todas las maravillas de este mundo. Es un bien para los habitantes de la Tierra el haber enviado a un hombre al Sol, pues él podrá contarles luego las maravillas de este astro, ya que sin vos corrían aquéllos el peligro de permanecer en una grosera ignorancia y gustar mil felicidades y dulzuras sin conocer su origen. Porque realmente no podéis imaginar los favores que el Sol hace y dispensa a todos vuestros pequeños globos. Sólo este vallezuelo reparte tan gran número de bienes por todo el Universo que sin ellos no podríais vivir ni ver la luz del día. Me parece que aunque sólo hubieseis visto esta región del Sol era ya suficiente para sentiros obligado a declarar que este astro es vuestro padre y el autor de todas las cosas.

»Como estos cinco ríos vienen a desembocar dentro del lago, no corren más qué quince o dieciséis horas, y a pesar de ello, al llegar aquí parecen tan cansados que ya apenas pueden moverse, y demuestran su cansancio de muy distinta manera. Así, el río de la Vista se estrecha a medida que se acerca al estanque del Sueño; el del Oído, en su desembocadura se confunde, se desvía y pierde su cauce; el del Olfato canta con un murmullo semejante al que produce un hombre cuando ronca; el del Gusto, desazonado por el camino, se hace completamente insípido; y el del Tacto, antes tan poderoso que nutría a todos sus compañeros, ahora se reduce a esconderse en su morada. Por su parte, la ninfa de la Paz, que vive en

medio del Lago, recibe a sus huéspedes con los brazos abiertos, los acuesta en su cama y los arrulla con tanta delicadeza que, para que se duerman, ella misma se encarga cuidadosamente de mecerlos. Después que se han confundido de esta manera con tan dilatado lago, se ve que por la otra orilla de éste salen, dividiéndose en cinco riachuelos que al salir vuelven a recibir los mismos nombres que habían dejado al entrar. Pero los más rápidos en partir y los que parecen arrastrar a sus compañeros para ponerse en camino son el del Oído y el del Tacto; los otros esperan a que éstos los despierten, y especialmente lo hace así el del Gusto, que siempre se queda detrás de todos.

»La negra concavidad de una gruta se aboveda por encima del lago del Sueño. Muchas tortugas, con pasos muy lentos, se pasean por sus orillas; muchas flores de adormidera comunican al agua, con mirarse en ella, la virtud de adormecer; hasta se ven muchas marmotas, que llegan desde más de cincuenta leguas hasta el lago, para beber en él; y el rizadillo de la ola es tan encantador que parece que roce con cuidado las piedras y mesuradamente intente componer una música adormecedora».

El sabio Campanella creyó sin duda que iban a alcanzarme los efectos de estas aguas, por lo cual me aconsejó que apresurase el paso. Yo le hubiese obedecido; pero los encantos del agua me habían envuelto de tal modo la razón que casi no me quedó la suficiente para entender sus últimas palabras, que fueron:«Dormid, pues, dormid; os dejo, porque los sueños que se tienen aquí son tan perfectos que algún día estaréis muy contento de poder recordar el que ahora vais a tener. Yo, sin embargo, pienso distraerme visitando algunas maravillas de este lugar, y luego volveré a buscaros». Creo que no me dijo nada más; o si no fue así, los vapores del sueño me habían ya puesto en trance de no poderle escuchar.

Estaba yo soñando el más sabio y bien ordenado sueño del mundo, cuando vino mi filósofo a despertarme. Ya os contaré yo lo que soñé, cuando mi relato no interrumpa el hilo de mi discurso, pues es muy interesante que lo sepáis para que conozcáis con cuánta libertad obra el espíritu de los habitantes del Sol mientras el sueño cautiva sus sentidos. Por mi parte creo que de este lago se evapora un aire que tiene la propiedad de depurar enteramente al espíritu del embarazo de los sentidos, pues nada se presenta ante éstos que no parezca perfeccionarlos e instruirlos; por ello tengo el mayor respeto del mundo por esos filósofos que llaman soñadores, y de los cuales se burlan nuestros ignorantes.

Abrí yo los ojos como sobresaltado y me pareció oír que Campanella me decía: «Mortal, basta ya de dormir; levantaos si queréis ver una maravilla que no se concebiría nunca en vuestro mundo. Desde hace aproximadamente una hora, en que os abandoné para no turbar vuestro reposo, me he paseado constantemente alrededor de las cinco fuentes que brotan del estanque del Sueño. Podéis juzgar con cuánta atención las he considerado; llevan por nombre el de los cinco sentidos, y en su curso se deslizan muy cerca la una de la otra. La fuente de la Vista parece un tubo encendido lleno de diamantes en polvo y de pequeños espejos que roban y restituyen las imágenes de todo lo que en ellos se refleja; esta fuente rodea con su curso el reino de los Linces. La del Oído tiene el aspecto de dos fuentes; su curso gira ovillándose como un laberinto, y en lo más hondo de las concavidades de su cauce suena un eco de todo el ruido que en su alrededor se produce. No creo equivocarme al afirmar que eran zorros unos animales que he visto en su orilla curándose los oídos con su linfa. La del Olfato parece que, como las precedentes, se divide en dos pequeños canales escondidos bajo un solo cauce; de todo lo que en su curso encuentra extrae no sé qué elementos invisibles, con los que compone mil diferentes olores que le sirven como de agua; al borde de este manantial se ven muchos perros que agudizan su nariz. La del Gusto discurre por saltos que no suelen ocurrir más que tres o cuatro veces al día; además es necesario que se levante una gran compuerta de coral, y por bajo de ésta otras muchas muy pequeñas que son de marfil; el agua de esta fuente se parece mucho a la saliva. En cuanto a la quinta, es decir, la del Tacto, es tan dilatada y profunda que rodea a todas sus hermanas hasta tenderse completamente en su lecho; su humor excesivo se derrama a lo largo sobre muy verdes macizos de plantas sensitivas.

»Estaba yo admirando lleno de veneración los misteriosos giros de todas estas fuentes, cuando a fuerza de andar me encontré en la desembocadura donde ellas se vierten en los tres ríos; pero seguidme, y viéndolas comprenderéis mucho mejor todas estas cosas». Una promesa tan insospechada para mí acabó por despertarme; Campanella me cogió del brazo y nos fuimos por el mismo camino que él había seguido a lo largo de las orillas que estrechaban a los cinco ríos, obligándolos a todos a discurrir por sendos cauces.

Cuando aproximadamente habíamos andado un estadio, algo tan brillante como un lago se apareció a nuestros ojos. El sabio Campanella, tan pronto como lo vio, me dijo: «Por fin, hijo mío, hemos llegado a puerto. Ya veo distintamente los tres ríos».

Al oír esta noticia me sentí transportado por tan desasosegada inquietud que pensé que me había convertido en águila, pues más bien volaba que corría; y andaba tan aprisa y con una curiosidad tan ávida, que en menos de una hora mi guía y yo vimos lo que vais a oír.

Tres grandes ríos riegan las campiñas brillantes de este mundo abrasado. El primero y el mayor se llama Memoria; el segundo, más estrecho y más hondo, Imaginación; el tercero, más pequeño que los otros, se llama Juicio.

Sobre las orillas de la Memoria se oye día y noche un importuno canto de arrendajos, de papagayos, de urracas, de estorninos, de pardillos, de pinzones y de todas las especies que canturrean lo que aprenden. Por la noche no dicen nada, pues entonces están ocupados en beber el vapor espeso que exhalan estos lugares acuáticos. Pero su estómago cacoquímico lo digiere tan mal que por la mañana, cuando ellos creen haberlo asimilado como una substancia propia, lo dejan caer por el pico, tan puro como estaba en el río. El agua de este río parece viscosa y discurre con mucho ruido; los ecos que en sus cavernas se forman repiten la misma palabra más de mil veces, y en su cauce se engendran ciertos monstruos cuyo rostro se parece al de la mujer. Otros tienen un continente más furioso, y su cabeza es cornuda y cuadrada, de modo que semeja mucho a la de nuestros pedantes. No hacen más que chillar y, sin embargo, no dicen más que lo que se han oído decir unos a otros.

El río de la Imaginación discurre más suavemente; su linfa, ligera y brillante, por todas partes resplandece. Cuando se la contempla parece que esta agua, hecha con un torrente de húmedas chispas, no obedece al discurrir a ningún orden preciso. Después que la hube considerado más atentamente, advertí que el humor que ella arrastraba en su cauce era puro oro potable y su espuma aceite de talco. Los peces que en este río viven son rémoras, sirenas y salamandras. En él, en vez de grava hay esas piedrecillas de que habla Plinio, las cuales nos hacen pesados si las tocamos por el revés y ligeros cuando las cogemos por el derecho. También vi otras piedras, como las del anillo de Giges, que nos convierten en invisibles; pero las piedras que más abundan en sus arenas son las filosofales. Había sobre las riberas muchos árboles frutales, principalmente de los que Mahomed encontró en el Paraíso. En sus ramas hormigueaban los fénix y también vi algunos arbolillos silvestres de ese frutal cuyas manzanas cogió la Discordia para tirarlas a los pies de las tres Diosas; habían brotado allí de algunos gérmenes del país de las Hespérides. Estos dos ríos se dividen en infinitos brazos que entre sí se enlazan. Yo observé que cuando un gran riachuelo de la Memoria se acercaba a uno más pequeño de la Imaginación, en seguida absorbía a éste; pero que si en cambio el riachuelo de la Imaginación era mayor, atraía al de la Memoria. Ahora bien; como estos ríos, lo mismo sus cauces que sus afluentes, siempre se deslizan el uno al lado del otro, allí donde la Memoria se fortalece la Imaginación se debilita, y ésta aumenta su caudal a medida que el de aquélla enflaquece.

Muy cercano de estos ríos discurre el del Juicio: su cauce es profundo y su linfa fría; cuando se derrama sobre alguna cosa la seca en lugar de mojarla. Crecen entre la tierra de su lecho plantas de eléboro, cuya raíz, que en largos filamentos se extiende, limpia el agua con su boca. Este río nutre muchas serpientes, y sobre la hierba blanda que tapiza sus orillas descansan tendidos un millón de elefantes. El río, como sus hermanos, se ramifica en un sinnúmero de pequeños afluentes; mas así que va discurriendo, su cauce aumenta el caudal, y aunque siempre avanzando en su camino, eternamente va y viene sobre sí mismo.

Todo el Sol está regado por la linfa de estos tres ríos; sirve para humedecer los átomos ardientes de los que mueren en este gran mundo; mas eso merece que con más detención lo tratemos.

La vida de los animales del Sol es muy larga, pues no mueren sino de muerte natural, y ésta tan sólo acaece al término de siete mil u ocho mil años, cuando los continuos excesos de su espíritu, a los cuales su temperamento de fuego los inclina, destruyen el orden de la materia, quemándola. Pues tan pronto como dentro de un cuerpo la Naturaleza siente que necesitaría más tiempo para reparar las ruinas de su ser que para crear otro nuevo, aspira a disolverse, y hasta tal punto lo consigue, que de día en día se ve, no ya podrirse, pero si caerse el animal en partículas semejantes a rojas cenizas.

La muerte no sucede más que de esa manera. De modo que una vez que han expirado, o, mejor dicho, que se han extinguido, los pequeños cuerpos innatos que componían su substancia entran en la gran materia de este mundo iluminándola hasta que la casualidad venga a regarlos con la ninfa de los tres ríos; entonces, movilizados por la fluidez que ésta posee, para ejercer rápidamente las facultades que esa agua les acaba de imprimir en su obscuro conocimiento se unen en largos hilillos, y por un flujo de puntos luminosos se agudizan en rayos y se derraman por las esferas de alrededor, donde tan pronto como llegan ordenan por sí mismos la materia, imprimiendo en ella, como mejor pueden, la forma más conveniente para ejercer todas las funciones cuyo instinto ellos han contraído en el agua de los tres ríos, de las cinco fuentes y del estanque. Por esto se dejan atraer por las plantas para vegetar; las plantas se dejan pacer por los animales para sentir, y los animales, a su vez, se dejan comer por los hombres a fin de que participando de la substancia de éstos vengan a reparar esas tres facultades de memoria, imaginación y juicio, cuya potencia les hicieron presentir los ríos del Sol.

Ahora bien; según que los átomos se hayan bañado más o menos en la linfa de estos tres ríos, aportan a los animales más o menos memoria o imaginación o juicio, y según que en los ríos hayan absorbido más o menos líquido de las cinco fuentes y del pequeño lago les elaboran sentidos más o menos perfectos o producen almas más o menos soñolientas.

He aquí lo que observamos respecto a la naturaleza de estos tres ríos. Hay aquí y acullá pequeños afluentes suyos; pero los principales cauces van derechamente a desembocar a la Provincia de los

Filósofos. Nosotros tomamos el camino de este lugar sin alejarnos de la corriente sino lo preciso para subir a la calzada, y desde aquí íbamos viendo constantemente los tres grandes ríos que a nuestro lado discurrían; en cuanto a las cinco fuentes, las mirábamos de hito en hito y las veíamos serpentear por la campiña. Todo esto hace que tal camino sea muy agradable aunque esté muy solitario; en él se respira un aire libre y sutil que nutre el alma y la hace reina de sus pasiones.

Al cabo de cinco o seis jornadas de camino, como fuésemos distrayendo los ojos en la contemplación del múltiple y rico aspecto de los paisajes, una voz desfalleciente como la de un enfermo que gimiese llegó hasta nuestros oídos. Al punto nos acercamos al lugar del cual, según nosotros creíamos, venía la voz, y encontramos sobre la orilla del río de la Imaginación a un anciano caído de bruces, que daba grandes gritos. Lágrimas de compasión me saltaron a los ojos, y la piedad que me inspiraba este miserable me impulsó a preguntar la causa de sus males. «Este hombre -me contestó Campanella volviéndose hacia mí- es un filósofo reducido a la agonía, y no os extrañéis al verle porque los filósofos morimos más de una vez, y como no somos más que partes de este Universo, cambiamos de forma para nacer con otra vida en otro lugar; lo que no es precisamente un mal, sino un camino de perfección del alma, que así puede llegar a adquirir un infinito número de conocimientos. La falta de firmeza en éstos es lo que hace morir a casi todos los hombres».

Su discurso me impulsó a considerar al enfermo con más atención, y tan pronto como lo miré advertí que tenía la cabeza gorda como un tonel y por muchas partes abierta. «Vámonos de aquí -me dijo Campanella, al mismo tiempo que me tiraba del brazo-; los cuidados que prodigáramos a este moribundo serían inútiles y sólo servirían para inquietarle. Vámonos, pues, porque su mal es completamente incurable. La hinchazón de su cabeza es efecto de haber usado demasiado la energía de su espíritu; porque aunque las especies con que ha llenado los tres ventrículos de su cerebro tan sólo sean imágenes muy pequeñas, son corporales y capaces por ende de llenar un gran lugar cuando su número es muy crecido. Por lo demás, sabréis que este filósofo de tal modo ha engordado su cerebro amontonando imagen sobre imagen, que por no poderlas ya contener le ha reventado el cráneo. Esta manera de muerte es peculiar de los grandes genios y se llama *reventar de espíritu*».

Nosotros íbamos siempre hablando, y todas las cosas con que nos topábamos nos suministraban ocasión para mantener nuestra charla; yo hubiese querido, sin embargo, salir de las regiones opacas del Sol para entrar en las luminosas, porque el lector sabrá que todas las comarcas no son diáfanas. Las hay obscuras como las de nuestro mundo, y tan faltas de luz que si no tuviesen la de un sol que desde ellas se ve totalmente estarían cubiertas de tinieblas. Así que se entra en las regiones opacas, insensiblemente se torna uno obscuro, y, del mismo modo, si nos acercamos a las transparentes nos sentimos despojados de esa negra obscuridad merced a la vigorosa irradiación del clima.

Recuerdo yo que a propósito de este deseo ardiente que sentía pregunté a Campanella si la Provincia de los Filósofos era brillante o tenebrosa: «Más bien es tenebrosa que brillante -me contestó él-, porque como nosotros simpatizamos mucho con la Tierra, nuestro país natal, que es por naturaleza opaco, no hemos podido acomodarnos con la claridad de las regiones luminosas de este globo. Sin embargo, y merced a un gran esfuerzo de la voluntad, podemos volvernos diáfanos cuando nos viene en gana, y hasta la más grande parte de los filósofos hablan todavía con la lengua; pero cuando quieren comunicarnos sus pensamientos se depuran con los impulsos de su fantasía dé una sombra vaga bajo la cual ordinariamente tienen ellos a cubierto sus ideas; y tan pronto como se despojan de esa obscuridad de rata que los ennegrecía, como ya tienen el cuerpo diáfano, se ve a través de su cerebro todo lo que ellos recuerdan, imaginan y juzgan, y a través de su hígado y del corazón lo que desean y deciden; porque aunque estas diminutas imágenes sean más pequeñas que las cosas más menudas que podamos imaginar, nosotros tenemos en este mundo los ojos bastante llenos de luz para poder ver fácilmente hasta las menores ideas.

»Así es que cuando alguno de nosotros quiere descubrir en su amigo el afecto que le inspira, se ve cómo desde su corazón salen rayos que llegan hasta su memoria para iluminar la imagen del que ama; y cuando, por el contrario, quiere testimoniar su aversión, se ve cómo su corazón dispara contra la imagen del que odia torbellinos de chispas ardientes y luego se retira haciéndose atrás todo cuanto puede; asimismo cuando habla para sus adentros se ven claramente las especies, es decir, los caracteres de las cosas que medita, porque van imprimiéndose y revelándose hasta ofrecer a los ojos del que los mira, no ya un discurso articulado, sino un retablo viviente de todos sus pensamientos».

Mi guía estaba dispuesto a continuar hablándome; pero le dejó con la palabra en los labios un acontecimiento hasta entonces nunca visto; y fue que de repente observamos nosotros que la tierra se ennegrecía bajo nuestros pasos y que el cielo, alumbrado por muchos rayos, se extendía sobre nuestras cabezas como si entre nosotros y el Sol se hubiese interpuesto un largo dosel de más de cuatro leguas.

Muy difícil es que pueda deciros lo que nosotros pensamos en esta coyuntura. Nos asaltaron los más absurdos temores, hasta el de que el mundo se acábase, sin que ninguno de ellos nos pareciese inoportuno, pues el ver el Sol lleno de obscura noche y de aire ennubarrado y sin luz no es un milagro que

ocurra todos los días. Pero no quedó en esto todo, pues seguidamente un ruido agrio y chillón, parecido al chirrido de una polea que girase con mucha rapidez, vino a herir nuestros oídos, al propio tiempo que nuestros ojos veían caer una jaula en el suelo. Y apenas estuvo en él cuando se abrió y de ella salieron un hombre y una mujer. Llevaban en las manos un áncora, que fondearon en la base de una roca, y luego que hicieron esto vimos que venían hacia nosotros. La mujer llevaba cogido al hombre y lo arrastraba amenazándole. Cuando estuvo cerca de nosotros nos dijo, con una voz un poco emocionada: «Señores, ¿no es este lugar la Provincia de los Filósofos?» Yo contesté que no; pero que con andar veinticuatro horas nosotros teníamos la esperanza de llegar hasta ella; que este anciano que sufría mi compañía era uno de los principales príncipes de esta monarquía. «Puesto que vos sois filósofo -respondió entonces esta mujer dirigiéndose a Campanella-, es necesario que, sin ir más lejos, en este punto os descubra las cuitas de mi corazón.

»Y para contaros en pocas palabras las muchas razones que aquí me conducen, sabed que he venido para pedir justicia por un asesinato cometido en el más joven de mis hijos; este bárbaro que aquí cogido traigo, aunque es su padre, lo mató dos veces». Nosotros quedamos muy suspensos con estas razones; por lo cual yo quise saber qué quería decir ella con que un niño había sido asesinado dos veces. «Sabed -contestó esta mujer- que en los estatutos de amor de nuestro país, entre otras muchas hay una ley que regula el número de besos que un marido está obligado a dar a su mujer. Para hacer cumplir esta ley en cada barrio hay un médico que todas las noches va de casa en casa, y luego de haber visitado al marido y a la mujer y de haber considerado la salud de aquél y la debilidad o fortaleza de ésta, impone a ambos un número determinado de abrazos que en esa noche han de darse mutuamente. Mi marido, éste que aquí traigo, tenía la obligación de darme siete. Sin embargo, enfadado por algunas palabras un poco orgullosas que yo le había dicho al acostarnos, no estuvo abrazado a mi todo el tiempo que permanecimos en la cama. Pero Dios, que toma venganza por los afligidos, permitió que en sueños este miserable, inquieto por el recuerdo de los besos que injustamente me debía, dejase perder a un hombre. Ya os he dicho que su padre le mató dos veces, y ello fue porque impidiéndole que sea, ha hecho que no sea; y he aquí el primer asesinato; mas también ha hecho que no haya sido, y he aquí el segundo. Mientras que un asesino cualquiera lo más que hace con su asesinato es privar del ser al que priva de la luz del día; pero no podría hacer que el muerto no hubiese sido. Nuestros magistrados hubiesen podido juzgar muy bien esta causa; pero el hipócrita de mi marido, para excusarse, ha dicho que él hubiese cumplido con su deber conyugal si no hubiese temido que al abrazarme, con la cólera que mis palabras orgullosas le habían inspirado, el hijo por él engendrado hubiese sido luego un hombre furioso.

»La corte, llena de confusión por esta disculpa, nos ha mandado que nos presentemos a los filósofos, y ante ellos pleiteemos nuestra causa. Tan pronto como recibimos este mandato nos metimos en una jaula colgada del cuello de este gran pájaro que vosotros veis, y mediante una polea que hemos atado a su cuello bajamos a la tierra o nos elevamos hacia el aire. En nuestra provincia hay personas que especialmente se dedican a cazar estos pájaros cuando son jóvenes, para luego instruirlos en los trabajos útiles para nosotros. Lo que principalmente los obliga a volverse mansos, en contra de su natural ferocidad, es que para satisfacer su hambre, que es casi siempre insaciable, nosotros les abandonamos los cadáveres de casi todos los animales que mueren. Por lo demás, cuando nosotros queremos dormir (pues, acaso para reponernos de los excesos de amor demasiado continuos, que nos debilitan, nosotros necesitamos del descanso) dejamos en el campo, separados de trecho en trecho y atados con sendas cuerdas, veinte o treinta pájaros como éste, y estos pájaros, levantando el vuelo, con sus grandes alas dejan al cielo en una noche obscura que se dilata hasta el horizonte». Estaba yo muy atento a estas razones y contemplaba lleno de asombro el enorme tamaño de este pájaro gigante, cuando Campanella, después que lo hubo mirado un poco, dijo: «¡Ay!, realmente es uno de estos monstruos de pluma llamados cóndores, que a veces se ven en la isla de Mandrágora, en nuestro mundo, y en general en toda la zona tórrida. A veces cubren con sus alas más de una fanega de tierra; pero como estos animales se hacen mayores a medida que el Sol que los ha visto nacer es más ardiente, forzosamente en este, mundo han de tener un tamaño espantoso.

»Con todo -añadió, dirigiéndose hacia la mujer-, es forzosamente necesario que vos deis término a vuestro viaje, pues es Sócrates, a quien se le ha encargado de la jurisprudencia de las costumbres, el que tiene que juzgaros. Pero aparte de esto yo os ruego que me digáis de qué comarca sois, pues como tan sólo hace tres o cuatro años que vivo en este mundo, aún no conozco bien su geografía».

«Nosotros -respondió la mujer- venimos del Reino de los Amantes; este gran Estado limita por un lado con la República de la Paz y por otro con la de los sustos.

»En el país de donde yo vengo, cuando los mozos tienen dieciséis años se los ingresa en el Noviciado le Amor, situado en un palacio muy suntuoso que ocupa casi la cuarta parte de toda la ciudad; las mozas entran a los trece. Aquí unos y otros pasan un año de prueba, durante el cual los mozos no se preocupan más que de merecer el amor de las muchachas y éstas de hacerse dignas de la amistad de aquéllos.

Cuando llegan al término de los doce meses, la Facultad de Medicina en pleno acude a visitar este seminario de amantes. A uno tras otro les van reconociendo hasta las partes más secretas de sus cuerpos y hacen que ante sus ojos se abracen, para que luego, si el macho resulta vigoroso y bien conformado, se le otorguen diez mujeres, o veinte, o treinta, o cuarenta, escogiéndolas entre las que por él sentían amor, y sólo con la condición de que recíprocamente se amen.

»El marido, sin embargo, tan sólo puede acostarse a la vez con dos mujeres, y no se le permite que abrace a ninguna durante el embarazo. Las mujeres estériles tan sólo son empleadas para el servicio, y a los hombres impotentes los hacen esclavos y les permiten ayuntarse carnalmente con las hembras estériles. Por lo demás, cuando una familia tiene más hijos de los que puede gobernar, la República los mantiene; pero esto es una desgracia que no ocurre casi nunca, pues tan pronto como una mujer da a luz en la ciudad, el Tesoro consigna una suma anual para la educación del hijo, proporcionada a la condición de éste; suma que los tesoreros del Estado llevan personalmente a la casa del padre. Pero si queréis saber todavía más de todas estas cosas, entrad en nuestra jaula, pues es bastante grande para que quepamos los cuatro. Puesto que llevamos el mismo camino, iremos distrayendo con la charla la longitud de nuestro viaje».

Campanella creyó que debíamos aceptar la oferta. Yo, alegremente, pensé lo mismo para evitar nuestro cansancio; mas cuando para ayudarlos acudí a zarpar el áncora quedé muy asombrado al ver que en lugar de un gran cable sólo tenían para sostenerla un hilo de seda más ligero que un cabello. Yo pregunté a Campanella como podía explicarse que una masa tan pesada como la del áncora no rompiese con su carga un hilo tan frágil; a lo cual el buen hombre me contestó que esta cuerda no se rompía porque como toda ella estaba hilada muy igual no había razón ninguna para que se rompiese más bien por un sitio que por otro. En seguida nos metimos todos en la jaula y empezamos a elevarnos con la polea hasta el cuello del pájaro, donde no parecíamos más que un dije que a nuestro cóndor le colgase de la garganta. Cuando ya estuvimos a tope de la polea, sujetamos el cable del que pendía nuestra caja a una pluma ligerísima de la pechuga del pájaro, pluma que, con todo, era tan gorda como nuestro pulgar; y en cuanto esta mujer hizo señas al pájaro para que partiésemos, sentimos todos que atravesábamos el aire con una rápida violencia. El cóndor moderaba o forzaba su vuelo, lo aterrizaba o levantaba, según la voluntad de su dueña, que con su voz lo guiaba como si lo llevase con bridas. Aún no habíamos volado doscientas leguas cuando percibimos sobre la tierra y a nuestra mano izquierda una noche semejante a la que producía bajo él nuestro viviente quitasol. Nosotros preguntamos a la extranjera qué pensaba ella que sería esto: «Es otro culpable que para ser juzgado va también hacia la provincia donde nosotros nos encaminamos; seguramente su pájaro es más fuerte que el nuestro o nosotros nos hemos entretenido mucho por el camino, pues él salió después que yo». Yo le pregunté de qué crimen se acusaba a tal desgraciado: «No sólo se le acusa -me contestó ella-, sino que se le condena a muerte; y ello porque ha declarado que no teme a la muerte». «¿Cómo es eso? -dijo Campanella-. ¿Las leyes de vuestro país obligan a temer a la muerte?» «Si -replicó la mujer-; a eso obligan a todos, menos a los que pertenecen al Colegio de los Sabios. Y ello porque nuestros magistrados han comprobado, a fuerza de funestas experiencias, que el que no teme el perder la vida es capaz de quitársela a cualquiera».

Después de otras muchas pláticas a las que éstas nos abocaron, Campanella quiso saber prolijamente las costumbres del País de los Enamorados. Le preguntó, pues, a la mujer cuáles eran las leyes y costumbres de su reino; pero ella se excusó porque como, según dijo, no había nacido en ese país, no lo conocía más que a medias y temía que sus informes fuesen demasiado ligeros; y continuó: «Es verdad que yo vengo de esa provincia; pero así como todos mis antepasados, yo he nacido en el Reino de la Verdad. Mi madre me tuvo a mí y luego ya no dio a luz más hijos. Ella me educó en ese país hasta que tuve trece años, pues entonces el rey, por consejo de sus médicos, le mandó que me llevase al Reino de los Enamorados para que, educada en el país del amor, creciese con más alegría y más comodidad que la que mi país podía ofrecerme y fuese más fecunda que ella. Entonces mi madre me llevó al País de los Enamorados y me condujo a esa casa de placer de que os he hablado.

»Mucho sufrí antes de que me familiarizase con sus costumbres. Al principio me parecieron éstas muy rudas, pues, como vosotros sabéis, los hábitos que con la lactancia recibimos siempre nos parecen más razonables, y yo acababa de llegar de mi país natal, es decir, del Reino de la Verdad.

»No dejé por ello de reconocer que esta nación de amantes vivía con mucha más dulzura e indulgencia que la nuestra; porque aunque todos dijesen que mi mirada les hería peligrosamente, que con mis ojos les daba la muerte y que de éstos salía una llama que consumía sus corazones, era tan grande la bondad de todos, y principalmente la de los jóvenes, que me acariciaban, me besaban y me abrazaban en vez de vengarse del daño que les hacía. Yo llegué a indignarme conmigo misma al saber los desórdenes que en ellos causaba, por lo cual, transida de compasión, les descubrí un día el propósito que de marcharme había formado; pero entonces, tirándose a mi cuello y besándome las manos, me dijeron todos: «¡Ay!

¿Cómo salvaros? Vuestra casa está por todas partes rodeada de agua, y tan grande es el peligro, que si no sobreviniese un milagro, tanto vos como nosotros nos ahogaríamos».

«¡Cómo! -interrumpí yo entonces-. ¿En la región de los amantes hay inundaciones?» «Así debe de ser -me repitió ella-, porque uno de mis pretendientes (y este hombre no quería engañarme, puesto que me amaba) me escribió que era tan grande el disgusto que mi partida le causaba, que había derramado un mar de sollozos. Otro me aseguró que sus pupilas desde hacía tres días destilaban constantemente ríos de lágrimas, y como yo maldijese, por el amor que me tenían, la hora fatal en que ellos me vieron, uno de los que se contaban entre mis enamorados esclavos encargó que me dijesen que sus ojos, desbordándose de pena, habían llorado un diluvio. Me hubiese yo quitado del mundo, para no causar tantas desdichas, si el correo de este amante no hubiese añadido que su dueño le había encargado que también me dijese que no me asustase por el diluvio de sus lágrimas, porque la llama de su pecho secaría los ríos de sus sollozos. Por todo esto, vos podéis conjeturar que el reino de los enamorados debe ser muy acuático, pues para ellos tan sólo puede llamarse lloro al manantial de ríos, fuentes y torrentes que de sus pupilas brotan.

»Estaba yo muy pesarosa pensando con qué ardid me salvaría de todas estas inundaciones que amenazaban ahogarme, cuando uno de mis enamorados, al que llamaban el Celoso, me aconsejó que me arrancase el corazón y luego que me embarcase en él; que no debía temer el naufragar, puesto que mi corazón a tantos otros salvaba, ni irme con él al fondo, puesto que era demasiado ligero; que lo único que pudiera temer era un incendio, ya que la materia de tal nave era muy propicia al fuego; que comenzase, pues, a navegar sobre el mar de sus lágrimas, porque la venda de su amor me serviría de vela y el viento favorable de sus suspiros, a pesar de la tempestad de sus rivales, me conduciría a buen puerto.

»Mucho tiempo estuve yo pensando cómo podría realizar esta empresa. La natural timidez de mi sexo no me permitía el valor de acometerla; pero finalmente, pensando que si tal empresa no hubiese sido posible un hombre no hubiese cometido la locura de aconsejarla, y menos si estaba enamorado, infundióme valor.

»Empuñé un cuchillo y me lo hundí en el pecho. Ya con las dos manos escarbaba en mi herida y con una mirada intrépida buscábame el corazón para arrancármelo, cuando acudió un joven que me amaba. Me quitó el hierro muy a pesar mío, y luego me preguntó el motivo que tenía para cometer esta acción, que él llamaba desesperada. Yo se lo conté todo; pero quedé muy suspensa cuando, después de un cuarto de hora, supe que había denunciado al Celoso ante la justicia.

»Los magistrados, sin embargo, que acaso temieron sugestionarse demasiado por la novedad y la extrañeza de este accidente, remitieron esta causa al Parlamento del Reino de los Justos, y en éste fue el Celoso condenado, no sólo al destierro perpetuo, sino a acabar sus días siendo esclavo en las tierras de la República de la Verdad, y se le prohibió además que todos sus descendientes, hasta la cuarta generación, pusiesen el pie en la Provincia de los Enamorados. También en un otrosí se le obligó a que no usase nunca la hipérbole, bajo amenaza de muerte.

»A partir de este suceso sentí mucho amor por este hombre que me había salvado, y sea por esta buena acción, sea por la pasión con que me había servido, yo no le rechacé, y cuando terminaron su noviciado y el mío me pidió como una de sus esposas.

»Siempre hemos vivido bien y juntos, y todavía viviríamos así si, como os he contado, no hubiese él asesinado dos veces a mi hijo, de lo cual voy a quejarme al Reino de los Filósofos, donde imploraré venganza».

Mucho nos sorprendía a Campanella y a mí el profundo silencio de este hombre, por lo cual traté de consolarle, pensando que tan profunda melancolía sería hija de un dolor muy hondo; pero su mujer no consintió que lo hiciese, y me dijo: «No es la mucha tristeza lo que cierra su boca, sino nuestras leyes, que prohíben a todo criminal citado ante la justicia el que hable una sola palabra si no es ante los jueces».

Mientras pasábamos estas razones, el pájaro constantemente avanzaba en su camino.

De pronto quedé yo sorprendido cuando oí que Campanella, con el rostro lleno de alegría y de emoción, exclamaba: «¡Sed muy bien venido, oh vos, el más amado de todos mis amigos! Vamos, señores, vamos hasta donde está el señor Descartes, que por allí llegamos; bajemos, que ya no nos separan de él más que tres leguas». Yo estaba muy sorprendido por este arrebato, pues no comprendía cómo él podía conocer la llegada de una persona de la cual no teníamos ninguna noticia. «Seguramente -le dije- vos le habéis visto en sueños». «Si vos llamáis sueños -dijo él- a lo que vuestra alma puede ver con tanta claridad como vuestros ojos a la luz del día cuando éste luce, os concedo que sean sueños». «Mas -repliqué yo- ¿no es un sueño creer que el señor Descartes, a quien vos no habéis visto desde que salisteis del mundo de la Tierra, esté a tres leguas de aquí tan sólo porque vos lo imagináis?»

Decía yo la última palabra cuando vi llegar a Descartes. En seguida Campanella corrió para abrazarle. Largo tiempo estuvieron hablando; pero yo no pude prestar mucha atención a las cortesías que recíprocamente se decían, porque me quemaba el deseo de saber el secreto que Campanella poseía para adivinarlo todo. Este filósofo, que leyó mi anhelo en mi rostro, se lo contó a su amigo y le rogó que le consintiese satisfacer mi ansia. Descartes contestó con una sonrisa, y mi sabio preceptor discurrió de esta

manera: «De todos los cuerpos se exhalan unas especies o imágenes corpóreas que se agitan en el aire. Ahora bien; estas imágenes, a pesar de esa agitación, conservan siempre la figura, el color y las demás proporciones del objeto del cual hablan; pero como son muy sutiles y muy ligeras, pasan a través de nuestros órganos sin que en ellos produzcan ninguna sensación; llegan así hasta el alma, cuya delicada substancia permite que en ella se impriman, y de este modo le permiten ver cosas muy lejanas que los sentidos no podrían percibir; lo cual sucede aquí ordinariamente porque el espíritu no está unido a un cuerpo formado de materia grosera, como lo está en tu mundo. Nosotros te explicaremos cómo sucede esto cuando hayamos tenido ocasión de satisfacer con saciedad el ardiente deseo de hablarnos que mutuamente nos embarga; porque, ciertamente, tú eres muy merecedor de que contigo se tenga hasta la última atención».

F I N